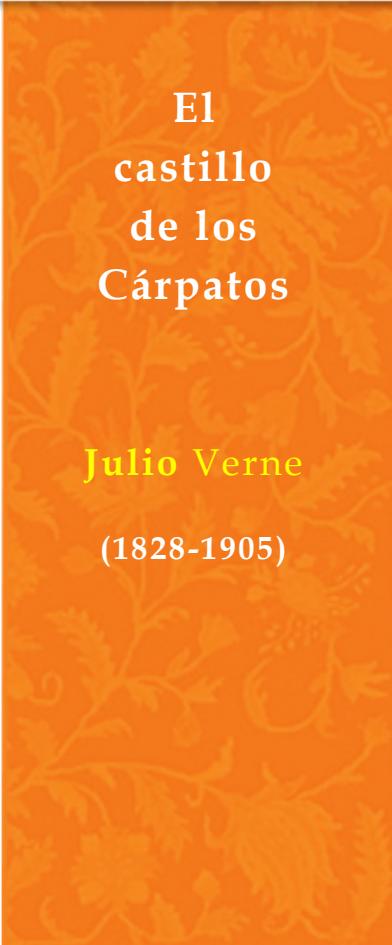




OBRAS CLÁSICAS DE SIEMPRE



El
castillo
de los
Cárpatos

Julio Verne

(1828-1905)

El castillo de los Cárpatos

Julio Verne

I	3
II	22
III	35
IV	45
V	63
VI	80
VII	94
VIII.....	111
IX	131
X.....	146
XI	162
XII.....	176
XIII	184
XIV	195

XV.....	202
XVI	213
XVII.....	224
XVIII	227

I

Esto no es una narración fantástica, es tan sólo una narración novelesca. ¿Es preciso deducir que dada su inverosimilitud, no sea verdadera? Suponer esto sería un error. Pertenecemos a una época donde todo puede suceder. Casi tenemos el derecho de decir que todo acontece. Si nuestra narración no es verosímil hoy puede serlo mañana gracias a los descubrimientos científicos, tesoro del porvenir, y nadie opinará que sea considerada como leyenda. Por otra parte, no se inventan leyendas al final de este práctico y positivo siglo XIX; ni en Bretaña, la comarca de los montaraces korrigans, ni en Escocia, la tierra de los brownies y de los gnomos, ni en Noruega, la patria de los ases; de los elfos, de los silfos y de las valquicias, ni aun en Transilvania, donde el aspecto de los Cárpatos se presta de por sí a todas las evocaciones fantásticas. No obstante, conviene hacer notar que el país transilvano está todavía muy apgado a las supersticiones de los antiguos tiempos.

Monsieur de Gérando ha descrito estas lejanas regiones de Europa. Eliseo Reclus las ha visitado, pero ninguno de los dos ha dicho nada que se relacione con la curiosa narración objeto de este libro. ¿La conocieron? Tal vez, pero acaso no han querido dar fe a la leyenda. Esto es sensible, pues la hubieran referido, el uno con la precisión del historiador, el otro con aquella poesía natural en él y derramada en sus relaciones de viaje.

Puesto que ni uno ni otro lo han hecho, voy a intentarlo.

El 19 de mayo de aquel año, un pastor apacentaba su rebaño en la orilla de un verde prado, al pie del Retyezat, que domina un valle fértil, cubierto de árboles de ramaje recto y enriquecido con bellas plantas. Las tempestades que vienen del noroeste barren durante el invierno este terreno descubierto y sin abrigo. Entonces, según la frase del país, se le afeita, y algunas veces muy al rape.

Aquel pastor no tenía nada de los de la Arcadia en su traje, ni nada de bucólico en su actitud. No era un Dafnis, ni un Aminta, ni un Títiro, ni un Lícidas, ni un Melibeo. El Lignon no murmuraba a sus pies, encerrados en gruesos zuecos de madera. Estaba junto a un río que iba a dar a la Valaquia, y cuyas aguas frescas hubieran sido dignas de correr por entre las sinuosidades de que se habla en la novela *L'Astrée*.

Frik-Frik, natural de Werst, así se llamaba el rústico pastor, tan descuidado de su persona como las bestias; bueno para habitar en aquella zahúrda construida a la entrada de la aldea, y donde sus carneros y sus puercos vivían en revuelta *pronacrería*, única voz tomada de la lengua madre que conviene a los piojosos apriscos del distrito.

El *immanum pecus* apacentado por dicho Frik, era *immanior ipse*. Echado sobre un mullido otero, dormía el pastor, un ojo cerrado, el otro alerta, con la gran pipa en la boca, silbando de vez en cuando si alguna oveja se alejaba del prado, o tocando el cuerno, cuyo sonido repercutía en los ecos de la montaña.



Eran las cuatro de la tarde. El sol declinaba en el horizonte. Hacia el oriente divisábanse algunas cúspides, cuyas bases estaban sumergidas en flotante bruma. Al suroeste dos gargantas de la cordillera dejaban pasar un oblicuo haz de luz solar, como el punto luminoso que penetra por una puerta entornada.

Este sistema orográfico pertenece a la parte más selvática de Transilvania, comprendido en el distrito de Klausenburg o Kolosvar.

La Transilvania es un curioso fragmento del imperio austro-húngaro; dicha región se llama en lengua magiar Erdely, o lo que es igual, el país de los bosques. Se halla limitada al norte por Hungría, por Valaquia al sur y por Moldavia al oeste. Ocupa una extensión superficial de sesenta mil kilómetros cuadrados, o sea seis millones de hectáreas —aproximadamente la novena parte de Francia— es una especie de Suiza, pero una mitad más vasta que los contornos helvéticos, aunque sin ser más poblada. Con sus llanuras destinadas al cultivo, sus ricos pastos, sus valles caprichosamente delineados, sus soberbias montañas, Transilvania, ondulada por las ramificaciones plutónicas de los Cárpatos, está cruzada por numerosos ríos que van a engrosar con sus tributos los caudales del Thesis y del soberbio Danubio, cuyas puertas de hierro, algunas millas al sur, cierran el desfiladero de los Alpes transilvanos, en la frontera de Hungría y el imperio otomano.

Tal es el antiguo país de los dacios conquistado por Trajano en el siglo I de la era cristiana. La independencia que disfrutó Juan

Zápolya y sus sucesores hasta 1699, tuvo fin con Leopoldo I, que la anexó a Austria. Pero sea cual sea su constitución política, ha sido ocupada por diversas razas, que aunque se codean no llegan a fusionarse: los valacos o rumanos, los húngaros, los cíngaros, los szlekers, de origen moldavo, y los mismos alemanes, a quienes las circunstancias del lugar y tiempo acabarán por magiarizar en provecho de la unidad de Transilvania.

¿A qué pueblo de los enunciados pertenecía el pastor Frik? ¿Era acaso un descendiente degenerado de los antiguos dacios? Difícil sería contestar estas preguntas al ver su cabellera en desorden, su cara atezada, su barba enmarañada, sus espesas cejas, recias como dos cepillos de crines rojizas; sus ojos garzos, entre azules y verdes, y cuyos lagrimales estaban rodeados del círculo senil. Parecía un hombre de unos sesenta y cinco años. Es robusto, alto, seco y erguido bajo su capisayo amarillento, no tan peludo como el pecho que cubre. Un pintor no desdeñaría trasladar al lienzo su silueta, cuando cubierta la cabeza con un sombrero de esparto, verdadera tapadera de paja, se apoya sobre el puntiagudo cayado y queda tan inmóvil como la roca.

En el momento en que penetraban los rayos del sol a través de las gargantas del oeste, Frik se volvió; puso su mano, medio cerrada a guisa de catalejo, como si hubiese hecho de ella una bocina, y estuvo mirando atentamente.

En la claridad del horizonte, y como a una legua larga, muy empequeñecidos por la distancia se dibujaban los contornos de un antiguo castillo sobre una aislada cima de la garganta de

Vulcano, en la parte superior de una meseta, llamada meseta de Orgall; bajo los cambiantes de la luz poniente, se destacaba aquel edificio claramente, con esa precisión de las vistas de un estereoscopio. Sin embargo preciso era que el pastor estuviera dotado de poderosa vista para distinguir algún detalle de aquella masa lejana.

Y he aquí que de repente, y moviendo la cabeza exclama:

— ¡Viejo, viejo! ¡Cómo te pavoneas sobre tus cimientos!, tres años más, y ya no existirás porque tu haya no tiene más de tres ramas.

Dicha haya plantada al extremo de uno de los bastiones de la muralla del castillo, resaltaba con su negrura sobre el azul del cielo, cual un delicado dibujo de papel picado, y a duras penas sería visible para otro que no fuera Frik a semejante distancia. En cuanto a la explicación de las palabras que ha pronunciado el pastor, basadas en una leyenda del castillo, será dada a su debido tiempo.

—Sí—repitió— tres ramas... Ayer había cuatro, pero la cuarta cayó esta noche... ¡Ya no queda más que el muñón! Yo nouento más que tres en las horquetas... ¡Tres, tres nada más viejo castillo!

Cuando se considera a un pastor desde el punto de vista ideal, la fantasía hace de él un ser soñador y contemplativo, que arguye con los astros, habla con las estrellas y lee en el firmamento. Pero la verdad es que generalmente no pasa de la

categoría de un bárbaro ignorante. A pesar de todo, la pública credulidad no vacila en atribuirle el don de lo sobrenatural; tal hombre posee maleficios, y si está de humor, conjura los sortilegios, así sobre las personas como sobre las bestias, que para el caso viene a ser lo mismo; vende polvos de amor, filtros y mil fórmulas misteriosas. Hasta llega a tornar estériles los campos, lanzando sobre ellos piedras encantadas, y deja infecundas a las ovejas tan sólo con hacerles mal de ojo. Y tales supersticiones son propias de todos los tiempos y países. Aun en las regiones más civilizadas, no se pasa en el campo por delante de un pastor sin dirigirle alguna frase amistosa, algún saludo afectuoso, llamándole también "pastor". Un saludo con el sombrero puede ser el medio de librarse de malignas influencias, y en los caminos de Transilvania no es donde menos sucede esto.

Frik era pues considerado como un mago, como un evocador de maléficas apariciones. Según unos, obedecían a su voz vampiros y endriagos, según otros se le solía encontrar al declinar la luna, en las noches obscuras, montado sobre la compuerta de los molinos, hablando con los lobos o mirando a las estrellas.

Frik dejaba decir, y no le iba mal. Vendía hechizos y contrahechizos. Pero ¡cosa curiosa! Él mismo era tan crédulo como su clientela, y si bien no creía en sus propios sortilegios, daba fe a las leyendas que corrían por la comarca.

Así pues, no hay que asombrarse que hiciese aquel pronóstico referente a la próxima desaparición del antiguo castillo, puesto

que el haya sólo tenía ya tres ramas; ni hay que asombrarse que le faltase tiempo, para llevar la noticia al pueblo, a Werst.

Después de haber juntado su rebaño, soplando hasta desgañitarse en la larga y blanca bocina de madera, Frik tomó el camino de la aldea. Avivando al ganado seguíanle sus perros, dos semigriffones bastardos, ariscos y feroces que más bien parecían dispuestos a devorar ovejas que a guardarlas. El ganado se componía de una centena de carneros moruecos y ovejas, de las cuales una docena eran de un año y el resto de tres y cuatro años, o sea de cuatro y seis dientes.

Este ganado pertenecía al juez de Werst, el biró Koltz, que pagaba al ayuntamiento una fuerte contribución ganadera, y apreciaba mucho al pastor Frik por sus habilidades de esquilador y veterinario entendido en lo que se refiere a todas las plagas de origen pecuario.

Marchaba el rebaño en masa compacta, a la cabeza la oveja cencerra y a su lado la oveja birana, haciendo sonar su esquila en medio de la confusión de balidos.

Al salir del prado, Frik tomó por un ancho sendero, bordeando extensos campos, donde ondulaban hermosas espigas de trigo; veíanse también algunas plantaciones de kukurutz, que es el nombre del maíz en el país. El camino conducía a la linde de un bosque de pinos y abetos de pobladas copas. Más abajo, el Sil extendía su agua clara, filtrada por los guijarros del cauce y sobre la que flotaban fragmentos de madera cortada en los aserraderos de río arriba.

Perros y carneros se detuvieron en la margen derecha y bebieron con avidez, removiendo la hojarasca de los matorrales.

Werst no distaba de allí más de tres tiros de fusil, al otro lado de un espeso bosque formado de esbeltos árboles y de esos desmirriados plantones que crecen tan sólo algunos pies del suelo. Dicho bosque se extendía hasta la garganta de Vulcano, cuya aldea, que lleva este nombre, ocupa una altura escarpada en la vertiente de los macizos de Plesa.

A aquella hora la campiña estaba solitaria, hasta entrada la noche no volvían a sus hogares las gentes del campo; Frik no pudo pues cruzar el saludo tradicional con nadie. Ya abrevado su rebaño, iba a internarse entre los pliegues del valle cuando apareció un hombre en la revuelta del Sil, como a unos cincuenta pasos río abajo.

—¡Hola, amigo! —gritó el pastor.

Aquel hombre era uno de esos mercaderes que recorren el país. Se les encuentra en las ciudades, en los pueblos y hasta en las más humildes aldeas. No es obstáculo para ellos el hacerse comprender; hablan todas las lenguas. Aquél, ¿era italiano, sajón o valaco? Nadie hubiera podido decirlo. En realidad era un judío polaco, alto y delgado, de afilada nariz y barba puntiaguda, frente abultada y ojos muy vivos.

Era vendedor ambulante de anteojos, termómetros, barómetros y relojes de bolsillo. Los que no guardaba en el morral que sujetó con correas llevaba a la espalda, lo colgaba del cuello o

de la cintura; un verdadero buhonero, algo así como un escaparate en movimiento.

Quizá el judío participaba del respeto que los pastores inspiran. Así es que saludó a Frik con la mano. Después, en lengua rumana, que participa del latín y del eslavo, dijo con acento extranjero:

—¿Qué tal marchamos, amigo?

—Marchamos con el tiempo —respondió Frik.

—Entonces hoy habrá ido bien. ¡Con este tiempo!

—Mañana irá mal, porque lloverá.

—¿Lloverá? —Exclamó el buhonero— ¿Es que en vuestro país llueve sin nubes?

—Las nubes vendrán esta noche... ¡Y por allá abajo, por el lado malo de la montaña!

—¿Y cómo veis eso?

—En la lana de mis carneros, que está áspera y seca como un pellejo curtido.

—Pues tanto peor para los que tengan que andar por esos caminos.

—Y tanto mejor para los que se queden en la puerta de su casa.

—Hay que tener una casa, pastor.

—¿Tenéis hijos? —dijo Frik.

—No.

—¿Sois casado?

—No.

Preguntó esto Frik porque es costumbre en el país preguntar lo a los que se encuentran.

Después añadió:

—¿De dónde venís, buhonero?

—De Hermannstadt.

Hermannstadt es una de las principales poblaciones de Transilvania. Al abandonarla se encuentra el valle del Sil, que desciende hasta el pueblo de Petrosani.

—¿Y a dónde vais?

—A Kolosvar.

Para llegar a Kolosvar, basta subir en dirección al valle del Maros; después, por Karlsburg y siguiendo las primeras estribaciones de los montes Bihor, se llega a la capital del distrito. Un camino que no tendrá más de veinte millas.

En verdad que estos vendedores de barómetros, termómetros y relojes, evocan siempre la idea de seres diferentes, de una catadura algo hoffmanesca, peculiar a su oficio. Venden el tiempo en todas sus formas: el que pasa, el que hace, el que hará, como otros venden cestos, ropas o telas. Se diría que son los viajantes de la casa Saturno y Cía., bajo la enseña Arenas de Oro. Sin duda éste fue el efecto que el judío produjo a Frik, el cual contemplaba, no sin asombro, aquella balumba de objetos nuevos para él, y cuya aplicación desconocía.

—¡Eh, señor buhonero! —Preguntó alargando el brazo—. ¿Para qué sirve eso que castañetea en vuestra cintura, como los huesos de un viejo colgado?

—Son cosas de valor, —respondió el mercader— objetos útiles para todo el mundo.

Y guiñando el ojo, exclamó Frik:

—¿A todo el mundo? ¿Y también a los pastores?

—También.

—¿Y para qué sirve esa cosa?

—Esta cosa —respondió el judío agarrando un termómetro— os dice si hace calor o frío.

—¡Vaya, amigo! Pues yo no necesito de ella para saberlo cuando sudo bajo mi capisayo o cuando trito bajo mi hopalandia.

—Evidentemente esto debe bastar a un pastor, que no se preocupa gran cosa de los porqués de la ciencia.

—¿Y ese grueso cachivache con su aguja? —repuso señalando un barómetro aneroide.

—No es un cachivache, sino un instrumento que os dice si mañana hará buen tiempo, o si lloverá.

—¿De veras?

—De veras.

—Bueno —replicó Frik— pues yo no lo querría, aunque sólo costara un kreutzer; me basta ver las nubes que se arrastran por la montaña, o que cruzan por sobre los más altos picos, para saber, con 24 horas de anticipación, el tiempo que va a hacer. Mirad. ¿Veis aquella bruma que parece salir del suelo?, pues ya os lo he dicho; eso significa que mañana tendremos agua.

Verdaderamente, el pastor Frik, gran observador del tiempo, no necesitaba barómetro.

—¿Y tampoco os hará falta un reloj? —dijo el buhonero.

—¿Un reloj...? Tengo uno que anda solo, está colgado sobre mi cabeza: el Sol. Mirad, amigo, cuando está sobre la cima del Rodük, significa que es mediodía; y cuando parece que mira el agujero de Ejelt, es que son las seis. Mis carneros lo saben tan bien como yo y mis perros como los carneros. Guardad pues, vuestros cachivaches.

—¡Vaya! —Repuso el buhonero— Muy negro me había de ver para hacer fortuna si no tuviera más clientes que los pastores. ¿De manera que no necesitáis nada?

—Absolutamente nada.

Por lo demás, todas aquellas mercaderías baratas eran de muy mediana fabricación. Los barómetros no concordaban bien sobre el variable o el buen tiempo; las agujas de los relojes marcaban horas muy largas o minutos muy cortos. En fin, una engañifa. ¡Acaso el pastor lo sabía! Por eso no quería comprar nada de aquello. Sin embargo, ya iba a recobrar su cayado, cuando cogiendo una especie de tubo colgado de una correa del buhonero, le dijo:

—¿Para qué sirve este tubo?

—No es tal tubo.

—Será, pues, una pistola —dijo el pastor.

—No —dijo el judío— es un anteojito.

Era en efecto uno de esos anteojos comunes que agrandan cinco o seis veces los objetos, o que los aproximan otro tanto, lo que produce el mismo resultado.

Frik había cogido aquel instrumento, y lo contemplaba, dándole vueltas entre sus manos, haciendo salir y entrar los cilindros.

Después, moviendo la cabeza:

—¿Un anteojos?

—Sí, pastor; un magnífico anteojos, que os alargará mucho la vista...

—¡Ah! Yo tengo muy buenos ojos, amigo. Cuando el tiempo está claro, veo las últimas rocas hasta la cresta del Retyezat, y los últimos árboles en el fondo del desfiladero de Vulcano.

—¿Sin entornar los ojos?

—Sin entornar los ojos, gracias al rocío de la noche, que me limpia la pupila.

—¿El rocío? —Dijo el otro— Pronto os dejará ciego.

—¡Ah!, a los pastores no.

—Bien... si tenéis buenos ojos, yo los tengo mejores cuando los aplico al anteojos.

—¡Sería cosa de verlo!

—Vedlo...

—¡Yo!

—Probad.

—¿No me costará nada? —preguntó Frik— desconfiado por naturaleza.

—Nada; a menos que os decidáis a comprarme el aparato.

Tranquilo ya sobre este particular, Frik tomó el anteojos, cuyos tubos graduó el buhonero. Después de haber cerrado el ojo derecho, Frik aplicó el ocular al izquierdo, y empezó a mirar las montañas de Vulcano, subiendo hacia el Plesa; después bajó el instrumento enfocándolo hacia el pueblo de Werst.

—¡Caramba! —exclamó— ¡Pues es verdad!, alcanza más que mis ojos... Allí está la calle Mayor. Reconozco a las personas... Veo a Nic Deck, el guarda que vuelve de su ronda, con la mochila a la espalda y el fusil al hombro.

—¡Cuando yo os lo decía! —observó el buhonero.

—Sí, sí. Nic es. —Añadió el pastor— ¿Y quién es aquella mujer que sale de casa del amo Koltz, con falda roja y corpiño negro yendo al encuentro de Nic?

—Mirad atentamente, y reconoceréis a la muchacha, como habéis reconocido a Nic.

— ¡Ah! sí... ¡Es Miriota! ¡La bella Miriota! ¡Ah! ¡Los novios!, esta vez tienen que andar con cuidado porque yo los tengo al alcance de mis ojos, y no pierdo ninguna de sus carantoñas.

— ¿Y qué decís de este aparato?

— ¡Ah! Que hace ver muy lejos.

El asombro de Frik al coger por primera vez un anteojos para mirar la aldea de Werst, indicaba lo atrasado que este pueblo se encontraba. Si esto era o no verdad, bien pronto lo veremos.

— Pastor, —dijo el mercader— seguid, seguid mirando... Más allá de Werst. Este pueblo está muy cerca... ¡Mirad mucho más allá!

— ¿Y tampoco me costará nada?

— Tampoco.

— Bueno... Voy a mirar hacia el Sil húngaro... Sí; allí está el campamento de Livadzet... Lo reconozco por la cruz, a la que le falta un brazo... Más allá, el valle, entre los abetos veo el campanario de Petrosani, con su gallo de hoja de lata, con el pico abierto, como si llamara a las gallinas... ¡Caramba!, y allí abajo... veo una torre que sobresale por entre los árboles... debe ser la torre de Petresci. Vaya, voy a seguir mirando, porque supongo que el precio será siempre el mismo.

— El mismo, pastor.

Frik miraba entonces hacia la meseta de Orgall; siguió después contemplando la sombría masa de los bosques situados sobre las vertientes del Plesa, y enfocando el objetivo a la lejana silueta del castillo exclamó:

—Sí... la cuarta rama está en tierra... La había visto bien... nadie irá a recogerla para hacer una tea la noche de San Juan. Nadie irá... Ni yo... Sería arriesgar cuerpo y alma. Pero hay uno que la recogerá esta noche, para llevarla al fuego del infierno. Éste es Chort.

Así se llama el diablo cuando se le menciona en las conversaciones del país.

Acaso el judío iba a pedir explicación de aquellas palabras incomprensibles para el que no fuese de Werst o de sus cercanías, cuando Frik exclamó con voz en la que el espanto se mezclaba con la sorpresa:

—¿Qué es aquella nube que sale del torreón? ¿Es bruma? No; parece humo... Pero no es posible... Desde hace siglos y siglos no echan humo las chimeneas del castillo...

—Si veis humo, es que lo hay, pastor.

—No buhonero, no. Es que el cristal de vuestro anteojos está empañado.

—Limpiadlo, pues.

—Voy a hacerlo.

Y después de haber frotado los vidrios del anteojos con su manga, volvió a mirar.

Efectivamente; lo que salía del torreón era humo. Aquella columna subía recta en el aire tranquilo, y su penacho se confundía con las nubes. Frik, inmóvil, no hablaba ya, concentrando toda su atención sobre el castillo, cuya sombra iba ascendiendo hasta llegar al nivel de la montaña de Orgall. De pronto bajó el aparato, y llevando la mano a la alforja que bajo su sayo llevaba, preguntó:

—¿Qué vale esto?

—Florín y medio —respondió el buhonero.

Por poco que Frik hubiese regateado hubiera dado el anteojos en un florín; pero el pastor no regateó.

Bajo el influjo de una estupefacción tan grande como inexplicable, metió la mano a la alforja y sacó el dinero.

—¿Es para vos el anteojos? —preguntó el buhonero.

—No, para mi amo.

—Entonces, él os reembolsará.

—Sí...de ahí para arriba. Buenas tardes, amigo.

—Buenas tardes, pastor.

Y Frik, silbando a sus perros y reuniendo a su rebaño, subió a buen paso en dirección a Werst.

Mirándole marchar, el judío movió la cabeza, y murmuró:

— De haberlo sabido, le pido más por el anteojo.

Después de arreglar sobre sus hombros y cintura su mercancía tomó la dirección de Karlsburg, volviendo a bajar por la margen derecha del Sil.

¿Dónde iba? Poco nos importa. Él no hace más que pasar en esta novela... No le volveremos a ver más.

II

Una distancia de algunas millas produce el efecto, para el observador, de que, bien sean rocas modeladas por la naturaleza en las épocas geológicas, según las convulsiones del globo, o bien construcciones debidas a la mano del hombre y sobre las cuales ha pasado el soplo devastador del tiempo, poco más o menos su aspecto es semejante. Confúndese fácilmente el mineral en bruto y el mineral trabajado. Desde lejos se ve todo envuelto en igual color, con idénticas líneas y ángulos en perspectiva, con la misma uniformidad de tinte, bajo la pátina de los siglos.

Tal acontecía con la edificación antedicha, castillo en otro tiempo de los Cárpatos. Reconocerlo en su imprecisa estructura en la meseta de Orgall, que corona a la izquierda la garganta de Vulcano, hubiera sido imposible. Ya no muestra su erguida silueta en las montañas. Lo que pudiera tomarse por torreón, no es acaso más que un informe montón de piedras. Allí donde la vista cree apercibir los almenados muros, quizá no habrá sino rocosa cresta. Es de un conjunto vago, flotante, incierto. Tanto es así, que si diéramos crédito a lo que dicen algunos turistas, el castillo de los Cárpatos sólo existe en la fantasía de las gentes del país.

Después de todo, el medio más sencillo para salir de dudas sería hacerse conducir por un guía de Vulcano o de Werst, y subir por el desfiladero, dar cima a la montaña, y visitar aquellas ruinas. Pero hay el inconveniente de que se encuentra

más fácilmente el camino del castillo que el guía. En el valle del Sil nadie consentiría en acompañar a un viajero al castillo de los Cárpatos, así fuese a peso de oro.

Si hubieseis mirado con un anteojo más potente que el instrumento de pacotilla que compró Frik para el señor de Koltz, he aquí lo que hubierais visto del viejo edificio.

Detrás de la garganta de Vulcano, y como a unos ochocientos o novecientos pies, un muro color de asperón y casi oculto por la hojarasca de plantas trepadoras, cuya línea se extiende en un perímetro de cuatrocientas o quinientas toesas siguiendo las ondulaciones de la meseta; en cada ángulo dos bastiones, de los cuales, el de la derecha, sobre el que se alza la famosa haya, está coronado por una pequeña atalaya o garita de puntiaguda techumbre; a la izquierda, algunos lienzos de murallas cual los de una fortaleza, soportando un campanario de capilla, cuya campana rajada se bambolea en las grandes borrascas, causando el mayor espanto en la comarca; en el centro, y con su plataforma rodeada de almenas, un torreón con tres órdenes de ventanas y alféizares de plomo, y cuyo primer piso hállase rodeado de terraza circular; sobre la plataforma álzase un largo mástil de hierro adornado por una especie de veleta enmohecida, mirando siempre al sudeste, por efecto de algún violento huracán.

En cuanto a lo que encerraba el consabido muro, por mil partes quebrado, bien fuese edificio habitable, accesible por puente levadizo o poterna, ignorábase de luengos años atrás. En realidad, si bien el castillo de los Cárpatos se hallaba en mejor

estado de lo que parecía, estaba protegido ahora por el terror supersticioso, con tanta eficacia como en pasados tiempos estuviera por basiliscos, bombardas, culebrinas y demás máquinas de artillería de otros siglos.

Y en verdad que bien merecía la pena de ser visitado por turistas y anticuarios. Su situación en lo alto de la meseta de Orgall no puede ser más bella. El panorama de montañas que se divisa desde la alta plataforma del torreón es sublime. Al fondo vense las ondulaciones de la elevada cordillera, que parece dibujada caprichosamente, formando las fronteras de Valaquia. Por delante abre su ruinosa garganta al desfiladero de Vulcano (Vulkan), única vía de comunicación entre las provincias limítrofes. Al otro lado del valle del Sil surgen las construcciones del Livadzet, Lonyai, Petrosani y Petresci, agrupados, como asomándose a la abertura de los pozos que sirven para la explotación de esta rica cuenca carbonera. Y en los últimos planos del horizonte vislúmbrase admirable y simétrica cadena de alturas y crestas, cuyas bases están cubiertas de césped y cuyas peladas cimas dominan los abruptos picos del Retyezat y del Paring. Por fin más allá del valle del Hatszeg y del Maros, aparecen los lejanos perfiles, velados por las brumas, de los Alpes de la Transilvania central.

En el fondo de aquel embudo y por efecto de la depresión del terreno, formábase un lago, en el que vertían sus aguas los brazos del Sil antes de abrirse paso a través de la cordillera. Ahora, dicha depresión no es más que una zona carbonera con sus ventajas e inconvenientes; las altas chimeneas de las fábricas crúzanse con el ramaje de los copudos olmos, abetos y

hayas; los negruzcos humos vician la atmósfera, saturada antaño con los perfumados aromas de los frutales y las flores. No obstante, y por más que la industria tiene bajo su férrea mano este distrito minero, en la época de esta narración aún no había perdido el selvático aspecto que le diera la naturaleza.

El castillo de los Cárpatos data del siglo XII, o acaso del XIII. En aquella época, bajo la dominación de los señores o vaivodas, se fortificaban los monasterios, iglesias, palacios y castillos de igual modo que las aldeas y las ciudades. Señores y vasallos procuraban estar bien protegidos. Tal estado de cosas explica el aspecto de aquella construcción feudal, bien defendida por su almenado muro, su atalaya y su torreón. ¿Qué arquitecto tuvo la idea de edificarlo sobre aquella meseta y a tal altura?, ignórase quién fuese el audaz artista, aunque pudiera suponerse que fuera el rumano Manoli; tan gloriosamente cantado en las leyendas valacas, y que edificó en Curté de Argis el célebre castillo de Rodolfo el Negro.

Pero si pudiera haber dudas acerca de este punto, no las hay respecto a la familia que poseía el castillo de los Cárpatos. Los varones de Gortz eran señores de aquel país desde tiempo inmemorial. Tomaron parte en todas las guerras que tiñeron de sangre las provincias de Transilvania; lucharon contra los húngaros, los sajones y los szlekers y su apellido figura en cánticos y en doines, donde se perpetúa el recuerdo de los desastrosos períodos por los que atravesó el país. Era su divisa el famoso proverbio valaco: *¡Da pe maorte!* ¡Da hasta morir!, y dieron, vertiendo su sangre en aras de la independencia; aquella sangre que procedía de los romanos, sus antecesores.

Ya se sabe que a pesar de tantos esfuerzos y sacrificios no pudieron evitar la más mísera opresión para los descendientes de aquella valiente raza. Han perdido la libertad, pero aún conservan los valacos de Transilvania la esperanza de sacudir el yugo que los opprime. El porvenir es suyo, y con inquebrantable fe repiten estas palabras, que expresan todas sus aspiraciones: *¡Roman no peré! ¡El rumano no perecerá!*

A mediados del siglo actual, el último representante de los señores de Gortz era el barón Rodolfo. Nacido en el castillo de los Cárpatos, había visto a su familia irse extinguiendo alrededor suyo durante su juventud y a los veintidós años se encontró solo en el mundo. Todos los suyos habían ido cayendo, año tras año, cual las ramas del haya secular cuya existencia tan unida se hallaba, según la superstición pública, a la existencia misma del castillo. Sin parientes y casi sin amigos, ¿qué iba a hacer el barón Rodolfo para llenar aquel inmenso vacío que la muerte dejó en torno suyo? ¿Cuáles eran sus aficiones, sus inclinaciones y aptitudes? Nada de esto se sabía, como no fuese la pasión irresistible que sentía por la música, y muy especialmente por los grandes artistas líricos de su época. Así fue que después de haber confiado la guarda del castillo, ya muy deteriorado, en manos de algunos viejos servidores, un día desapareció de allí. Más tarde se supo que dedicaba su fortuna, bastante considerable, a recorrer los principales centros líricos de Europa, los teatros de Alemania, Francia e Italia, donde podía saciar su infatigable fantasía de dilectante. ¿Acaso era un excéntrico, por no decir un monomaniaco? Lo extraño de su vida daba lugar a creerlo así.

Sin embargo, el recuerdo de su país natal no se había borrado del corazón del joven barón de Gortz, ni olvidó su patria en medio de sus lejanas peregrinaciones. Tanto fue así, que volvió a Transilvania para tomar parte en una de las sangrientas revueltas de los rumanos contra la opresión húngara.

Los descendientes de los antiguos dacios fueron vencidos y su territorio repartido entre los vencedores.

A continuación de esta derrota, el barón Rodolfo abandonó definitivamente el castillo de los Cárpatos, que empezaba a amenazar ruina por algunas partes. La muerte no tardó en privar al dominio de sus últimos servidores, y fue abandonado por completo. En cuanto al barón de Gortz, empezó a correr el rumor de que se había unido al famoso Rosza Sandor, antiguo salteador de caminos y ahora guerrillero patriota, y al que la guerra de independencia había elevado a la categoría de héroe.

Felizmente para él, después de la lucha, Rodolfo de Gortz se había separado de la facción del salteador patriota, y obró muy prudentemente, porque Rosza Sandor acabó por caer en manos de la policía, que se contentó, por cierto, con encerrarle en la prisión de Szamosujvar.

Por el distrito corrió la versión de que el barón Rodolfo había sido muerto en un encuentro de Rosza con los guardias fronterizos. No había habido tal muerte, aunque nadie dudase de ella por no haber aparecido el barón en la comarca desde aquella época; y es preciso tener en cuenta lo crédula que es la gente en estos casos.

Castillo desierto, castillo fantástico... las vivas y ardientes imaginaciones poblaronle pronto de fantasmas, de espíritus, que se albergaban en él a altas horas de la noche. Cosas son estas que suceden frecuentemente en muchas comarcas de Europa, entre las que Transilvania debe ocupar el primer lugar.

Además, ¿cómo aquella aldea de Werst hubiera podido romper con sus creencias en lo sobrenatural? El cura y el maestro enseñaban estas fábulas con tanto más empeño, cuanto que ellos mismos las creían a pie juntillas. Afirmaban, con pruebas en apoyo de sus afirmaciones, que los vampiros lanzan gritos de endriagos y beben sangre humana; que los stafis andan errantes por las ruinas, convirtiéndose en malhechores si se olvida darles de comer y beber todas las noches. Hay hadas, babes, de las que es preciso guardarse el martes y viernes, días nefastos de la semana. Aventuraos pues, en las profundidades de los bosques del distrito, bosques encantados donde se ocultan los balauri, dragones gigantes cuyas mandíbulas enormes llegan a las nubes; y los zmei, de alas desmesuradas, que se llevan a las mujeres lindas, sin distinción de categorías. Si existen pues, tantos monstruos feroces, ¿no hay algún genio del bien, que según la imaginación popular, contrarreste las malas artes de aquéllos? Sí, por cierto. La serpi de casa, serpiente del hogar doméstico, que vive familiarmente en las casas y cuya influencia saludable compra el aldeano, nutriendola con la mejor leche. Ahora bien: ¿Qué mejor albergue para todos aquellos seres de la mitología rumana que el castillo de los Cárpatos? Sobre aquella meseta aislada, sólo accesible por la parte izquierda de la garganta de Vulcano, no

era dudoso que se albergasen dragones, hadas y endriagos, como también acaso los espíritus de algunos individuos de la familia de los barones de Gortz. De aquí la reputación de que el castillo estaba encantado, reputación muy justificada, al decir de las gentes; y el que nadie hubiera osado aventurarse a visitarlo. Esparcía en torno suyo una especie de espanto epidémico, como las emanaciones pestilentes de una laguna insalubre. Sólo con aproximarse un cuarto de milla, se arriesgaba la vida en este mundo, y la salvación en el otro.

Esto era indudable en la escuela del maestro Hermod. Sin embargo, tal estado de cosas debía tener fin, y eso sucedería cuando no quedase una sola piedra de la antigua fortaleza de los barones de Gortz; y aquí entraba la leyenda.

A dar crédito a los más autorizados de la aldea de Werst, la existencia del castillo está unida a la de la vieja haya, cuyos ramajes se recostaban sobre el bastión del ángulo, a la derecha del muro. Las gentes de la aldea habían observado, y muy particularmente el pastor Frik, que desde la partida de Rodolfo de Gortz, dicho árbol iba perdiendo cada año una de sus ramas gruesas; cuando el barón Rodolfo fue visto por última vez en la plataforma del torreón, el árbol tenía dieciocho ramas, y en la actualidad sólo contaba tres. Cada rama caída significaba un año menos de existencia para el castillo. La caída de la última produciría su anonadamiento definitivo. Y entonces, sobre la meseta de Orgall, se buscaría en vano el castillo de los Cárpatos.

Evidentemente, ésta era una de esas leyendas que sólo nacen en las imaginaciones de los rumanos; pero lo cierto era que todos los años el haya perdía una de sus ramas, y Frik, que no dejaba de escudriñarlo, mientras apacentaba su rebaño en los prados del Sil, no dudaba en afirmarlo. Y aunque la aseveración de Frik no fuera digna de tomarse en cuenta, a los aldeanos, y hasta al juez de Werst, no les cabía duda que el castillo no tendría sino tres años de vida, puesto que al "haya tutelar" no le quedaban más que tres ramas. Éste era el ambiente cuando el pastor se puso en camino para llevar la tremenda noticia de que hicimos mención después del incidente del anteojo.

En efecto: la noticia era tremenda. ¡En el torreón acababa de aparecer humo! Lo que sus ojos no hubieran podido apreciar por sí solos, lo había visto Frik con ayuda del anteojo del buhonero... No era bruma, era humo que iba a perderse en las nubes... ¡Y a pesar de estar abandonado el castillo!... ¡Después de tanto tiempo que nadie había franqueado su cerrada poterna, ni había levantado el puente levadizo!... Si el castillo estaba habitado sólo podría estarlo por seres sobrenaturales... Pero ¿con qué objeto podían los espíritus encender fuego en uno de los salones del torreón? ¿Provenía el humo de alguna chimenea de una habitación o de la cocina? He aquí un punto verdaderamente inexplicable.

Frik azuzaba a sus bestias hacia el establo, y a su voz los perros animaban al ganado camino arriba y el polvo volvía a caer con la humedad del crepúsculo.

Algunos aldeanos que se habían retardado en sus faenas, le saludaron al pasar. Frik apenas les respondió. Esto era motivo de gran inquietud para los primeros, porque para evitar los maleficios no basta saludar al pastor, es preciso que éste responda al saludo. Pero Frik no se fijaba en esto, y caminaba con los ojos extraviados, actitud extraña, y ademanes descompuestos. Aunque los lobos le hubieran matado la mitad de sus carneros, no hubiera recibido impresión más honda. ¿De qué mala nueva era nuncio el pastor?

El primero que lo supo fue el juez Koltz.

— ¡En el castillo hay fuego, amo!

— ¿Qué dices, Frik?

— Digo la verdad.

— ¿Te has vuelto loco?

En efecto; ¡cómo iba a ser posible un incendio en aquel viejo montón de piedras! Esto era tan absurdo como admitir que el Negoi, la más alta cima de los Cárpatos transilvanos, fuera devorada por las llamas.

— ¿Tú pretendes, Frik, que el castillo arde? — dijo el amo Koltz.

— Pues si no se quema, por lo menos echa humo.

— Algún vapor...

—No, es humo; venid a verlo.

Y ambos se dirigieron hacia el centro de la calle Mayor de la aldea, al borde de un terraplén que dominaba los barrancos, y desde el cual se podía ver el castillo.

Una vez allí, Frik dio el anteojo a su amo. Evidentemente el señor Koltz no era más práctico que el pastor en el manejo de tal instrumento.

—¿Qué es esto? —le preguntó.

—Una máquina para ver que he comprado en dos florines, y que vale el doble.

—¿A quién?

—A un buhonero.

—¿Y para qué?

—Aplicadlo a vuestro ojo; dirigidlo al castillo, y mirad, y veréis.

El juez enfocó el anteojo en dirección al castillo, y miró atentamente.

¡Sí! Lo que salía de una de las chimeneas del torreón era humo, que desviado en aquel momento por la brisa, se arrastraba por la falda de la montaña.

—¡Humo! ¡Humo! —repetía el amo Koltz estupefacto.

Acababan de reunírseles Miriota y Nic Deck, los guardabosques que habían vuelto a su casa hacía unos instantes. Agarrando el anteojito, preguntó el joven:

—¿Para qué sirve esto?

—Para ver a lo lejos —respondió el pastor.

—Es broma, Frik.

—¡Sí... si, broma! No hace una hora que yo os he reconocido cuando bajabais por el camino de Werst, y a vos también...

No acabó la frase, porque Miriota se puso encarnada y bajó sus lindos ojos. Después de todo, no está prohibido que una hija de familia honrada vaya al encuentro de su novio.

La novia primero y el novio después apuntaron el famoso anteojito. Ella dijo:

—¡Humo! ¡Humo en el castillo!

Y él añadió:

—Tal vez un rayo ha caído sobre el torreón.

—¿Pues qué, ha tronado? —preguntó Koltz dirigiéndose a Frik.

—No ha habido tormenta desde hace ocho días —respondió el pastor.

Si a aquellas buenas gentes se les hubiese dicho que en la cúspide del Retyezat acababa de abrirse un cráter, no se hubieran quedado más estupefactas.



III

El pueblecillo de Werst tiene tan poca importancia, que no figura en la mayor parte de los mapas. En el orden administrativo es aún de inferior categoría que su vecino Vulcano, nombre de la parte de la vertiente del Plesa sobre la cual ambos se encuentran pintorescamente situados.

En la actualidad, la explotación de la cuenca minera ha impreso gran movimiento comercial a las poblaciones de Petrosani, Livadzet, y otras, distantes algunas millas; en cambio ni Vulcano ni Werst han tenido ventaja alguna, no obstante su proximidad al centro industrial. Estas aldeas son aún lo que eran hace cincuenta años, y es de suponer que dentro de otro medio siglo continuarán en el mismo estado. Según Eliseo Reclus, más de la mitad de la población de Vulcano se compone de empleados encargados de vigilar la frontera: guardias fronterizos, gendarmes, inspectores del fisco y enfermeros del lazareto. Suprimid los gendarmes y los inspectores del fisco, añadid una proporción un poco mayor de agricultores, y tendréis la población de Werst, o sea algunos cientos de habitantes.

Puede decirse que el tal pueblecillo está formado por sólo una larga calle, cuyas bruscas pendientes hacen la subida y la bajada muy penosa a lo largo de la garganta de Vulcano. Sirve de camino natural entre la frontera valaca y la transilvánica. Por allí pasan los rebaños de bueyes, de carneros y cerdos, los carniceros, los vendedores de frutas y granos y algunos

viajeros, muy pocos, que se aventuran por el desfiladero, en vez de tomar los ferrocarriles de Kolosvar y del valle del Maros. En verdad que la naturaleza ha dotado generosamente la cuenca que se abre entre los montes de Bihor, Retyezat y Paring; no tan sólo es rica por la fertilidad de su suelo, sino también por la riqueza que encierra en sus entrañas: hay minas de sal gema en Thorda, con un rendimiento anual de más de veinte mil toneladas; el monte Parajd, cuya base mide siete kilómetros de circunferencia, está formado de cloruro de sodio; las minas de Torotzko producen plomo, cinc, mercurio y sobre todo hierro, cuyos yacimientos están en explotación desde el siglo X; las minas de Vadya Hunyad dan un mineral que, transformado en acero, resulta de superior calidad; hay también minas de carbón, fácilmente explotables bajo las primeras capas de estos valles lacustres en el distrito de Hatszeg, en Livadzet y Petrosani, vasto recinto cuyas reservas potenciales se han estimado en doscientos cincuenta millones de toneladas; y en fin, minas de oro en Offenbanya, en Topanfalva, la región de los trabajadores que se dedican a cernir las arenas auríferas de los ríos, en donde miríadas de molinos, regularmente dispuestos, trabajan las arenas del Veres-Patak, el Pactolo transilvánico, y que exportan cada año por valor de dos millones de francos del precioso metal.

Parecía que una región tan favorecida por la naturaleza, había de aprovechar aquella riqueza en favor de sus habitantes. Sin embargo, no es así. Si bien los centros más importantes como Torotzko, Petrosani y Lonyai poseen algunas instalaciones industriales modernas; si bien se ven edificaciones regulares,

sometidas a la uniformidad de la escuadra y la plomada, depósitos, almacenes, verdaderas poblaciones obreras; si están dotadas de cierto número de casas con ventana y balcones, no se encuentra nada similar en la aldea de Werst ni en la de Vulcano.

Unas sesenta casas irregularmente edificadas sobre la única calle, cubiertas de un caprichoso tejado que sobresale de los muros de arena, con fachada hacia el jardín; un granero con ventana por cada pared, con una ruinosa granja al lado; un establo cubierto de paja; aquí y allá un pozo con polea, de la que pende una cuerda; dos o tres charcas que se desbordan por las tormentas, arroyuelos de cursos tortuosos; tal es la aldea de Werst,emplazada sobre ambos lados de la calle entre los oblicuos taludes del desfiladero. A pesar de esto, es fresca y tiene atractivos: hay flores en puertas y ventanas, tapices de verdura que cubren los muros, yerbas revueltas que se mezclan con las espigas de color oro viejo y con las ramas de los olmos, álamos, hayas, abetos y robles que sobresalen por entre las casas "tan altos como pueden subir". Al otro lado, las escalonadas estribaciones de la cordillera, y allá en lontananza, las cimas de los montes que se confunden con el azul del cielo.

En Werst, como en toda aquella región de Transilvania, no se habla el alemán ni el húngaro, sino el rumano; hasta en las mismas familias cíngaras establecidas, más bien que acampadas, en las diversas aldeas del distrito.

Estos extranjeros adoptan la lengua del país, como adoptan la religión. Los de Werst forman una especie de pequeña tribu,

bajo el mando del patriarca, con sus carromatos, sus barakas de puntiagudo techo, sus legiones de niños; siendo bien diferentes por sus costumbres y regularidad de actos, a las de sus congéneres que andan errantes por Europa. Observan en sus ceremonias el rito griego, amoldándose a la religión de los cristianos entre los que viven. La autoridad religiosa de Werst está en manos de un pope que reside en Vulcano y ejerce sus funciones en ambas aldeas, separadas solamente por media milla.

La civilización es como el aire y como el agua; allí donde encuentra un resquicio, por pequeño que sea, penetra, y modifica las condiciones de vida de un país. Hay que reconocer que este resquicio no se ha presentado aún en la región meridional de los Cárpatos. De Vulcano ha dicho Eliseo Reclus "que es el último lugar de la civilización en el valle del Sil valaco". No hay pues que asombrarse de que Werst sea una de las más atrasadas aldeas del distrito de Kolosvar. ¿Y cómo puede ser de otra forma en lugares como los antedichos, donde se nace, se crece, y se muere sin haber salido de ellos? Sería lógico preguntar: ¿no hay un maestro de escuela? ¿No hay un juez en Werst? Indudablemente; pero el dómíne Hermod sólo puede enseñar lo que sabe, que es bien poco; apenas leer, escribir y contar. La instrucción no pasa de aquí. En ciencias, en historia, en geografía y en literatura, no conoce otra cosa que los cantos populares y leyendas del país; su memoria es escasa. Su fuerte es todo aquello que tiene sabor fantástico, de lo que sacan gran provecho los pocos escolares de la aldea.

En cuanto al juez, conviene explicar quién era el que ostentaba el título de primera autoridad de Werst. El biró Koltz era un hombre bajito, como de unos cincuenta y cinco o sesenta años, de origen rumano, de cabellos ralos y encanecidos, bigote aún negro y ojos de más dulzura que viveza; de fuerte complexión como buen montañés, cubre su cabeza con la magnífica gorra de fieltro, y sujetá su vientre con un cinturón de floreada hebilla; la chaqueta sin mangas y el pantalón corto y bombacho, metido en altas botas de cuero, completan su indumentaria.

Más bien alcalde que juez, por más que sus funciones le obligasen a intervenir en las múltiples contiendas entre vecinos, se ocupaba principalmente en administrar su aldea con poder discrecional, y no honorífico en verdad. En efecto, todas las transacciones, compras o ventas estaban gravadas con un impuesto a su favor, sin hablar del derecho de peaje que extranjeros, turistas y traficantes se apresuraban a entregarle.

Tan lucrativo cargo había proporcionado al señor Koltz cierta holgura. Si la mayoría de los aldeanos del distrito son roídos por la usura, que no tardarán en hacer a los judíos prestamistas verdaderos propietarios del suelo, el biró había sabido escapar a su rapacidad. Sus bienes estaban libres de hipoteca o "intabulaciones" según se dice en la comarca; a nadie debía nada. Hubiese más bien prestado que tomado a préstamo, y lo hubiera hecho no sin desellejar a la pobre gente. Poseía muchos prados con buenos pastos para sus rebaños, campos bien cultivados, aunque hostil siempre a los adelantos, viñas que halagaban su vanidad, al pasearse por entre las hermosas cepas cargadas de racimos, y cuya cosecha vendía siempre con

gran provecho, prescindiendo de la parte que se reservaba para su consumo particular.

No hay que decir que la casa de Koltz era la más hermosa del pueblo. Estaba situada esquina al terraplén de la única calle. Una casa de piedra, con su fachada al jardín, su puerta entre la tercera y cuarta ventanas, y los festones de verdura orlando el alero con su cabelludo ramaje. Dos grandes hayas de alta y florida copa. Detrás un hermoso vergel en el que se ven bancales de legumbres, formando cuadros, y filas de áboles frutales alineados sobre el talud. En el interior de la casa hay bonitas y limpias habitaciones, para comer y dormir, con sus muebles pintarrajeados: mesas, camas, bancos, escabeles; y aparadores llenos de brillante vajilla. De las vigas del techo penden lámparas adornadas de telas y cintas de bellos colores. Vense también pesados cofres forrados y claveteados, que sirven de mesas y armarios. En las blancas paredes hay retratos, iluminados con fuertes colores, de patriotas rumanos, entre otros el del primer héroe del siglo XV, el vaivoda Vadya Hunyad.

He aquí una encantadora casa muy grande para un hombre solo. Pero es que el amo no vive solo. Viudo hacía diez años, tenía una hija, la bella Miriota, muy admirada de Werst a Vulcano, y aún más allá. Hubiese podido llevar por nombre uno de esos extraños que se usan en Valaquia, tales como Florica, Daiva, Dauricia; pero no; se llamaba Miriota, es decir, "Corderita". La Corderita había crecido y era al presente una hermosa joven de veinte años, rubia, con ojos garzos de dulce mirada, encantadoras facciones y formas esculturales, y su

hermosura resaltaba más aún vestida con su blusa bordada de hilo rojo en el colete, en los puños y los hombros, su falda sujetada con un cinturón de hebilla de plata, su catrina, doble delantal de rayas azules y rojas, anudado a la cintura, sus bolitas de cuero color avellana, y un ligero pañuelo a la cabeza, dejando al viento sus largas trenzas, adornadas con una cadenita.

Sí; Miriota era una hermosa joven, y rica por añadidura, en aquel pueblecillo perdido en el fondo de los Cárpatos. ¿Mujer de su casa?, sin duda; gobierna admirablemente la casa de su padre. ¿Instruida? ¡Bah!, educada en la escuela del maestro Hermod, sabía leer, escribir y contar con corrección; pero no ha pasado de ahí ni hace falta; en cambio, nada nuevo podía aprender en lo referente a las fantásticas leyendas del país. Sabía de esto tanto como su maestro. Sabía la leyenda de Leany Kö, el peñasco de la virgen, donde una joven princesa, un si es no es fantástica, escapaba a las persecuciones de los tártaros; la leyenda de las grutas del dragón, en la hondonada de la Cuesta del Rey; la de la fortaleza de Deva, construida en los tiempos de las hadas; la leyenda de la Detunata, la herida por el rayo, célebre montaña basáltica semejante a un gigantesco violín de piedra, y cuyo instrumento toca el diablo en las noches de tormenta; la leyenda del Retyezat, con su cima arrasada por un sortilegio; y la del desfiladero de Thorda, abierto de una estocada de San Ladislao. Confesaremos que Miriota rendía entera fe a semejantes fábulas, sin dejar de ser por eso una encantadora joven; y tal les parecía a muchos mozos del país, y eso que no tomaban en cuenta que era la única heredera del biró Koltz, primera autoridad de Werst.



Pero era inútil cortejarla. ¿Acaso no era ya la prometida de Nicolás Deck?

Era Nicolás Deck, o mejor dicho, Nic Deck, un magnífico tipo rumano. Veinticinco años, buena estatura, compleción vigorosa, airosa cabeza, cabello negro que cubre el colback blanco; franca mirada, actitud resuelta bajo su traje de piel de cordero bordado en las costuras y bien ajustado a sus piernas finas, verdaderas piernas de ciervo, y apuesto continente. Era guardabosque del distrito; es decir, casi tanto militar como civil. Como quiera, poseía alguna tierra de labor en las cercanías de Werst, el padre de Miriota miraba al mozo con buenos ojos; y como el joven era gallardo y amable, tampoco desagradaaba a Miriota, por la que sentía verdadero amor.

Nadie debía pues pensar ni siquiera en mirarla.

El matrimonio de Nic Deck y Miriota Koltz debía celebrarse a los quince días del momento en que comienza esta historia. Con este motivo habría fiesta en la aldea; el señor Koltz haría convenientemente las cosas; no era avaro, y si bien le gustaba ganar dinero, no rehusaba gastarlo cuando llegaba la ocasión. Terminada la ceremonia, Nic Deck elegiría domicilio cerca del biró; cuando Miriota le tuviera a su lado, quizá se curaría del miedo que ahora sentía al solo ruido de una piedra o al chasquido de un mueble durante las largas noches de invierno, creyendo que iba a aparecer a cada momento alguno de los fantasmas, héroes de sus leyendas favoritas.

Para completar la lista de los notables de Werst conviene citar dos más, y no de los menos importantes: el maestro y el médico.

El maestro Hermod era un hombre grueso, con anteojos, de cincuenta y tantos años, y fumador infatigable en su pipa de porcelana, cuyo tubo pendía siempre de sus dientes. Poco y desgreñado pelo sobre su cráneo aplastado, cara seca, con un hoyuelo en la mejilla izquierda. Su gran tarea era cortar las plumas de ave de que se habían de servir sus discípulos, con prohibición expresa de usar las de acero. Había que verle cortándolas con su navajita bien afilada. ¡Con qué precisión daba el golpe final que remataba su obra, guiñando un ojo al mismo tiempo! Ponía exquisito cuidado antes que nada, en que sus discípulos tuvieran buena letra... Esto era lo principal. La instrucción venía después...; y ya se sabe todo lo que enseñaba el buen hombre a las futuras generaciones que se sentaban en los bancos de la escuela.

Hablemos ahora del médico Patac... ¿Cómo había un médico en Werst, en aquel pueblo en que solamente se creía en las cosas sobrenaturales? Hay que explicar antes, como lo hicimos al hablar del juez Koltz, la verdad sobre el título de médico de Patac.

Era éste un hombrecillo de saliente abdomen, grueso, bajo, y de unos cuarenta y cinco años; ejercía la medicina en Werst y sus cercanías. Con su imperturbable aplomo y su facundia atronadora inspiraba no menos confianza que el pastor Frik, lo que no era poco. Cobraba consultas y drogas, inofensivas éstas,

y que no empeoraban los males de sus clientes; males que se hubieran curado solos. La salud es buena en aquellas regiones montañosas. El aire que se respira es puro, las enfermedades epidémicas desconocidas, y si la gente se muere es porque nadie se libra de esta dura ley, ni aun en aquel privilegiado rincón. En cuanto a Patac, se le llamaba doctor; pero la verdad es que no tenía instrucción alguna, ni en medicina, ni en farmacia, ni en nada. Era sencillamente un antiguo enfermero del Lazareto, cuya obligación consistía en vigilar a los viajeros detenidos en la frontera mientras cumplían las ordenanzas de sanidad. Esto bastaba, al parecer, a la sencilla población de Werst. Hay que añadir —Y esto no debe sorprender— que el doctor Patac era un "espíritu fuerte", como convenía a su profesión, y que por lo tanto no admitía las viejas supersticiones, ni tampoco las que se referían al castillo. Tomaba esto a broma y a risa, y cuando oía decir que nadie se había aventurado desde tiempo inmemorial a acercarse al castillo, decía:

—No habrá quién me desafíe a hacer una visita a ese caserón.

Y como nadie le desafiaba, ni pensaba en ello, el doctor Patac no llegó a ir; y como la credulidad y el temor a lo desconocido seguían en aumento, el castillo continuaba siempre envuelto en un impenetrable misterio.

IV

Bastaron pocos instantes para que la noticia dada por el pastor Frik se extendiese por el pueblo. El señor Koltz, portando el precioso anteojos, acababa de entrar en su casa, seguido de Nic Deck y Miriota; en el terraplén quedó Frik entre un grupo de gente del pueblo, al que se unió otro de cíngaros, que no eran los que se mostraban menos emocionados.

Todos rodeaban a Frik apremiándole a preguntas, y el pastor respondía con la importancia de un hombre que acaba de ver una cosa extraordinaria.

—Sí —repetía— el castillo humeaba... Todavía humea, y humeará mientras esté en pie.

—¿Y quién ha podido encender ese fuego? —preguntó una vieja con las manos juntas.

—¡El Chort! —Respondió Frik, dando al diablo el nombre que se le daba en el país. —Ése es uno que se entretiene en prender fuego, y no en apagarlo.

Y cada quien trató de ver el humo sobre la punta del torreón, y la mayor parte afirmó que lo distinguía perfectamente, aunque a aquella distancia era completamente invisible.

¡Imposible fuera imaginar el efecto que produjo aquel singular fenómeno! Es necesario insistir sobre ese punto. Colóquese el lector en un estado de ánimo igual al de las gentes de Werst, y



no se asombrará de los hechos que van a ser referidos. No le pido que crea en lo sobrenatural, sino que únicamente se ponga en el caso de aquella población, y dé fe a este relato. A la desconfianza que inspiraba el castillo de los Cárpatos, que todo el mundo creía inhabitado, iba a unirse ahora el espanto, puesto que parecía estar habitado... Y ¡por qué seres, Dios mío!

Existía en Werst un lugar frecuentado por bebedores y aun por otros, que sin beber, gustaban de ir allí para hablar de sus negocios después del trabajo, estos últimos en número reducido. Dicho establecimiento público era la principal, o por mejor decir, la única posada del pueblo. ¿Quién era el propietario?, un judío llamado Jonás, hombre de unos sesenta años, de fisonomía interesante, pero de marcado tipo semítico: ojos negros, curva nariz, labio alargado, cabellos lisos, y la tradicional perilla. Obsequioso y amable prestaba de buen grado pequeñas cantidades a unos y otros, sin mostrarse muy exigente en garantías ni muy usurario, porque estaba seguro de ser reembolsado del préstamo en la época del vencimiento. ¡Pluguiese al cielo que los judíos establecidos en Transilvania fueran tan acomodaticios como el posadero de Werst!

Desgraciadamente, el buen Jonás era una excepción.

Sus correligionarios y colegas, que son todos tenderos, de paso que venden bebidas y comestibles, practican el oficio de prestamistas, inquietante para el porvenir del aldeano rumano. Hemos de ver cómo la propiedad del suelo pasa poco a poco, de la raza indígena a la extranjera. No satisfechas las deudas llegarán a hacerse dueños de las hermosas tierras hipotecadas;



y si la Tierra Prometida no existe ya en Israel, acaso figurará algún día en los mapas de Transilvania.

La posada del Rey Matías, así se llamaba, estaba situada en uno de los ángulos del terraplén, en la calle Mayor de Werst, y en la esquina opuesta a la casa del biró. Era una casa vieja, mitad de madera, mitad de piedra, agrietada por algunos sitios, pero muy engalanada con plantas trepadoras, y de atractiva apariencia.

Constaba de planta baja únicamente, con puerta vidriera que daba sobre el terraplén. En el interior, y en primer término, había una sala grande llena de mesas y de taburetes, con un aparador de encina carcomida donde resplandecían los platos, los jarros y los frascos, y un mostrador de ennegrecida madera, tras el cual estaba en pie Jonás, al servicio de la clientela.

He aquí cómo aquella sala recibía la luz. Tenía dos ventanas en la fachada sobre el terraplén, y otras dos en la pared del fondo. De las dos primeras, una estaba velada completamente por la espesa cortina de verdura, y apenas dejaba pasar un poco de claridad. La otra permitía tender la mirada sobre todo el valle interior del Vulcano.

Deabajo corrían las aguas tumultuosas del Nyad; dicho torrente descendía por el desfiladero, engrosado en las alturas de la meseta de Orgall, coronada por los muros del castillo; siempre crecido por los arroyos de la montaña, aun durante el estío, descendía veloz hacia el Sil valaco, del cual era afluente.

A la derecha, y contiguos a la sala, media docena de cuartitos bastaban para alojar a los pocos viajeros que antes de traspasar la frontera deseaban descansar en el Rey Matías.

Se les dispensaba buena acogida, a precios módicos, por un posadero atento y servicial, siempre provisto de buen tabaco que iba a buscar a los mejores trafiks de las cercanías. Jonás, por su parte, ocupaba un estrecho camaranchón, cuya ventana daba sobre el terraplén.

En esta posada hubo reunión de los notables de Werst la noche del 25 de mayo. Entre otros estaban el señor Koltz, el maestro Hermod, el guardabosque Nic Deck, una docena de los principales de la aldea, y el pastor Frik, que no era el menos importante. Faltaba el doctor Patac, cuyos auxilios de médico habían sido solicitados a toda prisa por uno de sus antiguos clientes, que sólo al doctor esperaba para pasar al otro mundo. El doctor había prometido asistir a la reunión cuando ya no fueran necesarios sus cuidados al difunto.

En tanto que llegaba el exenfermero, se hablaba del grave suceso del día; mas no se hablaba sin comer y beber. Jonás ofrecía a algunos de sus parroquianos la crema de maíz conocida con el nombre de mamaliga, no del todo desagradable si está bien empapada en leche fresca. A otros les ofrecía copitas de licores fuertes, que corren como agua por los gazznates rumanos, alcohol de schnaps, cuyo vaso cuesta medio sueldo, y más particularmente raki, aguardiente fortísimo de ciruelas, cuyo consumo es considerable en la región de los Cárpatos.

Conviene advertir que en la posada había la costumbre de que Jonás no servía más que al plato, es decir, a las personas sentadas a la mesa, porque había observado que los parroquianos sentados consumen más que los que lo hacen de pie.

Aquella noche el negocio prometía ser bueno, puesto que los concurrentes se disputaban todos los asientos. Jonás iba de mesa en mesa con la botella en la mano llenando los vasos, vaciados al momento. Eran las ocho y media: desde el anochecer estaban perorando, sin llegar a entenderse sobre lo que convenía hacer, dadas las circunstancias. Solamente en un punto estaban acordes, y era en que de estar habitado por desconocidos el castillo de los Cárpatos, sería tan peligroso para Werst, como un polvorín a la entrada del poblado.

—Es muy grave —dijo el señor Koltz.

—Muy grave —repitió el maestro entre dos fumadas de su inseparable pipa.

—¡Muy grave! —dijeron los demás.

—Lo que no es dudoso —añadió Jonás— es que la mala reputación del castillo causaba ya gran desazón en el distrito...

—¡Y ahora será otra cosa! —exclamó el maestro.

—Aquí casi nunca vienen extranjeros —añadió el juez con un suspiro.

—Y ahora vendrán menos —dijo Jonás uniendo su suspiro al del biró.

—Muchos habitantes piensan marcharse —dijo uno de los bebedores.

—Yo el primero —exclamó un aldeano de las cercanías—. Así que venda las viñas me voy...

—¡Pues no sé cómo encontrarás comprador, abuelo! —repuso el posadero.

Se ve cuál era el tema de conversación de aquellos dignos notables. Al terror que cada uno de ellos sentía ante el suceso, había que añadir el sentimiento de sus intereses lesionados. Sin viajeros, ¿qué iba a hacer Jonás en su posada? Sin viajeros, el juez Koltz, ¿cómo cobraría el peaje, cuya cifra iba bajando gradualmente? Sin compradores para las tierras, los propietarios no podrían venderlas ni a vil precio. Y tal situación, que ya venía de tiempo atrás, amenazaba agravarse aún.

En efecto; si esto había sucedido cuando los espíritus se mantenían a la expectativa y en reserva, sin ser vistos por nadie, ¿qué sería ahora, que manifestaban su presencia con actos ostensibles?

El pastor Frik aventuró con voz vacilante:

—Acaso habría que...

—¿Qué? —preguntó el juez Koltz.

—Ir a ver, mi amo...

Todos se miraron, después bajaron los ojos, y nadie respondió.

Entonces Jonás, dirigiéndose al señor Koltz, tomó la palabra, y con voz firme dijo:

—Vuestro pastor acaba de indicar el único medio posible.

—¡Ir al castillo...!

—Sí, amigos míos. —Respondió el posadero— Si sale humo de la chimenea del torreón, es que ahí hay fuego. Y si hay fuego, es que alguna mano lo ha encendido...

—¡Una mano! ¡Una garra! —replicó el viejo aldeano.

—Mano o garra, —dijo el posadero— poco importa. Lo que hay que saber es lo que esto significa. Desde que el barón Rodolfo de Gortz abandonó el castillo, es la primera vez que ha salido humo de las chimeneas.

—Podría ser, sin embargo, que hubiese habido humo sin que nadie lo hubiese advertido —hizo observar el juez.

—Eso no es admisible —replicó vivamente el maestro.

—Por el contrario, es muy admisible —respondió el biró— puesto que no teníamos anteojos para observar lo que pasaba en el castillo.

La observación era atinada. Podía estar ocurriendo desde hacía mucho tiempo aquel fenómeno, sin que hubiera sido notado ni por el pastor Frik, a pesar de su buena vista.

Como quiera que fuese, que dicho fenómeno fuera reciente o no, era indudable que en el castillo de los Cárpatos había actualmente seres humanos. Como también lo de que aquel hecho constituía una vecindad peligrosa en extremo para los habitantes de Vulcano y de Werst.

El maestro Hermod hizo entonces esta observación, en apoyo de sus creencias:

—¡Seres humanos!, permitidme que no lo crea porque, ¿cómo habían de haber pensado refugiarse en el castillo, y con qué intención y de qué manera habrían llegado?

—¿Qué queréis pues que sea? —exclamó Koltz.

—¡Seres sobrenaturales! —Exclamó el maestro con imponente voz— ¿Por qué no han de ser espíritus, fantasmas, duendes? Acaso alguno de esos peligrosos monstruos que se presentan bajo la forma de hermosas mujeres...

Y mientras el maestro iba haciendo esta enumeración, todas las miradas se fijaban en la puerta, en las ventanas, en la chimenea

de la sala, y cada uno se preguntaba si acaso iba a ver aquellos fantasmas que el maestro había evocado.

—Sin embargo, amigos —observó Jonás— si esos seres son espíritus, no me explico por qué han hecho fuego; porque, ¿qué van a guisar?

—¿Y sus sortilegios? —Respondió el pastor— ¿Olvidáis que el fuego es necesario para ellos?

—Evidentemente —añadió el maestro, con tono que no admitía réplica.

Aquella idea fue aceptada sin oposición. Era opinión unánime que no seres humanos, sino espíritus, habían elegido el castillo de los Cárpatos para teatro de sus operaciones.

Hasta aquí Nic Deck no había tomado parte en la conversación. El guardabosque se limitaba a escuchar atentamente lo que unos y otros decían. El viejo castillo feudal, con sus misteriosos muros, le había siempre inspirado tanta curiosidad como respeto. Y como era hombre valiente, por más que muy crédulo, como buen habitante de Werst, más de una vez había manifestado deseos de franquear sus viejos muros.

Ya se comprenderá que Miriota habíale hecho desistir de tan aventurado proyecto. Si él hubiese sido libre, pudiera haber satisfecho su deseo; pero un novio no se pertenece, y aventurarse en tales aventuras hubiese sido obra de un loco, no de un enamorado.

Sin embargo, y no obstante sus súplicas, Miriota temía siempre que el guardabosque pusiera en ejecución su proyecto. Le tranquilizaba saber que Nic Deck no había dicho formalmente que iría al castillo; porque de haberlo declarado, nadie tendría bastante imperio sobre él, ni aun ella. Y lo sabía muy bien: Nic era un mozo resuelto que jamás volvía sobre su palabra. Cosa dicha, cosa hecha. Así pues, Miriota hubiera estado en ascuas de sospechar las ideas que en aquel momento cruzaban la mente del joven.

Nic Deck guardó silencio y nadie aceptó la proposición del pastor. ¡Ir al castillo de los Cárpatos, estando habitado! ¿Quién se atrevería a ello, a menos de haber perdido el juicio? Así pues cada uno iba dando las mejores razones para excusarse.

El biró no estaba ya en edad de arriesgarse en tamaña empresa, el maestro tenía sus obligaciones en la escuela; Frik no podía abandonar su rebaño; Jonás no podía dejar la posada, y los otros aldeanos estaban ocupados en sus faenas agrícolas. ¡Nadie se animaba a sacrificarse!, diciendo todos para su coleto: "¡El que tenga la audacia de ir al castillo, puede ser que no vuelva!"

En aquel instante, con gran espanto de todos, se abrió bruscamente la puerta de la posada; era el señor Patac, y difícil hubiera sido, en verdad, tomarle por aquellos espíritus fantásticos de los que el señor Hermod había hablado.

Habiendo muerto su cliente, lo cual hacía honor a su perspicacia médica, ya que no a su talento, el doctor se había apresurado a acudir a la reunión de la posada.



—¡Aquí está por fin! —Exclamó el señor Koltz al verle.

El señor Patac distribuyó apretones de manos a todo el mundo, como si hubiese distribuido drogas, y con tono un sí o no es irónico, exclamó:

—¡Hola, amigos! ¿Estáis hablando del castillo, de ese castillo del diablo? ¡Ah, holgazanes! Si el castillo quiere fumar, dejadle que fume. ¿Acaso nuestro sabio Hermod no está fumando todo el día? El distrito está consternado. En mis visitas no he oído hablar de otra cosa. Los que han vuelto han encendido fuego allá arriba. Estarán constipados... Hará mucho frío en el mes de mayo en las cámaras del torreón. Como no sea que estén cociendo pan para el otro mundo, lo cual puede ser verdad, para el caso de que se resucite. Todo eso significa que los panaderos del cielo han venido a hacer una hornada.

Y de esta suerte continuó diciendo cuchufletas, indudablemente muy poco del gusto de las gentes de Werst, y que sin embargo el pseudodoctor decía con increíble jactancia. Nadie dijo nada. Solamente el biró le preguntó:

—¿De manera, doctor, que no concedéis importancia alguna a lo que pasa en el castillo?

—Ninguna, señor Koltz.

—¿No habíais dicho que estabais dispuesto a ir allí, si se os desafiaba?

—¡Yo! — respondió el antiguo enfermero no sin disgusto de que se le recordasen sus palabras.

—Vamos, ¿no lo habéis dicho mil veces? —insistió el maestro.

—Sí que lo he dicho. ¿Se trata de que lo repita?

—Se trata de hacerlo —dijo Hermod.

—¿Hacerlo?

—Sí. Y ya no es desafiaros, sino rogaros.

—Ya comprendéis, amigos... Ciertamente... Esa proposición...

Entonces dijo el posadero:

—Bien, puesto que vaciláis, no os lo rogamos; os desafiámos a que lo hagáis.

—¿Me desafiáis?

—Sí, doctor.

—Jonás, vais demasiado lejos. —Repuso el biró — No es preciso desafiar a Patac. Sabemos que es hombre de palabra y que cumple lo que dice, aunque no sea más que por prestar este servicio al pueblo y a todo el distrito.

—¡Cómo! ¿Pero es en serio? ¿Queréis que vaya al castillo de los Cárpatos? —repuso el doctor, cuya faz rubicunda se había tornado pálida.

—No podéis excusaros —respondió categóricamente Koltz.

—Yo os lo suplico, amigos, os suplico que razonemos, si os parece bien.

—Todo está razonado —respondió Jonás.

—Pero no seamos locos. ¿Qué voy a conseguir con ir allí? ¿Qué voy a encontrar? Alguna buena gente que se ha refugiado en el castillo, y que a nadie incomoda.

—Pues bien —replicó el maestro de escuela con cierta ironía—, si son buenas gentes, nada hay que temer y así tendréis ocasión de ofrecerles vuestros servicios.

—Si tuvieran necesidad de ellos, si me llamasen, yo no vacilaría en ir al castillo; pero ya no visito gratis.

—Se os pagará vuestra molestia a tanto la hora —dijo el juez.

—¿Y quién me la pagará?

—Yo... todos. Al precio que queráis —respondió la mayor parte de los parroquianos de Jonás.

Evidentemente, y a despecho de sus constantes fanfarronadas, el doctor era tan supersticioso como cualquiera otro de sus paisanos de Werst; pero en aquellos momentos, y después de haberse mofado de las leyendas del país, encontrábase muy comprometido ante el servicio que de él se esperaba; era una situación verdaderamente difícil. Y sin embargo, aunque fuese al castillo y le remunerases la molestia, aquello no podía interesarle de modo alguno. Procuró sacar partido de sus argumentos: que su visita no tendría resultado, que el pueblo se cubriría de ridículo delegándole a él para explorar el castillo, etcétera.

Sus argumentos promovieron nueva discusión.

—Me parece —repuso el maestro— que puesto que no creéis en los espíritus, nada arriesgáis en la visita.

—¡Yo que he de creer en esas cosas!

—En consecuencia; si son seres de carne y hueso los que han ocupado el castillo y se han instalado en él, hacéis conocimiento con ellos.

El razonamiento del maestro no carecía de lógica, y era difícil de refutar.

—Conforme, Hermod —replicó el doctor—, pero pudiera verme retenido en el castillo...

—Señal de que seríais bien recibido —añadió Jonás.

—Indudable, pero ¿y si mi ausencia se prolongase y alguno me necesitara en el pueblo?

—No; todos marchamos a las mil maravillas —repuso Koltz—, no hay un enfermo en Werst desde que vuestro último cliente tomó el pasaporte para el otro mundo.

—Bien... ¡Oh, y no es miedo! Ya sabéis que yo no creo en brujerías. La verdad, es que me parece absurdo, y lo repito, ridículo. ¿Que ha salido humo del torreón? ¿Y qué? ¿Y si no es humo? Decididamente no voy al castillo de los Cárpatos, no.

—Yo iré.

El que pronunció estas dos palabras era Nic Deck, el guardabosque que hasta entonces no había tomado parte en la conversación.

—¿Tú, Nic? —exclamó el juez.

—Yo, pero a condición de que Patac me acompañe. Al oír esto el doctor dio un salto, no sabiendo cómo salir del nuevo atolladero.

—¿Acompañarte yo? —replicó—. ¡Vaya un paseo delicioso que nos íbamos a dar! Y en fin, si eso tuviera utilidad, podría uno aventurarse... Pero tú sabes muy bien, Nic, que no hay camino para poder ir al castillo. No podríamos llegar...

—He dicho que voy al castillo —repuso Nic—, e iré.

—¡Sí, pero yo no lo he dicho! —gritó el doctor agitándose como si estuvieran apretándole el cuello.

—Sí lo habéis dicho —replicó Jonás.

—¡Sí, sí! —repitieron todos unánimemente.

El antiguo enfermero no sabía cómo escapar de unos y otros. ¡Ah, cuánto le pesaba habérselas echado de fanfarrón! Nunca creyó que aquello se tomase tan en serio, ni que le pusieran en tan duro trance. Y no tenía medio de excusarse, a menos que afrontase el ser objeto de burla en todo el pueblo. Decidió pues hacer de tripas corazón, como suele decirse.

—Bueno... puesto que así lo queréis —dijo— acompañaré a Nic Deck, por más que sea inútil.

—¡Bien, doctor, bien! —exclamaron todos los parroquianos del Rey Matías.

—¿Y cuándo nos vamos? —preguntó Patac, afectando cierta indiferencia que encubría mal su estado de ánimo.

—Mañana por la mañana —respondió Nic Deck.

Un prolongado silencio siguió a estas palabras. Esto indicaba cuán grande era la emoción de Koltz y compañeros. Los vasos y los jarros estaban vacíos y sin embargo, aunque tarde, nadie se levantaba ni pensaba en irse a su casa.

Entretanto, Jonás decidió que era buena ocasión para servir otra ronda de schnaps y de raki...

De pronto, en medio del silencio general, una voz muy clara, que decía lentamente:

—Nicolás Deck, no vayas mañana al castillo. ¡No vayas...
o te pasará una desgracia!

¿Quién había pronunciado estas palabras? ¿De dónde salía aquella voz desconocida, que parecía surgir de una boca invisible? Aquella voz era la de un aparecido, una voz sobrenatural, una voz de ultratumba...

Nadie se atrevía a levantarse, ni a decir una palabra. El espanto había llegado al máximo...

El más valiente, Nic Deck, quiso averiguar de qué se trataba. Aquellas palabras habían sido pronunciadas allí dentro, en la sala. El guardabosque tuvo el arrojo de ir hacia el arcón, y abrirllo...

Nada.

Abrió la puerta de la posada, y saliendo a la calle, reconoció el terraplén hasta la esquina de la calle...

Nada.

Registró las habitaciones que daban a la sala.

Nada.

Al poco rato, el juez Koltz, Hermod el maestro, el doctor Patac, el pastor Frik y todos los demás, fuérонse de la posada, dejando solo a Jonás, que se dio gran prisa a echar las dos vueltas a la llave de la puerta de la calle.

Aquella noche, como si estuviesen amenazados de una fantástica aparición, todos los vecinos de Werst atrancaban frenéticamente sus puertas...

En la aldea reinaba el más espantoso terror.

V

Al día siguiente, Nic Deck y el doctor Patac disponíanse a partir a las nueve de la mañana. Los propósitos del guardabosque eran remontar por el desfiladero de Vulcano, dirigiéndose por el camino más corto hacia el castillo sospechoso.

No hay que asombrarse de que después del incidente del humo visto en el torreón y la voz oída en la posada, la población se mostrase como paralizada por el terror. Algunos cíngaros hablaban de emigrar. En todas las casas no se trató aquella noche más que de lo mismo, y aun no en voz alta. Atreveos a decirles que no era el diablo, el Chort, el que pronunció la terrible amenaza contra Nic Deck. Allí, en la posada de Jonás, estaban las personas más serias, y todas atestiguaban haber oído las tremendas palabras. Era por lo tanto inadmisible el suponer que hubiesen sido víctimas de una alucinación; no había duda de que si Nic Deck persistía en llevar a cabo su propósito, sufriría aquello que a él personalmente se le previno: una gran desgracia.

Y no obstante el guardabosque se aprestaba a salir de Werst, y por su gusto, sin que nadie le obligase. El señor Koltz, aunque tenía interés en la empresa, al igual que la población había utilizado todos los medios para que Nic Deck desistiera de su proyecto y volviese sobre su palabra. La misma Miriota, desolada y anegada en llanto, había suplicado a su novio que abandonase la idea de tal aventura.



Antes de la advertencia dada por la voz, ya era grave; y ahora, una temeridad. ¿Y cómo? ¿En vísperas de su matrimonio iba Nic Deck a arriesgar su vida, en semejante tentativa?, y su novia, que se arrastraba a sus plantas, no conseguía disuadirlo...

Ni los ruegos de sus amigos, ni el llanto de Miriota, pudieron torcer el ánimo del guardabosque; lo que no sorprendió a nadie, conociendo el carácter indomable del joven, su tenacidad o, por mejor decir, su terquedad. Había dicho que iría al castillo de los Cárpatos, y nada podría impedirlo; ni aun aquella amenaza que tan directamente se le había hecho. Sí... iría al castillo, aunque no volviese.

Cuando llegó la hora de partir Nic Deck estrechó a Miriota contra su corazón por última vez, en tanto que la joven se santiguaba con el pulgar, el índice y el dedo medio, según la costumbre rumana, y como homenaje a la Santísima Trinidad.

¿Y el doctor Patac? El doctor, puesto en el trance de acompañar al guardabosque, había tratado de excusarse, sin resultado. Había dicho cuanto podía decir, había hecho cuantas objeciones podía hacer, se había parapetado tras aquella misteriosa amenaza que prohibía ir al castillo...

—¿Y tú piensas —le dijo el doctor—, que si te sucediese una desgracia iba yo a salir ilesa?

—Ileso o no, habéis prometido ir al castillo, e iréis puesto que voy yo.

La gente de Werst, comprendiendo que no podía ya poner pretexto alguno, había dado la razón al guardabosque; era mejor que Nic Deck no se aventurase solo en aquel asunto. Así pues, el despechado doctor, convencido de que ya no podía retroceder, lo que hubiera sido comprometer su situación en el pueblo, máxime después de sus baladronadas de costumbre, se resignó con el espanto en el alma, pero con el más firme propósito de aprovechar el menor obstáculo en el camino para obligar a su compañero a volver atrás.

Nic y el doctor partieron.

El señor Koltz, Hermod, Jonás y el pastor Frik, les acompañaron hasta el recodo de la carretera, donde hicieron alto.

En aquel punto el señor Koltz, con su anteojo, del cual ya no se separaba, dirigió su mirada al castillo. Ningún humo se percibía en la chimenea del torreón.

¿Sería acaso que los naturales o sobrenaturales huéspedes del castillo se iban, viendo que Nic no hacía caso de sus amenazas?

Así lo pensaron algunos aldeanos, lo cual era razón decisiva para augurar el buen éxito de la expedición.

Después de las naturales despedidas, Nic Deck arrastrando consigo al doctor, desapareció en el bosque. Iba el joven en traje de viaje, con gorra de galón de ancha visera, chaqueta con cinturón, y pendiente de éste el cuchillo, pantalón ancho, botas herradas, cartuchera y la carabina al hombro.

Tenía justa fama de ser un hábil tirador, y como a falta de aparecidos podían encontrarse con algunos contrabandistas, o en su defecto con algún oso mal intencionado, era muy prudente ir preparados para la defensa.

El doctor creyó oportuno armarse con un viejo pistolón, que de cada cinco tiros erraba tres. También llevaba un hacha enorme que su compañero le había dado para el caso probable de tener que abrirse paso por entre los espesos matorrales del Plesa. Iba cubierto con el ancho sombrero propio de los campesinos, bien abotonado el fuerte capote, y calzado con botas de recia suela. Pero la verdad es que si se presentaba la ocasión, no obstante las molestias que pudieran causarle aquellos arreos, correría como un gamo en dirección a Werst.

Ambos llevaban las alforjas bien provistas, por si la exploración se prolongaba.

Cuando dejaron atrás el recodo del camino, avanzaron remontando la orilla derecha del Nyad. De seguir el camino que rodea a los barrancos de la vertiente se hubieran separado mucho hacia el oeste. Era de lamentar que no pudieran continuar bordeando el cauce del torre lo que hubiese abreviado la distancia en una tercera parte, puesto que el Nyad viene a nacer bajo la meseta de Orgall; pero en el punto en que se hallaban, la ribera, llena de barrancos y de rocas, era impracticable en absoluto, siendo necesario cortar oblicuamente a la izquierda, en dirección al castillo, después de haber franqueado la zona inferior de los bosques del Plesa, que era el único punto por donde la fortificación podía ser superada.

En la época en que el castillo estaba habitado por el barón de Gortz, la comunicación entre Werst, la garganta de Vulcano, y el valle del Sil valaco, era una estrecha vereda que se había abierto en aquella dirección; pero obstruida durante veinte años por espesos matorrales, inútilmente se hubiera buscado un camino.

Cuando iban a dejar el profundo y mugiente cauce del Nyad, Nic Deck se detuvo para orientarse. Desde aquel punto no se veía el castillo, ni lo verían ya hasta llegar al otro lado de los bosques, escalonados en la pendiente de la montaña; situación topográfica muy frecuente en la orografía de los Cárpatos. La orientación era pues difícil de determinar, por falta de señales; y sólo podía establecerse por la posición del sol, cuyos rayos iluminaban entonces las lejanas crestas del sudeste.

—¿Lo ves? —Dijo el doctor— ¿Lo ves?, no hay camino, o por mejor decir, no lo habrá ya.

—Lo habrá —respondió Nic Deck.

—Eso se dice fácilmente, Nic.

—Y se hace, Patac.

—¿De manera que sigues decidido?

El guardabosque se contentó con responder con un gesto afirmativo y se internó en la arboleda. En aquel momento el doctor sintió vehementes deseos de desandar lo andado. Mas

Nic lo miró con tal resolución, que el poltrón no creyó oportuno quedarse atrás.

El doctor Patac aún tenía una última esperanza... que Nic no tardaría en extraviarse en aquel laberinto de bosques, donde nunca había prestado servicio... mas el doctor no contaba con ese olfato maravilloso, ese instinto profesional, aptitud animal, por decirlo así, que permite guiarse por los menores indicios, como la dirección de las ramas, el desnivel del terreno, el color de las cortezas, los variados matices de los musgos, según estén orientados a los vientos del sur o del norte. Nic Deck era un experto en su oficio, y tenía una sagacidad notable para no perderse nunca, ni aun en las zonas que no conociera. Hubiese sido digno discípulo de un Bas-de-cuir o de un Chingakook, a través del país de Cooper.

En verdad que el atravesar aquel bosque iba a ofrecer serias dificultades. Olmos, hayas, algunos robles, y seculares encinas, ocupaban los primeros planos hasta la zona de los abedules, pinos y abetos, amontonados sobre las altas cimas a izquierda de la garganta del Vulcano.

Aquellos árboles magníficos, con sus poderosos troncos, sus ramas henchidas de savia nueva, su denso ramaje, entremezclándose unos con otros, formaban una verde cortina, que los rayos del sol no podían atravesar.

No obstante, el paso pudiera ser relativamente fácil, encorvándose bajo las ramas. Pero, ¡qué trabajo hubiera sido preciso para quitar los múltiples obstáculos que el suelo

presentaba, para limpiar todo aquello de plantas espinosas, de cardos, zarzas, ortigas y escaramujos, a pesar de ser tan frágiles que al más leve esfuerzo se arrancan! Nic Deck no era hombre que se inquietase, y supuesto que atravesando el bosque se ganaba mucha distancia, no se ocupaba de los arañazos.

En tales condiciones, la marcha forzosamente había de ser lenta, lo que contrariaba mucho a Dic Neck y a su compañero que se proponían llegar al castillo aquella misma tarde. De esta suerte tendrían suficiente luz para efectuar su visita y estarían de vuelta en Werst antes de la noche.

El guardabosque abría paso con la hacha por aquella espesa maleza, erizada de pinchos como bayonetas, y donde el pie encontraba un terreno desigual, lleno de troncos y raíces con los que tropezaba, cuando no se hundía en un hoyano húmedo y lleno de hojas que el viento no podía barrer. Infinitas vainas vegetales estallaban como fulminantes con gran asombro de Patac a quien inquietaba ese tiroteo. Asustado, volvía a mirar a derecha e izquierda, cuando algún sarmiento se agarraba a su ropa como una uña que quisiera retenerlo.

¡Decididamente el buen doctor Patac no las tenía todas consigo! Pero ya metido en el asunto, no se atrevía a separarse mucho de su intratable compañero.

A veces aparecían entre la espesura del bosque caprichosos claros, como dibujos iluminados, por donde se veían en el cielo bandadas de cigüeñas negras, que turbadas en su soledad, escapaban de las altas copas dando aletazos.

El atravesar aquellos pequeños claros hacía aún más penosa la marcha. Estaban derribados como en gigantesco juego de jonchets, los árboles tronchados por la tormenta o caídos de viejos, cual si el hacha del leñador les hubiera herido de muerte. Veíanse allí troncos desmesurados y carcomidos, de los que fuera imposible sacar una astilla o ser transportados al Sil para su acarreo.

Ante semejantes obstáculos, no les faltaba quehacer a Nic Deck y a su compañero. Si el joven guardabosque era ágil y vigoroso, en cambio el doctor Patac, con sus piernas cortas y su crecido abdomen, sofocado y jadeante, caía a cada paso, llamando en su auxilio a su compañero.

— ¡Ya verás, Nic, cómo acabo por romperme algo!

— ¡Ya lo arreglaréis vos mismo!

— ¡Vamos, Nic, sé razonable..., no hay que luchar contra lo imposible.

Pero Nic Deck entre tanto, ya se le había adelantado, y no obteniendo respuesta, el doctor se apresuraba a reunírsele.

Ahora bien; la dirección que llevaban hasta entonces, ¿era realmente la que convenía para salir frente al castillo?

Difícilmente se hubieran dado cuenta de ello. Sin embargo, puesto que seguían subiendo, era evidente que habían de llegar



al límite del bosque, como llegaron en efecto a eso de las tres de la tarde.

Desde allí hasta la meseta de Orgall raleaba la arboleda, a medida que la vertiente iba ganando en altura.

En aquel punto reapareció entre rocas el Nyad, bien fuese porque se inclinase su curso hacia el noroeste, bien porque Nic Deck hubiese avanzado oblicuamente.

Esto hizo pensar al guardabosque que el camino que había seguido era bueno, puesto que el torrente tenía su nacimiento en las entrañas de la meseta de Orgall. No pudo el joven rehusarle al doctor una hora de descanso en la orilla. Tanto más, cuanto que los estómagos pedían alimento, tan imperiosamente como las piernas el descanso. Las alforjas estaban bien repletas, y el raki llenaba las cantimploras que ambos llevaban; por añadidura, un agua limpida y fresca, filtrada por los guijarros del cauce, corría a algunos pasos. ¿Qué más podía desear?, por lo tanto había que reparar las fuerzas perdidas.

Desde la salida de Werst no había el doctor tenido la ocasión de conversar con Nic Deck, que siempre iba delante de él; pero cuando se hallaron sentados sobre el ribazo del Nyad, se indemnizó de sobra. El uno era poco locuaz, el otro era un hablador sempiterno. Así es que no hay que extrañar que las preguntas fueran tan prolijas y las respuestas tan breves.

—Hablemos un poco, Nic —dijo el doctor.

- Os escucho —respondió Nic.
- Creo que si hemos hecho alto en este sitio, será para tomar fuerzas.
- Nada más justo.
- Antes de volver a Werst...
- No, antes de ir al castillo.
- Mira, Nic, seis horas hace que estamos en marcha y apenas si hemos andado la mitad del camino.
- Lo cual prueba que no tenemos tiempo que perder ni desperdiciar.
- Pero ya será de noche cuando lleguemos al castillo; y como no creo que seas tan loco que te aventures en la obscuridad, tendremos que esperar a que amanezca.
- Esperaremos.
- ¿De manera que no quieres renunciar a tu descabellado proyecto?
- No.
- ¡Cómo!, estamos ya extenuados, y lo que necesitamos es una buena mesa en una buena sala y una buena cama en un buen cuarto, y tú en cambio, ¿piensas pasar la noche al raso?

—Sí, en caso de que algún obstáculo nos impida penetrar en el castillo.

—¿Y si no hubiese obstáculos?

—Pues pasaremos la noche en las habitaciones del torreón.

—¡En las habitaciones del torreón! —Exclamó el doctor—. ¿Y crees tú que yo voy a estar de acuerdo en pasar la noche en ese maldito castillo?

—¡Es claro! A menos que prefiráis quedarnos afuera.

—¡Solo! No es eso lo convenido; y si hemos de separarnos, mejor quiero hacerlo ahora mismo para volverme al pueblo...

—Lo convenido, doctor, es que seguiréis hasta el castillo.

—De día, sí; pero de noche, no.

—Bien, sois libre para partir; pero tratad de no extraviaros por esos andurriales.

¡Extraviarse! Eso era lo que inquietaba al doctor. Abandonado a sí mismo, y no teniendo por costumbre andar por aquellos laberintos, se sentía incapaz de volver a Werst. Además cuando llegase la noche, acaso negrísima, no le sería muy agradable descender por las pendientes de la garganta, con riesgo de caer en un despeñadero.

Caso de no penetrar en el castillo después de la puesta del sol, era preferible acompañar al obstinado guardabosque hasta el pie de la muralla.

—Ya comprenderás, mi querido Nic, que yo no puedo consentir en separarme de ti; puesto que persistes en ir al castillo, no dejaré que vayas solo.

—Eso está bien dicho, doctor, y creo que es lo mejor que podéis hacer.

—Una palabra, Nic. Si cuando lleguemos es de noche, prométeme que no tratarás de entrar al castillo.

—Lo que yo os prometí, doctor, es hacer hasta lo imposible para penetrar en él; no retroceder un paso hasta descubrir lo que allí sucede.

—¡Lo que sucede allí! —Exclamó el doctor encogiéndose de hombros—, ¿y qué quieres que suceda?

—No lo sé; pero quiero saberlo, y lo sabré indudablemente.

—Lo que falta saber es si podremos llegar al castillo del diablo —replicó el doctor, que ya no tenía más argumentos que oponer—. Lo que sí puede asegurarse, en vista de las dificultades experimentadas hasta aquí, y del tiempo que hemos tardado en atravesar los bosques del Plesa, es que se hará de noche antes de que podamos llegar al pie de la muralla.

—No lo creo yo así —respondió Nic Deck—. En lo alto de la pendiente los abetos son menos numerosos, y no hay los laberintos de olmos, robles y hayas que hemos pasado.

—Pero en cambio el terreno será muy tortuoso.

—Nada importa mientras sea practicable.

—Y no olvides que nada te he dicho de los encuentros con los osos en las cercanías de la meseta de Orgall...

—Yo tengo mi fusil, y vos vuestra pistola para defenderos, doctor.

—Pero si la noche se echa encima, nos perderemos en la oscuridad.

—No, porque entonces tendremos un guía que espero no nos abandone.

—¿Un guía? —preguntó el doctor.

—Sí —respondió Nic Deck—, y ese guía es el torrente del Nyad. Bastará remontar su margen derecha para llegar a la meseta en donde nace. Pienso pues, que dentro de dos horas veremos el castillo, si no tardamos en ponernos en marcha.

—¡En dos horas, si no es en seis! —replicó el doctor.

—Vamos. ¿Estáis presto?

—¿Ya... ya... Nic?, pero si apenas hemos descansado unos minutos.

—Algunos minutos que hacen una media hora larga. Por última vez, ¿estáis presto?

—¡Presto! ¡Cuando me pesan las piernas como si fueran de plomo! Ya comprenderás que no tengo tus piernas de guardabosque, Nic Deck. Tengo los pies hinchados y es una crueldad que me obligues a seguirte...

—¡Vaya! Me estáis fastidiando, Patac. Sois libre de marchar. ¡Buen viaje!

Y Nic se levantó.

—¡Por amor de Dios, Nic! —Exclamó el otro—escúchame.

—¡Escuchar vuestras majaderías!

—Vamos a ver. Puesto que ya es tarde. ¿Por qué no acampamos al abrigo de estos árboles? Mañana al amanecer partiríamos, y tendríamos toda la mañana para llegar a la meseta.

—Os repito, doctor, que mi intención es pasar la noche en el castillo.

—No, no, no lo harás, Nic. Yo sabré impedírtelo.

— ¡Vos!

—Me agarraré de ti, te arrastraré; te pegaré, si es preciso.

El desgraciado doctor no sabía ya lo que decía. Nic Deck ni siquiera le respondió, y después de haberse puesto el fusil en bandolera, dio algunos pasos en dirección a la ribera del Nyad.

—¡Espera, espera! ¡Diablo de hombre...! ¡Un instante! Tengo las piernas entumidas. Mis articulaciones no funcionan.

Pero no tardaron en funcionar porque el enfermero no tuvo más remedio que utilizar sus cortas piernas para unirse al guardabosque que no parecía pensar en regresar.

Eran las cuatro. Los rayos del sol, iluminando la cúspide del Plesa, que no tardaría en ocultarlos, proyectaban su oblicua luz sobre las altas ramas de los abetos. Nic Deck hacía bien en avanzar lo más posible porque en aquellas espesuras la noche se echaba de repente.

¡Curioso y extraño aspecto el de estos bosques donde se hacinan las especies arbóreas alpinas! No se ven allí ya árboles nudosos y torcidos, sino troncos rectos, altísimos, y desnudos hasta una altura de cincuenta o sesenta pies; troncos lisos que extienden a manera de techo el perenne verdor de sus copas.

En su base, en lugar de matorrales y zarzas, hay largas raíces saliendo a flor de tierra como serpientes adormecidas por el frío. El suelo muéstrase alfombrado de un musgo amarillento y seco, lleno de ramillas y sembrado de especies vegetales que

rechinan bajo el pie. Un talud de cristalinas rocas, cuyas afiladas aristas cortan la piel más gruesa, entorpece el avance.

La marcha fue pues muy difícil en medio de aquel bosque, y en un trecho de un cuarto de milla. Para escalar aquellos bloques era necesaria una fuerza de riñones, una seguridad de miembros, y un vigor de piernas, que de seguro no tenía el doctor Patac. Si Nic Deck hubiese estado solo, no habría empleado más de una hora; pero con el lastre de su compañero empleó tres, ya deteniéndose para que le alcanzara, ya ayudándole a escalar alguna roca demasiado alta para sus cortas piernas. El doctor sentía un temor terrible: encontrarse solo en aquellos parajes.

A medida que la pendiente se hacía más penosa, los árboles escaseaban más y más sobre la alta cima del Plesa, y sólo formaban ya grupos aislados. Entre aquellos grupos percibíase la línea de las montañas que se dibujaban en último término entre los vapores de la tarde.

El torrente del Nyad, siempre sorteado por el guardabosque, no era ya entonces más que un arroyuelo, lo que indicaba que su nacimiento no debía estar lejos. Algunos centenares de pies por encima de los últimos pliegues del terreno, extendíase la meseta de Orgall, coronada por las construcciones del castillo. Por fin Nic Deck llegó a la meseta, después de un supremo esfuerzo que redujo al doctor al estado de masa inerte. El pobre hombre no hubiera tenido fuerzas para arrastrarse veinte pasos más allá y cayó como cae la res bajo la maza del carnicero.

Nic apenas sentía la fatiga de tan ruda ascensión. De pie, inmóvil, devoraba con la mirada el castillo de los Cárpatos al que nunca se había aproximado. Ante sus ojos se extendía un muro almenado, defendido por profundo foso, y cuyo único puente levadizo estaba levantado contra la poterna encuadrada en un marco de piedra. En torno del muro, y en toda la superficie de la meseta, todo estaba tranquilo y silencioso. La penumbra del crepúsculo permitía abrazar el conjunto del castillo, que se dibujaba confusamente en las sombras. A nadie se veía sobre el parapeto, a nadie sobre la plataforma del torreón, ni sobre la terraza circular del primer piso... Ni un hilo de humo se esparcía en tomo de la extravagante veleta enmohecida...

—Y bien, guardabosque —preguntó el doctor Patac— ¿Convendrás en que es imposible franquear ese foso, ni bajar el puente levadizo, ni abrir la poterna?

El joven no respondió. Estaba pensando que sería preciso hacer alto ante la muralla. En medio de aquella oscuridad, ¿cómo bajar al fondo del foso y escalar el escarpado muro, para penetrar en la fortaleza?; sin duda lo más prudente era esperar el alba a fin de actuar con plena luz.

Lo cual fue decidido con gran contrariedad por parte de Nic y gran contento del doctor Patac.

VI

El cuarto menguante de la luna, con su brillante luz de plata, había aparecido poco después de ponerse el sol. Algunas nubes venidas del oeste fueron extinguiendo poco a poco los últimos resplandores del crepúsculo. La sombra iba invadiendo el espacio, subiendo su negrura desde el fondo del desfiladero. El anfiteatro de montañas llenábase de tinieblas, y la silueta del castillo se fue borrando bajo el negro crespón.

Si bien la noche amenazaba ser oscurísima, nada en cambio indicaba que fuera a ser turbada la calma por algún meteoro: huracán, lluvia o tormenta. Podían pues acampar tranquilos al aire libre Nic Deck y su compañero.

Sobre la árida meseta de Orgall no había un solo árbol. Tan sólo acá y allá veíanse algunos matorrales, poco adecuados para protegerse de la frescura de la noche. Allí todo era rocas, unas medio hundidas, otras en tan precario equilibrio, que un pequeño impulso hubiese sido bastante para hacerlas rodar por la vertiente hasta los abetos.

La única planta que con profusión crecía en aquel terreno rocoso era un gran cardo, llamado *espino ruso* cuyos granos o semillas, según dice Eliseo Reclus, fueron llevados allí por la caballería moscovita; "presente de alegre conquista que los rusos hicieron a los transilvanos".

Trataron los dos compañeros de buscar un sitio a propósito para pasar la noche resguardados del descenso de la temperatura, muy notable a aquella altura.

—¡Para estar mal, cualquier sitio es bueno! —murmuró el doctor.

—¡Aún os quejáis! —dijo el otro.

—¡Claro! ¡Éste es un sitio muy hermoso para atrapar un buen catarro o un excelente reuma, que no sabría yo después cómo curarme!

Preciosa confesión en boca del antiguo enfermero del Lazareto. ¡Ah! ¡Cuánto echaba de menos su confortable casita de Werst, con su cuarto bien cerrado y su cama bien mullida y blanda!

Preciso era elegir sin embargo entre aquellos bloques diseminados por la meseta, uno cuya orientación ofreciese el mejor abrigo contra la brisa del sudoeste, que ya empezaba a dejarse sentir. Tal fue lo que hizo Nic Deck, y no tardó mucho en reunírsele el doctor tras un ancho peñasco, plano por encima como una mesa.

Aquella roca era uno de esos bancos de piedra hundido bajo las escabiosas y saxífragas, plantas tan frecuentes en Valaquia, y donde también se encuentran los bancos antedichos en los caminos. Estos bancos sirven al mismo tiempo, para que el viajero descance, y para que pueda aplacar su sed con el agua que contiene una especie de jarra en ellos colocada, y renovada

cotidianamente por las gentes del campo. Cuando el castillo era habitado por el barón Rodolfo de Gortz, aquel banco tenía también su limpio recipiente, que los servidores de la familia cuidaban de no dejar nunca vacío; pero a la sazón se hallaba tapizado de verdoso musgo y tan deteriorado por la acción del tiempo, que el menor choque lo hubiera reducido a polvo. En la extremidad del banco alzábase un pilar de granito, resto de una antigua cruz cuyos brazos se adivinaban por una ranura medio borrada. En su calidad de *espíritu fuerte*, el doctor Patac de ningún modo podía admitir que aquella cruz le protegiese contra apariciones fantásticas; mas sin embargo, por una anomalía muy frecuente entre los incrédulos, si bien el doctor negaba a Dios, no estaba lejos de creer en el diablo. Cruzó por su mente la idea de que Chort no debía de andar lejos, si acaso vivía en el castillo, y que ni la cerrada poterna, ni el puente levadizo alzado, ni la alta muralla, ni el profundo foso, le impedirían salir, si le daba la idea de venir a retorcerles a los dos el cuello.

Y cuando pensaba que tenía que pasar toda la noche en tales condiciones, temblaba de espanto. ¡No! Aquello era exigir de él demasiado; los más enérgicos temperamentos no hubiesen podido resistirlo.

Además, aunque tarde, le había venido un pensamiento. Estaban en la noche del martes, día aciago, en que las gentes del distrito se guardaban bien de salir después de la puesta del sol. El martes, como se sabe, era allí día de maleficios; y a dar crédito a tradiciones, aventurarse por el campo era tanto como exponerse al encuentro con algún genio maléfico. En martes

nadie circula por las calles ni por los caminos cuando llega la noche.

Y he aquí que el doctor Patac, no solamente se encontraba fuera de su casa, sino en las cercanías de un castillo encantado y a bastantes millas del pueblo. Y allí tenía que estar esperando la vuelta del alba, caso que luciera para él de nuevo. Aquello en verdad, era tentar al diablo. Estaba el doctor engolfado en estas ideas, cuando el guardabosque sacó tranquilamente de su alforja un trozo de carne fiambre, después de haberse echado un buen trago de su calabaza.

Pensó el doctor que lo mejor que podía hacer era imitar a su compañero, y así lo hizo. Un muslo de pato, un trozo de pan, todo regado de raki, fue suficiente para reparar sus fuerzas. Si calmó su hambre, no pudo en cambio calmar su miedo.

—Ahora, a dormir —dijo Nic Deck, así que hubo colocado su alforja al pie del banco.

—¡Dormir!

—Buenas noches, doctor.

—¡Buena noche! Eso se dice fácilmente, pero me temo que ésta va a acabar mal...

Nic Deck, que no estaba de humor de hablar, no respondió.

Acostumbrado por su profesión a dormir en los bosques, acomodóse lo mejor que pudo junto a la piedra, y no tardó en caer en profundo sueño. Así que el doctor sólo podía refunfuñar entre dientes, oyendo la acompasada respiración de su compañero.

A él le fue imposible durante algunos minutos, y a despecho de su fatiga, hacer otra cosa que mirar y escuchar atentamente. Su cerebro era víctima de esas extravagantes visiones que surgen de la turbación del insomnio.

¿Qué quería ver en aquellas espesuras? Todo y nada. Las indecisas formas de los objetos que le rodeaban, los jirones de nubes que atravesaban el cielo, y la masa apenas perceptible del castillo.

Parecía que las rocas de la meseta bailaban infernal zarabanda... Sí... Iban a caer, iban a rodar a lo largo del talud, sobre los dos imprudentes; iban a aplastarles al pie de aquella fortaleza cuya entrada les estaba prohibida.

El desgraciado doctor se había levantado y escuchaba esos ruidos peculiares de las alturas; murmullos inquietantes, mezcla del susurro, del gemido y del suspiro. Oía también los constantes golpes que sobre las rocas daban los murciélagos con sus alas, los endriagos revoloteando en su nocturno paseo, y los ruidos de dos o tres parejas de esos fúnebres búhos cuyo graznido resuena como una queja. Entonces, los músculos del doctor se contraían y su cuerpo temblaba, empapado en sudor frío.

Y así transcurrieron horas enteras, hasta la media noche. Si el doctor Patac hubiese podido cambiar de vez en cuando alguna frase con alguien, dar libre curso a sus quejas, se hubiera sentido menos atemorizado; pero Nic Deck dormía con un sueño profundo.

¡La media noche! ¡La hora más horrible de todas! ¡La hora de las apariciones y de los maleficios!

¿Qué era lo que pasaba? El doctor acababa de levantarse y se preguntaba si estaba despierto o era víctima de una pesadilla. En efecto: allí arriba creyó ver..., no, vio realmente dibujarse formas extrañas iluminadas con una luz espectral, atravesar el horizonte, subir, bajar, descender entre las nubes... Hubiérase dicho que eran una especie de monstruos, dragones con colas de serpientes, hipogrifos de alas desmesuradas, cuervos gigantescos y enormes vampiros que se cernían sobre él... Iban a aferrarle con sus uñas o a engullirle con sus enormes mandíbulas. Después le pareció que todo se movía en la llanura de Orgall; las rocas, los árboles... todo; y con mucha claridad, su oído percibió, a pequeños intervalos, el tañido de una campana.

—¡La campana del castillo! —murmuró.

Sí... Era la campana de la antigua capilla; no era la de la iglesia de Vulcano, cuyo sonido hubiera llevado el viento en otra dirección.

Y he aquí que aquellos tañidos se tornan más precipitados, la mano que hace sonar la campana no toca a muerto. No; es un

toque rápido, cuyos ecos deben repercutir en la frontera transilvánica.

Al oír aquellas lúgubres vibraciones, entróle al doctor un miedo convulsivo; una terrible angustia; un espanto irresistible que le hizo temblar de pies a cabeza.

El guardabosque habíase despertado al ruido de la campana. Se pone en pie, en tanto que el doctor Patac parece que ha vuelto en sí. Nic escucha atentamente y trata de penetrar con sus miradas las espesas tinieblas que cubren el castillo.

—¡Esa campana!, ¡esa campana! —Repite el doctor Patac—. ¡La toca el Chort!

Decididamente el pobre doctor, enloquecido por completo, cree entonces en el diablo.

El guardabosque, inmóvil, no le respondió.

De repente, unos mugidos semejantes a los que lanzan las sirenas de los buques a la entrada de los puertos, se desencadenan en ondas tumultuosas.

El espacio está conmovido en una extensa zona por aquellos ruidos ensordecedores.

Después una claridad surge del torreón central; una claridad intensa que lanza resplandores de penetrante viveza y destellos que ciegan.



¿Qué foco produce esta poderosa luz cuyas irradaciones se extienden en inmensas oleadas por la superficie de la meseta de Orgall? ¿De qué horno se escapa aquel manantial lumínico que parece abrasar las rocas, al mismo tiempo que las llena de extraña lividez?

— ¡Nic, Nic! — exclamó el doctor. ¡Mírame! ¿No soy, como tú, un cadáver?

En efecto; el guardabosque y él habían tomado un aspecto cadavérico: la cara descolorida, los ojos marchitos, las órbitas agrandadas, las mejillas verdosas con tonos más oscuros, los cabellos semejantes a los musgos que crecen, sobre el cráneo de los ahorcados.

Nic Deck estaba estupefacto de lo que veía y de lo que oía. El doctor Patac en el último grado del espanto, el pelo erizado, la pupila dilatada y el cuerpo presa de un espasmo tetánico, como dice el poeta de las *Contemplaciones*, "respira temor".

Un minuto, un solo minuto duró este espantoso fenómeno. Después, la extraña luz disminuyó gradualmente, los atronadores mugidos se extinguieron, y la meseta de Orgall volvió a la oscuridad y al silencio.

Ni uno ni otro pensaba en dormir; el doctor medio muerto de estupor, el guardabosque de pie contra la roca, ambos esperando la llegada del alba.

¿Qué pensamientos agitaban la mente de Nic Deck en presencia de aquellas cosas tan evidentemente sobrenaturales? ¿Persistiría en proseguir su temeraria aventura? Certo que él había dicho que penetraría en el castillo y qué exploraría el torreón. Mas, ¿no era suficiente haber llegado a su infranqueable muralla? ¿Se le reprocharía no haber cumplido su promesa si regresaba al pueblo sin haber llevado su locura hasta aventurarse en el diabólico castillo?

De repente el doctor se precipitó hacia él y le agarró, procurando arrastrarle, mientras le decía con voz sorda:

—¡Ven, ven!

—¡No! —respondió Nic Deck.

Y a su vez retuvo al doctor, que volvió a caer después de este último esfuerzo.

La noche acabó al fin, y tal era el estado de sus espíritus, que ni el guardabosque ni el doctor tuvieron conciencia del tiempo que transcurrió hasta el alba.

Nada quedó en su memoria de las horas que precedieron a las primeras luces de la mañana.

En ese instante una línea se dibujó sobre el Paring hacia el este y al otro lado del valle de los dos Sils. Ligeras brumas crepusculares se esparcieron por el cenit, sobre un cielo rayado como una piel de cebra.

Nic Deck se volvió hacia el castillo y vio que éste se destacaba poco a poco. Vio el torreón sobresaliendo entre las brumas que descendían sobre las gargantas del Vulcano; vio la capilla, las galerías, las murallas, surgiendo espirituales entre los densos vapores. Después, sobre uno de los baluartes divisó el haya, cuyas hojas se agitaban a la brisa de levante.

Nada había cambiado el castillo. La campana estaba tan inmóvil como la vieja veleta feudal.

No salía humo alguno de la chimenea del torreón, cuyas ventanas enrejadas permanecían herméticamente cerradas.

Por encima de la plataforma y en lo alto del cielo, algunos pájaros revoloteaban lanzando agudos gritos.

Nic Deck volvió los ojos hacia la entrada principal del castillo. El puente levadizo, levantado, cerraba la poterna, entre cuyas pilastras de piedra estaban esculpidas las armas de los barones de Gortz.

El guardabosque estaba pues decidido a llevar a lo último la aventura. Sí; y su resolución no se había entibiado con los sucesos de la noche. *Cosa dicha, cosa hecha.* Como se sabe, ésta era su divisa. Ni la misteriosa voz que le había amenazado personalmente en el salón del Rey Matías, ni los fenómenos inexplicables de luz y de ruidos de que acababan de ser testigos le impedirían entrar en el castillo. Bastábale una hora para recorrer las galerías y visitar el torreón, y entonces, ya cumplida su promesa, volvería a tomar el camino de Werst.

En cuanto al doctor Patac, no era más que una máquina inerte sin fuerzas para resistir, ni voluntad para querer.

Si caía, sería imposible levantarla.

Los espantosos sucesos de aquella noche le habían reducido a un estado de embrutecimiento completo, y no hizo ninguna observación cuando el guardabosque, señalando el castillo, le dijo:

—¡Vamos!

Aunque siendo ya de día el doctor hubiera podido regresar a Werst sin temor de un tropezón, no intentó marcharse; y el no abandonar a su compañero se debía a que el doctor no tenía ya conciencia de la situación, era un cuerpo sin alma. Así es que cuando el guardabosque le arrastró hacia el talud de la contraescarpa del castillo, se dejó llevar.

Ahora bien; ¿sería posible penetrar en el castillo por otra parte que no fuera la poterna? Esto era probablemente lo que Nic quería ver.

Era sorprendente que murallas tan viejas estuvieran en un estado de conservación tan perfecto, lo que debía atribuirse a su espesor. La muralla no presentaba ninguna brecha, ningún derrumbe, ninguna fisura que pudiese dar acceso al interior.

Izarse hasta las almenas que las coronaban parecía un imposible, puesto que dominaban el foso, de unos cuarenta pies

de profundidad. Parecía pues que Nic Deck en el momento de acercarse al castillo de los Cárpatos, iba a encontrarse con obstáculos insuperables.

Afortunada, o desgraciadamente para él, existía por debajo de la poterna una especie de tronera, por donde en otro tiempo asomaba la boca de una culebrina. Sirviéndose de una de las cadenas del puente levadizo, que pendía hasta el suelo, no sería muy difícil para un hombre ágil y vigoroso subir hasta aquella hendidura; su anchura era suficiente para dar paso a un hombre, y a menos que por la parte de adentro tuviese una reja, Nic Deck llegaría sin duda a penetrar en el castillo.

Rápidamente comprendió el guardabosque que no había otro medio más practicable, y he aquí por qué, seguido del inconsciente doctor, descendió por la contraescarpa. Llegaron al fondo del foso, sembrado de piedras y maleza. No era posible saber dónde se ponía el pie, y si bajo aquellas húmedas hierbas hormigueaban millares de bichos venenosos.

En el medio del foso, y paralelo a la muralla, corría el cauce de la antigua cuneta, ahora casi seca, y que se podía franquear fácilmente de un salto.

Como Dic Neck no había perdido nada de su energía física y moral, obraba con sangre fría, mientras el doctor le seguía maquinalmente, como la bestia amarrada por una cuerda al cuello.

Pasada la cuneta, el guardabosque avanzó veinte pasos a lo largo de la muralla, deteniéndose bajo la poterna, en el sitio donde pendía la cadena del puente levadizo. Ayudándose con los pies y las manos, no le sería difícil llegar al saliente de piedra junto a la entrada.

Evidentemente, Nic Deck no pretendía obligar al doctor a que le acompañase en aquel escalo. Un hombre tan torpe no hubiera podido hacerlo. Se limitó pues a sacudirle violentamente para hacerse comprender, y le recomendó que se quedase quieto en el fondo del foso. Se agarró a la cadena y gateó sin que aquello significase más que un juego para sus músculos de montañés.

Pero así que el doctor se vio solo, de nuevo se dio cuenta de su situación; comprendió, miró, y vio a su compañero ya suspendido a doce pies del suelo, y con voz ahogada por la emoción, exclamó:

—¡Espera, Nic, espera!

El joven no le hizo caso.

—¡Ven, ven, o me voy! —gritó el doctor levantándose y dando algunos pasos.

—¡Idos! —respondió Nic, y continuó trepando.

El doctor Patac, en el paroxismo del espanto, quiso volver a la meseta de Orgall y encaminarse a Werst.

Mas, ¡oh prodigo, después del cual no eran nada los de la noche anterior! El doctor no pudo moverse; sus pies permanecían pegados al suelo, como si estuvieran sujetos con tenazas. Estaban adheridos por los talones y por las plantas. ¿Estaba pues cogido por los resortes de un cepo? Más bien parecía inmovilizado por los clavos de sus zapatos. Como quiera que fuese el pobre hombre estaba allí, quieto, pegado al suelo, sin fuerzas para gritar, y extendiendo desesperadamente las manos. Parecía que quería arrancarse de los brazos de una tarasca escondida en las entrañas de la tierra.

Entretanto Nic había llegado a lo alto de la poterna, a una de las bisagras del puente levadizo. De pronto dejó escapar un grito de dolor...

Cayendo hacia atrás como herido por un rayo, se deslizó a lo largo de la cadena a la que se había agarrado por instinto, y llegó casi desmayado al fondo del foso.

—¡Bien decía la voz que me sucedería alguna desgracia!
—murmuró.

Y perdió el conocimiento.

VII

¡Cómo describir la ansiedad del pueblo de Werst desde la partida del joven guardabosque y del doctor Patac! No había cesado en aquellas cuatro horas transcurridas desde su marcha y que parecían interminables.

El señor Koltz, el posadero Jonás, el maestro Hermod y algunos otros más, no habían abandonado su puesto sobre el terraplén. Todos se obstinaban en observar la lejana masa del castillo, todos miraban a ver si reaparecía la columna de humo encima del torreón.

No se vio humo alguno, lo que fue comprobado mediante el anteojo, invariablemente enfocado en aquella dirección. Decididamente los dos florines gastados en la adquisición del aparato eran dinero bien empleado. Jamás el biró, muy interesado y guardador de su bolsa había experimentado menos pena por gasto semejante.

A las doce y media, cuando Frik regresó de apacentar el ganado, se le interrogó ávidamente. ¿Había algo nuevo, extraordinario, sobrenatural? Frik respondió que había observado el valle del Sil valaco sin haber visto nada sospechoso.

Después de comer, hacia las dos, cada uno regresó a su puesto de observación. Nadie hubiera pensado en quedarse en casa, y sobre todo, nadie hubiera pensado en poner los pies en el figón del Rey Matías, donde se habían oído aquellas voces

cominatorias. Que las paredes oigan, pase, puesto que es hasta una locución usual...; pero ¡que hablen!

El pobre judío abrigaba el temor de que su posada fuese puesta en cuarentena, lo que no dejaba de preocuparle un poco. ¿Se vería en la necesidad de cerrar su tienda y beberse todo lo que tenía, por falta de parroquianos?

Por lo tanto, con objeto de despertar confianza en los habitantes de Werst, había procedido a un prolíjo registro del Rey Matías, hurgando hasta las camas, inspeccionando los baúles y el aparador, y explorando minuciosamente los rincones del salón, de la cueva y del granero, desde donde algún mal intencionado hubiera podido gastar una broma. ¡Nada! Las ventanas eran muy altas para que fuese posible llegar hasta ellas por una muralla tallada a pico y cuya base se sumergía en el curso impetuoso del torrente. No importa. El miedo no razona, y mucho tiempo pasaría antes que los habituales parroquianos de Jonás volvieran con confianza a la posada a tomar su raki. ¡Mucho tiempo? ¡Error! Ya se verá que este triste pronóstico no se había de realizar.

En efecto; algunos días después y a consecuencia de causas imprevistas, los notables del pueblo iban a reanudar sus conferencias cotidianas, entremezcladas de abundantes libaciones, en la sala del Rey Matías.

Mas, preciso es volver al joven guardabosque y a su compañero Patac.

Como se recordará, en el momento de abandonar Werst, Nic Deck había prometido a la desolada Miriota no tardar mucho en su visita al castillo de los Cárpatos. De no sucederle alguna desgracia, de no consumarse las amenazas que se le habían lanzado, contaba estar de vuelta en las primeras horas de la noche. Se le esperaba, pues, ¡y con qué impaciencia! Ninguno, ni la joven, ni su padre, ni el maestro de escuela, podían prever que las dificultades del camino impidiesen al guardabosque llegar a la meseta de Orgall apenas al cerrar la noche.

De aquí que la inquietud, ya viva durante el día, pasó de toda medida cuando dieron las ocho las campanas de Vulcano, que se oían distintamente en Werst. ¿Qué le había pasado a Nic Deck y al doctor, que no volvían después de todo un día de ausencia? Nadie por lo tanto pensaba en regresar a su casa antes que ellos estuviesen de vuelta. A cada momento se imaginaban verles asomar por el camino, en el ensanche de la garganta.

El señor Koltz y su hija habían ido a la extremidad de la calle, al sitio donde el pastor había sido puesto de centinela. Muchas veces creyeron ver unas sombras dibujarse a lo lejos, en los claros de los árboles. ¡Pura ilusión! La garganta estaba desierta, como de costumbre, pues era raro que las gentes de la frontera se aventurasen por allí durante la noche. Era martes, el martes

de los genios maléficos, y en este día los transilvanos no andan por gusto por los caminos después de la puesta del sol. Preciso era que Nic Deck fuese un loco para explorar el castillo. La verdad es que ni el guardabosque, ni nadie en el pueblo, había pensado en semejante cosa.

Pero Miriota pensaba entonces en ello. ¡Qué espantosas imágenes acudían a su mente! Con la imaginación había seguido a su novio, hora por hora, a través de aquellos espesos bosques del Plesa, en tanto que subía hacia la meseta de Orgall.

Y ahora, la noche llegada, parecíale que le veía en la muralla, procurando escapar a los espíritus que habitaban el castillo de los Cárpatos. Había llegado a ser el juguete de sus maleficios. Era la víctima destinada a su venganza. Estaba preso en el fondo de algún subterráneo... tal vez muerto. ¡Qué no hubiera dado la pobre muchacha por lanzarse sobre las huellas de Nic Deck! Ya que esto era imposible, hubiera querido permanecer toda la noche en el sitio en que estaba. Pero su padre la obligó a regresar, y después de dejar en observación al pastor, ambos volvieron a su casa.

Una vez sola en su pequeña alcoba, Miriota derramó abundantes lágrimas. Amaba con todo su corazón a Nic Deck, siendo su amor aún más intenso porque el guardabosque no la había buscado en las condiciones en que se acostumbran ordinariamente los matrimonios en estas regiones; que por cierto es un modo bien extraño.

Cada año, en la festividad de San Pedro, se celebra la feria de los novios. En este día se reúnen todas las jóvenes del distrito. Vienen en sus más hermosas calesas, tiradas por sus mejores caballos, y trayendo su dote; es decir, sus vestidos, hilados, cosidos y bordados por sus manos, encerrados en cofres de brillantes colores; familiares, amigos y vecinos las acompañaban. Entonces aparecen los jóvenes, vestidos con magníficos trajes ceñidos de bandas de seda; recorren la feria pavoneándose, buscan la joven que más les agrada, le entregan un anillo y un pañuelo en señal de espousal, y los matrimonios se efectúan al regresar de la fiesta.

Nicolás Deck no había encontrado a Miriota en una de estas ferias. Sus relaciones no habían nacido del azar. Se conocían desde la infancia, y se amaban desde que tuvieron edad para amarse. El guardabosque no había ido a buscar a su prometida en medio de la subasta de la feria, lo que era un placer para Miriota. ¡Ah! ¿Por qué era Nic Deck un carácter tan resuelto, tan tenaz, tan empeñado en cumplir una promesa imprudente? Él la amaba, bien lo sabía; la amaba, y sin embargo, ella no había tenido bastante influencia para impedirle ir a aquel maldito castillo.

¡Qué noche pasó la pobre Miriota entre zozobras y lágrimas! No había querido acostarse. Asomada a la ventana, con la mirada fija en el camino, le parecía oír una voz que murmuraba:

—¡Nicolás Deck no ha hecho caso de las amenazas! ¡Miriota no tiene novio!

Pero esto era un error de sus sentidos trastornados. Ninguna voz se oía en el silencio de la noche. El fenómeno de la sala del Rey Matías no se reproducía en la casa del señor Koltz.

Al alborrear el siguiente día, toda la población de Werst estaba en pie. Desde el terraplén hasta la revuelta de la garganta, unos subían y otros bajaban el camino; aquéllos para pedir noticias, éstos para darlas. Se decía que el pastor Frik acababa de ser visto más adelante, a un cuarto de milla del pueblo; no en los bosques del Plesa, sino siguiendo su linde, cosa que no habría hecho sin motivo.

Esperando pues hablar más pronto con él, el señor Koltz, Miriota y Jonás fueron a la extremidad del pueblo. Media hora después se vio al pastor a algunos centenares de pasos, y en lo alto del camino. No parecía esforzarse en llegar pronto, lo cual se tuvo como mal augurio.

—Y bien, Frik, ¿qué sabes, qué has visto? —le preguntó el señor Koltz cuando el pastor se unió a ellos.

—Nada sé, nada he visto —respondió el pastor.

—¡Nada! —murmuró la joven, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

—Al amanecer —continuó el pastor—, vi a una media milla de aquí, dos hombres que creí fueran Nic y el doctor...; pero no eran.

—¿Sabes quiénes son esos hombres? —preguntó Jonás.

—Dos viajeros que acababan de atravesar la frontera valaca.

—¿Les has hablado?

—Sí.

—¿Bajaban al pueblo?

—No; se han dirigido hacia el Retyezat, a cuya cima quieren llegar.

—¿Son turistas?

—Tienen aspecto de serlo, señor Koltz.

—Y esta noche, atravesando la garganta de Vulcano, ¿no han visto nada hacia la parte del castillo?

—No, porque se encontraban todavía al otro lado de la frontera —respondió Frik.

—¿De modo que no traes ninguna noticia de Nic?

—Ninguna.

—¡Dios mío! —repetía la pobre Miriota.

—Por lo demás, podréis interrogar a esos viajeros dentro de pocos días —añadió Frik— porque piensan hacer alto en Werst antes de partir para Kolosvar.

—¡Con tal de que no se les hable mal de mi posada! —musitó Jonás suspirando— ¡Capaces serían de no alojarse en ella!

Desde hacía treinta y seis horas el excelente posadero estaba preocupado por el temor de que ningún viajero osaría comer y dormir en el Rey Matías.

En suma, estas preguntas y respuestas cambiadas entre el pastor y su amo no aclararon la situación; y como ni el guardabosque ni el doctor habían aparecido a las ocho de la mañana, ¿no podía lógicamente esperarse que no volverían jamás? Nadie se aproximaba impunemente al castillo de los Cárpatos. Herida por las emociones de aquella noche de insomnio, Miriota apenas podía sostenerse. Completamente desfallecida, casi no tenía fuerzas para andar. Su padre la condujo a su casa donde sus lágrimas aumentaron. Llamaba a Nic con voz delirante. Quería ir en su busca. Pedía ayuda; y había motivos para temer que cayese enferma.

Entretanto era necesario y urgente tomar una resolución; se imponía ir en socorro del guardabosque y del doctor sin pérdida de tiempo. Poco importaba que hubieran de correrse peligros exponiéndose a las represalias de los seres humanos o sobrenaturales que ocupaban el castillo. Lo esencial era saber qué les había sucedido a Nic Deck y al doctor. Era un deber imperioso, tanto para sus amigos como para cualquier

habitante de la aldea. Los más valientes no rehusarían lanzarse por los bosques del Plesa, en dirección al castillo de los Cárpatos. Decidido esto después de no pocas discusiones y diligencias, los más valientes no pasaron de tres, que fueron el señor Koltz, Frik, y el posadero Jonás. El maestro Hermod se había sentido de repente indisposto, con dolor de gota en una pierna, y había dado la clase echado sobre dos sillas.

Serían las nueve de la mañana cuando el señor Koltz y sus compañeros, bien armados, por lo que pudiera ocurrir, tomaron el camino de la montaña. En el mismo sitio en que Nic se había separado de ellos internáronse por la áspera pendiente, pensando, no sin razón, que si el guardabosque y el doctor estaban en camino para volver a la aldea, debían bajar sin duda por allí. No sería difícil reconocer sus huellas, lo que fue comprobado cuando franquearon la orilla.

Los dejaremos un momento para decir qué movimiento hubo en la opinión de Werst desde que se perdieron de vista.

Si antes de que partiesen aquellos tres hombres en busca de Nic Deck y Patac parecía la tal empresa obra muy meritoria, después, cuando hubieron partido, empezó a verse en aquello una imprudencia sin nombre. ¡Pues cómo! ¿Sobre una catástrofe iba a venir otra? Porque nadie dudaba que el doctor y el guardabosque habían sido víctimas de su intentona. ¿Y de qué serviría que el señor Koltz, Frik y Jonás se expusieran a lo mismo por desinterés? Miriola no sólo lloraría a su novio, sino a su padre también, y nunca podrían perdonarse los amigos del pastor y del posadero la pérdida de ambos.

La desolación fue general en Werst, y no había señales de reacción alguna. Aun admitiendo que no les aconteciera alguna desgracia, no contaban con el regreso del señor Koltz y de sus dos compañeros antes de que la noche hubiese envuelto las alturas del Plesa.

Mas, ¡cuál no sería la sorpresa general cuando a lo lejos del camino fueron vistos hacia las dos de la tarde!

Miriota, prevenida del hecho, corrió a su encuentro apresuradamente. No venían tres, sino cuatro, y el cuarto parecía ser el doctor.

—¡Nic, mi pobre Nic! —Exclamó la joven—. ¡Nic no está! ¡No viene!

Sí. Nic venía, pero tendido sobre unas angarillas de ramas que penosamente conducían Jonás y el pastor.

Precipitóse la joven hacia su novio, inclinóse sobre él, y le abrazó estrechamente.

—¡Muerto!, ¡muerto! —exclamaba.

—No, no está muerto —respondió el doctor Patac— pero merecía estarlo, y yo también.

Lo cierto era que el guardabosque estaba sin conocimiento, con los miembros rígidos, la cara exangüe, la respiración débil.

Si el doctor no estaba descolorido como su compañero, debíase a que la marcha le había devuelto su habitual color de ladrillo.

La voz de Miriota, tan tierna, tan desgarradora, no tuvo poder alguno para arrancar a Nic de su letargo. Cuando le condujeron a la aldea y lo depositaron en el cuarto del señor Koltz, todavía no había despegado los labios; sin embargo, al ver a la joven inclinada a su cabecera, sus labios dibujaron una sonrisa. Trató de levantarse pero no pudo. Una parte de su cuerpo estaba paralítica, como herida de hemiplejía. Sin embargo, queriendo tranquilizar a Miriota, le dijo con voz muy débil:

—Esto no será nada... nada.

—¡Mi pobre Nic! —repetía la joven.

—Un poco de fatiga solamente... la emoción... Esto pasará pronto... Con tus cuidados, Miriota...

Pero el enfermo necesitaba calma y reposo, en vista de lo cual el señor Koltz salió del cuarto, dejando a Miriota junto al joven guardabosque, que no hubiera podido tener una enfermera más diligente. No tardó en adormecerse.

Entretanto el posadero Jonás contaba a un numeroso auditorio, con voz fuerte para ser bien oído de todos, lo que había sucedido desde la partida. Después de haber encontrado en el bosque las huellas que Nic Deck y el doctor habían dejado, los tres tomaron la dirección del castillo. Dos horas anduvieron

por las pendientes del Plesa, y cuando se hallaban a una milla de la orilla del bosque, vieron a dos hombres que resultaron ser el doctor Patac y el guardabosque. El primero no podía andar; el otro acababa de caer al pie de un árbol, agotado.

Correr hacia el doctor, interrogarle, por más que estaba tan deshecho que no podía responder; formar con ramas una parihuela, colocando en ella a Nic Deck, y volver a poner a Patac en condiciones de proseguir, fue obra de un instante.

Después el señor Koltz y el pastor, que se relevaban en la conducción de la parihuela, tomaron el camino de Werst.

En cuanto a saber por qué Nic se encontraba en semejante estado, y si había o no penetrado en las ruinas del castillo, cosas eran que el posadero ignoraba, así como el señor Koltz y el pastor Frik, puesto que el doctor no se hallaba en disposición de satisfacer su curiosidad.

Pero preciso era que Patac hablase. ¡Qué diablo! En la aldea, rodeado de sus amigos y clientes, estaría seguro. No había que temer ya nada de los seres del castillo, y aunque le hubiesen éstos arrancado el juramento de guardar silencio acerca de lo que había visto en el castillo de los Cárpatos, el interés público le demandaba que faltase a su juramento.

—Vamos, tranquilizaos, doctor —le dijo el señor Koltz—. Ordenad vuestros recuerdos.

—¿Queréis que hable?

—En nombre de los habitantes de Werst y para asegurar la tranquilidad de la aldea, yo os lo ordeno.

Un buen vaso de raki aprontado por Jonás, devolvió el habla al doctor, que con entrecortadas frases se expresó en estos términos:

—Partimos los dos, Nic y yo... Dos locos indudablemente. Preciso fue emplear casi un día para atravesar esos malditos bosques, y al llegar la noche vimos el castillo. Llegamos a él... Aún tiemblo. Toda mi vida temblaré. Nic quería entrar, sí, quería pasar la noche en el torreón... ¡Es decir, en la mismísima alcoba de Belcebú!

El doctor decía aquello con voz tan cavernosa, que sólo de oírle temblaban los otros.

—No lo consentí, no —continuó—. ¿Qué hubiera pasado, de ceder yo a los deseos de Nic? ¡Ahora, tan sólo de pensarla, se me erizan los cabellos!

Y el doctor se llevaba maquinalmente la mano a la cabeza.

—Nic se resignó a acampar en la meseta. ¡Qué noche, amigos míos, qué noche! ¿Cómo descansar cuando los espíritus no os permiten dormir una hora? ¡Ni una hora! De repente se vieron monstruos de fuego apareciendo entre las nubes, verdaderos monstruos que se precipitaban sobre la meseta para devorarnos...

Todas las miradas se dirigieron al cielo para ver si cruzaba por él algún grupo de espectros.

—Pocos instantes después —continuó el doctor—, la campana de la capilla empieza a sonar.

Todos los oídos escucharon atentamente, y más de uno creyó percibir los tañidos de la campana del castillo. ¡Tanto impresionaba al auditorio aquel relato!

—De pronto, espantosos mugidos llenan el espacio. Eran más bien aullidos de fieras... Luego, una claridad sale de las ventanas del torreón. Infernal llamarada ilumina toda la planicie hasta el bosque de abetos. Nic Deck y yo nos miramos. ¡Oh, espantosa visión! Parecíamos dos cadáveres, uno frente de otro, que temblaban bajo aquellas luces violáceas.

Y efectivamente; viendo la cara cadavérica y la mirada extraviada del doctor Patac, parecía que venía de otro mundo. Preciso fue dejarle tomar aliento, pues de lo contrario no hubiera podido continuar su relato, lo que se consiguió gracias a un segundo vaso de raki, que pareció devolver al exenfermero parte de la razón que le habían hecho perder los espíritus.

—Pero en fin, ¿qué le pasó al pobre Nic Deck? —preguntó el señor Koltz.

Y no sin razón, pues el biró concedía extrema importancia a la respuesta del doctor, teniendo en cuenta que la misteriosa voz de la posada se dirigió personalmente al joven.

—Os diré lo que recuerdo —respondió el doctor—. Amaneció. Yo había suplicado a Nic que renunciase a sus propósitos, pero ya le conocéis y sabéis que nada se puede lograr de un testarudo semejante. Bajó al foso... Yo tuve que seguirle porque me arrastraba... Y además, yo no tenía conciencia de mis actos... Nic avanzó hasta el pie de la poterna... Cogióse a una cadena del puente levadizo, y subió por ella hasta la poterna... Subió hasta lo más alto del muro... En aquel momento, otra vez me di cuenta de nuestra situación. Aún es tiempo, me dije, de detener a este imprudente, a este sacrílego, por mejor decir... Le ordeno por última vez que baje y que regrese a Werst en mi compañía. ¡No!, me grita. Quiero huir... Sí, lo confieso... Quise huir. Cualquiera de vosotros en mi caso, ¿no hubiera hecho lo mismo? Pero en vano traté de moverme del suelo... Mis pies están allí, clavados, adheridos, como si hubieran echado raíces... ¿Cómo arrancarlos de allí? ¡Imposible! Todo es inútil...

Y el doctor remedaba los movimientos de un hombre cogido por las piernas, como un zorro que ha caído en un lazo.

Volviendo a su narración, añadió:

—En aquel momento dejóse oír un grito... ¡Pero qué grito!, lo había lanzado Nic Deck al caer al fondo del foso como herido por invisible mano.

El doctor había sido verídico en su relato. Nada había añadido, no obstante la turbación de sus ideas.

Todos aquellos fenómenos descritos por él se habían producido como los contaba, en la meseta de Orgall, teatro aquella noche de los mencionado sucesos.

Respecto a lo que pasé después de la caída de Nic Deck, helo aquí. El guardabosque cae desvanecido y el doctor Patac está imposibilitado de acudir en su ayuda, porque sus botas permanecen clavadas en el suelo y sus pies, hinchados, no pueden salir de ellas. De repente cesa la invisible fuerza que le retiene, y ya libre, se precipita hacia su compañero, y ¡oh, prodigo de valor en aquel hombre! Vuelve a la meseta por agua con que humedecer la cara de Nic Deck. Recobra el joven el conocimiento, mas su cuerpo y su brazo izquierdo han quedado inertes después de la horrible sacudida experimentada. Ayudado por el doctor, consigue levantarse, y remontando el camino de la contraescarpa, vuelven a la meseta. Pónense en camino hacia la aldea. Después de una hora de marcha, los dolores que sufre Nic en el brazo y el costado son tan violentos, que le obligan a detenerse, y precisamente en el momento en que el doctor se disponía a ir a Werst en busca de auxilio, aparecieron el señor Koltz, Jonás y Frik.

Respecto a decir si era grave la lesión del joven, el doctor Patac evitaba afirmar nada concreto, aunque mostrase habitualmente rara seguridad cuando se trataba de un caso médico. Se limitó pues a responder en tono dogmático:

—Cuando se trata de una enfermedad natural, es una cosa distinta a cuando se trata de una enfermedad sobrenatural, que el Chort envía. En este caso solamente el Chort puede curarla.

En defecto de diagnóstico, tal pronóstico no era tranquilizador para Nic; pero felizmente aquellas palabras no eran el Evangelio, y ¡cuántos médicos superiores al doctor Patac desde Hipócrates y Galeno, se han engañado y se engañan todavía hoy! El guardabosques era un mozo fuerte, y dada su vigorosa constitución podían concebirse esperanzas, aun sin necesidad de la intervención diabólica, y a condición de no seguir muy estrictamente las prescripciones del doctor Patac.



VIII

Como se comprende, los sucesos referidos no eran los más a propósito para calmar el terror que reinaba en Werst. Ya no había duda. No eran vanas amenazas las que lanzó la *sombra parlante*, como diría el poeta, y que se oyeron en la sala del Rey Matías. La temeridad y desobediencia del joven Nic Deck había tenido el anunciado castigo. ¿Acaso no era esto una advertencia dirigida a todos aquellos que intentaran seguir su ejemplo? ¿Qué había que deducir de aquello? Una formal prohibición de penetrar en el castillo de los Cárpatos. El que lo intentase, arriesgaría la vida. Era seguro que si el guardabosque hubiera franqueado la muralla, no hubiese vuelto a la aldea.

De aquí que el espanto fuese más completo que nunca en Werst, en Vulcano y en todo el valle de los dos Sils. En todas partes se hablaba de emigrar, y algunas familias de cíngaros lo hicieron antes que permanecer en las proximidades del castillo. Ahora que ya se sabía que servía de refugio a seres maléficos, dado el carácter de aquella gente, era pedirles demasiado que se quedasen allí. No había más remedio que marcharse a otra región, a menos que el gobierno húngaro se decidiese a destruir la inabordable fortaleza. ¿Pero era el castillo destructible por medios humanos?

Durante la primera semana de junio nadie se aventuró a salir de la aldea, ni aun para dedicarse a las faenas agrícolas. ¿Acaso el menor golpe de azadón no podía provocar la aparición de algún fantasma escondido en las entrañas del suelo? El arado



hundiendo la tierra, ¿no haría salir bandadas de stafiis o endriagos? Donde se sembraran granos de trigo, ¿no saldrían granos de demonio?

—¡No dejaría de suceder esto! —decía Frik muy convencido. Y él, por su parte, se guardaba muy bien de llevar su rebaño a los prados del Sil.

Así pues, la aldea estaba aterrorizada. Nadie trabajaba en los campos, nadie salía de su casa, cerrada a piedra y lodo.

El señor Koltz no sabía qué partido tomar para hacer renacer en sus administrados una confianza que él mismo no tenía. Decididamente no había más remedio que ir a Kolosvar a fin de reclamar la intervención de las autoridades.

¿Y había seguido saliendo humo de la chimenea del torreón? Sí... Muchas veces permitió verlo el anteojito, a través de los vapores que se arrastraban por la meseta de Orgall. Y cuando la noche llegaba, ¿tomaban las nubes un tinte rojizo, semejante a los reflejos de un incendio? Sí...; parecía que volutas inflamadas revoloteaban sobre el castillo.

Y los mugidos que habían aterrorizado al doctor Patac ¿se propagaban a través de los bosques del Plesa, con espanto de los habitantes de Werst? Sí...; o por lo menos, a pesar de la distancia, los vientos del suroeste llevaban terribles gruñidos, que repercutían los ecos de la garganta.

No era esto sólo; sino que, según decían los consternados habitantes, estremecíase el suelo con trepidaciones subterráneas, como si un cráter fuese a surgir en la cordillera de los Cárpatos... Pero acaso habría buena parte de exageración en lo que los naturales de Werst creían ver, oír y sentir. Como quiera que fuese, se habían producido hechos tangibles, positivos, y no había medio de vivir en un país tan extraordinariamente transformado.

No hay para que decir que la posada del Rey Matías continuaba desierta, más abandonada que un lazareto en tiempo de epidemia. Nadie hubiese tenido la audacia de franquear sus umbrales, y Jonás se preguntaba si, falto de parroquianos, no se vería obligado a cerrar el negocio, cuando la llegada de dos viajeros vino a modificar aquel estado de cosas. En la noche del 9 de junio, y a eso de las ocho, el picaporte de la puerta fue levantado desde afuera; mas el cerrojo, echado por dentro, impidió que aquélla se abriera. Jonás, que ya había subido a su camaranchón, se apresuró a bajar; a la esperanza de encontrarse frente a un cliente uníase el temor de que el tal cliente fuese algún aparecido, al cual no se le podría rehusar cena y cama.

Jonás se puso pues a parlamentar a través de la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—Dos viajeros.

—¿Vivos?

—Muy vivos.

—¿Estáis bien seguros?

—Todo lo seguros que puede estarse, señor posadero, pero que no tardarán en morir de hambre si tenéis la crueldad de dejarlos fuera.

Jonás se decidió a descorrer los cerrojos, y dos hombres penetraron en la sala.

Apenas dentro, su primer cuidado fue pedir una habitación para cada uno, pues tenían intención de permanecer veinticuatro horas en Werst.

A la luz de su lámpara, Jonás examinó a los recién llegados con extrema atención, adquiriendo la certeza de que eran dos seres humanos, con los que podía hacerse negocio. ¡Qué fortuna para el Rey Matías!

El más joven de los dos viajeros podía tener unos treinta y dos años. Era de elevada estatura y rostro noble y bello; tenía ojos negros, cabellos de un color castaño oscuro, y barba negra elegantemente cortada.

Su aspecto era un poco triste, pero altivo; aspecto de hidalgo, según pensó un posadero tan observador como Jonás. Cuando le preguntó con qué nombre debía inscribir a los dos viajeros:

—El conde Franz de Télek —respondió el joven—, y su asistente Rotzko.

—¿De qué país?

—De Krajowa.

Krajowa es una de las principales ciudades de Rumania, que confina con Transilvania al sur de la cordillera de los Cárpatos. Franz de Télek era pues, rumano, lo que Jonás había adivinado desde que le vio.

En cuanto a Rotzko, hombre de unos cuarenta años, alto, robusto, de espesos bigotes y cabellera fuerte, tenía todo el aspecto de un militar. Llevaba una especie de mochila, y una maleta ligera en la mano. En esto consistía todo el equipaje del joven conde, que viajaba a guisa de turista, y a pie las más de las veces. Esto se veía en su traje: capote en bandolera, pasamontañas, una especie de blusa ceñida por un cinturón del que pendía la vaina de cuero del cuchillo valaco, y polainas bien ajustadas sobre zapatos de ancha y fuerte suela. Estos dos viajeros eran precisamente los mismos que el pastor Frik había encontrado hacía diez días en el camino de la garganta de Vulcano, y que entonces se dirigían hacia el Retyezat. Después de haber visitado la comarca hasta los límites del Maros, después de haber hecho la ascensión a la montaña, venían a descansar un poco en el pueblo de Werst, antes de entrar en el valle de los Sils.

—¿Tenéis dos habitaciones para nosotros? —preguntó Franz de Télek.

—Dos... tres... cuatro... cuantas quiera el señor conde —respondió Jonás.

—Dos son suficientes, —dijo Rotzko— pero es preciso que estén cerca una de la otra.

—¿Les convienen éstas? —replicó Jonás abriendo dos puertas a la extremidad del salón.

—Perfectamente —respondió Franz de Télek. Decididamente Jonás no tenía nada que temer de sus nuevos huéspedes. No eran seres sobrenaturales, espíritus que habían tomado forma humana. ¡No! El hidalgo aparecía como un personaje distinguido, de esos que un posadero tiene siempre a gran honra recibir. He aquí una feliz circunstancia que devolvería su fama al Rey Matías.

—¿A qué distancia estamos de Kolosvar? —preguntó el conde.

—A unas cincuenta millas, siguiendo el camino que pasa por Petrosani y Karlsburg —respondió Jonás.

—¿Y es fatigosa la jornada?

—Muy fatigosa para los peatones; y si me permitís una observación, diré que me parece que el señor conde debía tomarse un descanso de algunos días.



—¿Podemos cenar? —preguntó Franz de Télek, poniendo término a las observaciones del posadero.

—Una media hora de paciencia, y tendré el honor de ofrecer al señor conde una cena digna de él.

—Pan, vino, huevos y carne fiambre nos bastan para esta noche.

—Os lo voy a servir.

—Lo más pronto posible.

—Al momento.

Y Jonás se disponía a volver a la cocina, cuando le detuvo una pregunta del conde.

—Me parece que no tenéis mucha gente en la posada —dijo.

—En efecto. En este momento no hay nadie, señor conde.

—¿No es ésta la hora en que la gente del país viene a beber y a fumar su pipa?

—Ha pasado la hora, señor conde. En el pueblo de Werst hay costumbre de acostarse como las gallinas.

Jamás hubiera dicho la razón de que no hubiera un solo parroquiano en su posada.

—¿No cuenta vuestro pueblo unos trescientos o cuatrocientos habitantes?

—Aproximadamente, señor conde.

—No hemos encontrado un alma al bajar la calle principal.

Afortunadamente para Jonás, que no sabía ya qué responder, el conde Franz de Télek no insistió. Por nada del mundo se hubiese decidido el posadero a hablar de la situación reinante.

Los extranjeros lo sabrían lo más tarde posible, y era de temer que entonces abandonasen una aldea tan justamente sospechosa.

—¡Con tal que la voz no empiece a murmurar en el salón mientras cenan! —pensaba Jonás mientras ponía la mesa.

Algunos instantes después, la sencilla cena que había pedido el conde estaba servida sobre un mantel muy blanco. Sentóse Franz de Télek, y Rotzko frente a él, según costumbre cuando viajaban. Cenaron ambos con buen apetito, y acabada la cena, se retiraron a sus habitaciones.

Como durante la cena el conde y Rotzko no habían cruzado diez palabras, no pudo Jonás mezclarse en su conversación, cosa que lamentó. Franz de Télek parecía poco comunicativo; y en cuanto a Rotzko, después de haberle observado, comprendió el posadero que nada sacaría de él en lo concerniente a la familia de su señor.

Jonás, pues, se había contentado con dar las buenas noches a sus huéspedes. Pero antes de subir a su habitación recorrió el salón con la mirada, prestando oído a los menores ruidos de dentro y fuera mientras repetía:

—¡Con tal que esa abominable voz no les despierte durante su sueño!

La noche pasó tranquilamente.

Al día siguiente, desde el amanecer, extendióse por el pueblo la noticia de que dos viajeros se habían alojado en el Rey Matías, y numerosos habitantes fueron a agruparse delante de la posada.

Muy fatigados por la excursión de la víspera, Franz de Télek y Rotzko dormían aún, y no era probable que tuvieran intención de levantarse antes de las siete o las ocho de la mañana. De aquí la gran impaciencia de los curiosos, ninguno de los cuales tenía el valor necesario para entrar en la sala antes que los viajeros hubieran salido de sus habitaciones. Al fin aparecieron a las ocho. Nada de particular les había acontecido. Se les podía ver yendo y viniendo por la posada. Después se sentaron a desayunar, lo que no dejaba de ser bastante tranquilizador.

Además, Jonás, en pie en el dintel de la puerta, sonreía con aire afectuoso, invitando a sus antiguos parroquianos a que le devolviesen su confianza. Puesto que el viajero que honraba con su presencia la posada era un noble, un noble rumano, y de una de las más antiguas familias del país, ¿qué podían temer en tan noble compañía?

Así fue que el señor Koltz, pensando que él debía ser el primero en dar ejemplo, se decidió a dar el paso inicial.

A eso de las nueve el biró entró en el salón, algo perplejo. Pronto fue seguido por el maestro Hermod, por tres o cuatro campesinos y por el pastor Frik. En cuanto al doctor Patac, había sido imposible decidirle a que les acompañase.

—¡Poner los pies en casa de Jonás! —Había respondido— ¡aunque me pagase diez florines por la visita!

Conviene advertir una cosa que no deja de tener importancia.

Si el señor Koltz había consentido en volver a entrar en el Rey Matías, no era únicamente por satisfacer un sentimiento de curiosidad, ni por el deseo de ponerse en relaciones con el conde Franz de Télek. ¡No! El interés entraba por mucho en aquella determinación.

En efecto; en su calidad de viajero estaba obligado a pagar el impuesto por su criado y por él, y no se habrá olvidado que estas contribuciones iban directamente al bolsillo del primer magistrado de Werst.

El biró hizo la petición en términos respetuosos, y Franz de Télek, aunque un poco sorprendido, se apresuró a pagar lo pedido. Rogó también al señor Koltz y al maestro que se sentaran un momento a su mesa. Ellos aceptaron, no pudiendo rehusar un ofrecimiento tan políticamente formulado.

Jonás se apresuró a servir varios licores, los mejores de su cueva. Algunos vecinos pidieron entonces una ronda por su cuenta. Había pues motivo para creer que la antigua clientela, dispersa un instante, no tardaría en volver a tomar el camino del Rey Matías.

Después de haber pagado la contribución impuesta a los viajeros, Franz de Télek mostró deseos de saber si estos derechos producían mucho.

—No tanto como querríamos, señor conde —respondió el señor Koltz.

—¿Acaso es raro que los extranjeros vengan a esta parte de Transilvania?

Muy raro, en efecto —respondió el biró— no obstante el mérito del país, que lo hace digno de ser visitado.

—Así lo creo —Dijo el conde—. Lo que he visto me ha parecido digno de atraer la atención de los viajeros. Desde la cúspide del Retyezat he admirado mucho los valles del Sil, las ciudades que se divisan al este y el círculo de montañas que rodean la región.

—Es muy curioso, señor conde, y muy hermoso —respondió el maestro Hermod— y para completar vuestra excursión os invitamos a hacer la ascensión del Paring.

—Tengo el temor de que me falte el tiempo necesario para ello —respondió el conde.



- Con un día habrá bastante.
- Sin duda; pero yo regreso a Karlsburg, y cuento con partir mañana por la mañana.
- ¡Cómo! ¿Piensa el señor conde dejarnos tan pronto? —dijo Jonás tomando su aire más afectuoso.
- No le hubiera disgustado ver que los huéspedes prolongasen su estancia en el Rey Matías.
- Es preciso —Respondió el joven—. Además, ¿para qué prolongar mi estancia en Werst?
- Creed que nuestro pueblo vale la pena de que un turista permanezca algún tiempo en él —hizo observar el señor Koltz.
- Sin embargo, parece ser poco frecuentado. —Replicó el conde— Será probablemente porque los alrededores no ofrezcan nada curioso.
- En efecto, nada curioso —dijo el biró pensando en el castillo.
- No... Nada curioso —repitió el maestro.
- ¡Oh... oh! —dijo el pastor Frik dejando escapar involuntariamente esta exclamación.
- ¡Qué miradas le arrojaron Koltz y los demás, y particularmente el posadero! ¿Era preciso poner a un extranjero al tanto de los

secretos del país? ¿Enterarle de lo que sucedía en la meseta de Orgall? Señalar a su atención el castillo de los Cárpatos, ¿no era querer atemorizarle, despertando en él el deseo de abandonar el pueblo? Y en lo sucesivo, ¿qué viajeros querrían seguir el camino de la garganta de Vulcano para penetrar en Transilvania?

Verdaderamente aquel pastor no demostraba más inteligencia que el más bestia de sus carneros.

—¡Cállate, imbécil! ¡Cállate! —le dijo a media voz el señor Koltz.

Como la curiosidad del conde se había despertado, se dirigió directamente a Frik, preguntándole qué significaban aquellas exclamaciones.

No era el pastor hombre que se arrepintiese fácilmente, y en el fondo pensaba que tal vez Franz de Télek pudiera dar un buen consejo al pueblo.

—He dicho ¡oh... oh!, señor conde, —replicó— y no me vuelvo atrás.

—¿Hay pues en los alrededores de Werst alguna maravilla que visitar? —preguntó el conde.

—¡Alguna maravilla! —repitió el señor Koltz.

—¡No, no! —exclamaron los demás.



Y temblaban ya al pensamiento de que otra tentativa para penetrar en el castillo produjese nuevas desgracias.

Franz de Télek, no sin alguna sorpresa observó a aquellos hombres, cuyos rostros indicaban diversos grados de terror, de manera bien significativa.

—¿Qué hay pues? —preguntó.

—¿Que qué hay, señor? —Respondió Rotzko— Pues bien; parece que se trata del castillo de los Cárpatos.

—¿Del castillo de los Cárpatos?

—Sí. Éste es el nombre que el pastor acaba de decirme al oído.

Y diciendo esto, Rotzko mostraba a Frik, que meneaba la cabeza sin atreverse a mirar a su amo.

Habíase abierto una brecha en el muro de la vida privada del pueblo, y no tardó en pasar toda la historia por esta brecha.

En efecto; el señor Koltz, que había cambiado de opinión, quiso por sí mismo hacer conocer la situación al joven conde, contándole cuanto concernía al castillo de los Cárpatos.

No hay que decir que Franz no pudo ocultar el asombro que esta relación le causó, y las ideas que le sugirió.

Aunque medianamente instruido en materias científicas, como sucede entre los jóvenes de su condición, que vive en sus castillos, enterrados en el fondo de los distritos valacos, era un hombre de buen sentido. No creía pues en apariciones, y las leyendas le causaban risa. Un castillo habitado por espíritus excitaba su incredulidad. Además, en todo lo que acababa de contar el señor Koltz, no había nada de maravilloso, sino únicamente algunos sucesos más o menos admisibles, a los que la gente de Werst atribuía un origen sobrenatural. El humo del torreón, las campanas lanzadas a vuelo, cosas eran que se podían explicar sencillamente. En cuanto a las fulguraciones y a los ruidos que salían del castillo eran indudablemente efecto de la imaginación.

Franz de Télek no se contuvo para decirlo y bromear de ello, con gran escándalo de sus oyentes.

Pero, señor conde —le hizo observar Koltz—, hay más todavía.

—¿Y qué es ello?

—Pues bien; que es imposible penetrar en el castillo de los Cárpatos.

—¿De verdad?

—Nuestro guardabosque y nuestro doctor han querido franquear las murallas hace algunos días en bien del pueblo, y han pagado cara su intentona.

—¿Qué les ha sucedido? —preguntó Franz con tono bastante irónico.

El señor Koltz contó los detalles de la aventura de Nic y el doctor.

—¿De manera que cuando el doctor quiso salir del foso sus pies estaban fuertemente sujetos al suelo, sin que pudiera dar un paso adelante?

—Ni adelante ni atrás —añadió Hermod.

—Lo habrá imaginado vuestro doctor —replicó Franz de Télek—, y sería el miedo lo que le sujetaba por los talones.

—Sea, señor conde —replicó el señor Koltz—, pero Nic Deck ha sufrido una violenta sacudida cuando ha puesto la mano sobre el herraje del puente levadizo.

—Habrá recibido algún fuerte golpe.

—Y tan fuerte —replicó el biró—, que está en el lecho desde entonces.

—¿Pero no será en peligro de muerte? —se apresuró a preguntar el conde.

—No, afortunadamente.

En realidad, aquello era un hecho, un hecho innegable, y el señor Koltz esperaba la explicación que Franz de Télek le iba a dar.

He aquí lo que el conde respondió rápidamente:

—En todo lo que acabo de oír, repito que no hay nada que no sea sencillo. Para mí no es dudoso que el castillo de los Cárpatos esté ocupado ahora. ¿Por quién? Lo ignoro. De seguro no es por espíritus, sino por gente que tiene interés en ocultarse después de haber buscado refugio en él.

—¿Malhechores? —exclamó el señor Koltz.

—Es probable; y como no quieren que vayan a echarlos de allí, han hecho creer que el castillo está habitado por seres sobrenaturales.

—¡Cómo, señor conde! —Respondió Hermod — ¿Creéis vos?

—Yo creo que vuestro país es muy supersticioso, que los huéspedes del castillo lo saben, y han querido de ese modo evitar visitas importunas.

Era verosímil que las cosas hubieran ocurrido así; pero no se extrañará que nadie en Werst quisiera admitir esta explicación.

El conde notó que no había convencido a un auditorio que no quería dejarse convencer. Por lo tanto se contentó con añadir:

—Puesto que no admitís mis razones, señores, continuad creyendo lo que os plazca respecto al castillo de los Cárpatos.

—Creemos lo que hemos visto, señor conde —respondió Koltz.

—Y lo que es —añadió el maestro.

—Sea; y verdaderamente lamento no poder disponer de veinticuatro horas, pues Rotzko y yo iríamos a visitar vuestro famoso castillo, y os aseguro que bien pronto sabríamos a qué atenernos.

—¡Visitar el castillo! —exclamó el señor Koltz.

—Sin vacilar, y ni el diablo en persona nos impediría franquear la muralla.

Oyendo a Franz de Télek expresarse en términos tan categóricos e irónicos al mismo tiempo, todos sintieron un singular espanto. El tratar a los espíritus con tan poco respeto, ¿no podría atraer alguna catástrofe sobre el pueblo? ¿Acaso no oían los genios cuanto se decía en la posada del Rey Matías? ¿Iba a resonar la voz por segunda vez en el salón?

Y a este propósito el señor Koltz advirtió al conde en qué condiciones el guardabosque había sido amenazado de un terrible castigo, si se empeñaba en querer penetrar en el castillo de los Cárpatos.

Franz de Télek se contentó con encogerse de hombros; después se levantó diciendo que jamás se había podido oír, como pretendían, ninguna voz en aquella sala. Todo esto afirmó que no existía más que en la imaginación de los parroquianos que eran demasiado crédulos y un poco aficionados al schnaps del Rey Matías.

Entonces algunos se dirigieron hacia la puerta, poco dispuestos a estar más tiempo en un sitio en el que un joven escéptico osaba decir semejantes palabras.

Pero Franz de Télek les detuvo con un gesto.

—Decididamente, señores —dijo—, veo que el pueblo de Werst está bajo el imperio del miedo.

—Y no sin razón, señor conde —respondió Koltz.

—Pues bien: he aquí un medio para acabar con las maquinaciones que según vosotros pasan en el castillo de los Cárpatos. Pasado mañana estaré en Karlsburg, y si queréis, prevendré a las autoridades de la ciudad. Se os enviará una compañía de soldados o de agentes de policía, y os respondo que esos valientes penetrarán en el castillo, sea para cazar a los farsantes que se divierten con vuestra credulidad, sea para detener a los malhechores que preparan algún mal golpe.

Nada más aceptable que esta proposición, y sin embargo no fue del agrado de los notables de Werst. En su opinión, ni la policía,

ni el mismo ejército, podrían nada contra seres sobrenaturales, que sabrían defenderse con medios también sobrenaturales.

—Mas pienso ahora, señores —replicó el conde—, que todavía no me habéis dicho a quién pertenece o pertenecía el castillo de los Cárpatos.

—A una antigua familia del país, la de los barones de Gortz —respondió el señor Koltz.

—¡La familia de Gortz! —exclamó Franz.

—La misma.

—¿A la que pertenece el barón Rodolfo?

—Sí, señor conde.

—¿Y sabéis si ha venido?

—No, hace muchos años que el barón no ha vuelto por el castillo.

Franz de Télek se había puesto muy pálido, y maquinalmente repetía con voz alterada:

—¡Rodolfo de Gortz!

IX

La familia de los condes de Télek, una de las más antiguas e ilustres de Rumania, ya gozaba de gran prestigio mucho antes de que este país hubiese conquistado su independencia en los comienzos del siglo XVI. El apellido Télek figura en todas las peripecias políticas del mencionado país, y su historia hállase escrita en páginas gloriosas.

Menos afortunada en la actualidad que la famosa haya del castillo, que tenía tres ramas, la familia de los Télek sólo contaba con un vástagos, que era el caballero que acabamos de ver llegar a Werst.

Pasó Franz toda su infancia en el castillo patrimonial en que moraban el conde y la condesa de Télek. Gozaban los descendientes de aquella familia de gran consideración en el país, donde hacían generoso empleo de su fortuna. Entregados a la vida cómoda y patriarcal de la nobleza del campo, apenas si dejaban sus dominios de Krajowa una vez al año, y esto cuando sus asuntos les llamaban a la población de ese nombre, distante del castillo tan sólo algunas millas.

Tal género de vida tenía que influir en la educación de su hijo único, y Franz de Télek debía sentir el efecto del medio en que su juventud transcurría. Tuvo por maestro a un anciano sacerdote italiano que no le pudo enseñar más de lo que sabía, que no era en verdad gran cosa. De este modo el niño se fue haciendo hombre sin haber adquirido más que insuficientes

nociones de las ciencias, artes y literatura contemporáneas. La caza era su pasión, y pasábase días y noches por bosques y prados persiguiendo ciervos, jabalíes y osos, cuchillo en mano; éste era el pasatiempo favorito del joven conde, quien valiente y resuelto, realizaba verdaderas proezas en tan rudo ejercicio.

Murió la condesa cuando apenas su hijo tenía quince años, y sólo tenía veintiuno cuando pereció su padre, víctima de un accidente de caza.

La pena que afligió al joven fue inmensa ante ambas irreparables pérdidas en tan poco tiempo. Toda su ternura, cuanto cariño encerraba su corazón, habíase compendiado en su acendrado amor filial. Mas cuando aquel amor le faltó, careciendo de amigos y muerto también su preceptor, sintió que se encontraba solo en el mundo.

Durante tres años, el joven conde permaneció en el castillo de Krajowa, sin poder decidirse a abandonarlo. Vivía allí sin buscar relaciones con el exterior. Apenas iba ocasionalmente a Bucarest cuando los asuntos de su heredad le obligaban a ello, y aun estas ausencias eran de corta duración, pues tenía ansia de regresar a sus dominios.

Sin embargo esta existencia no podía durar, y Franz concluyó por sentir el deseo de ensanchar un horizonte que limitaban estrechamente las montañas rumanas; quiso volar a otro ambiente.

Tenía unos veintitrés años cuando tomó la resolución de viajar. Su fortuna le permitía satisfacer largamente sus nuevos caprichos... Un día abandonó el castillo de Krajowa, a sus antiguos servidores, y se alejó del país valaco, en compañía de Rotzko, un antiguo soldado rumano que desde diez años atrás estaba al servicio de la familia Télek y era el compañero del joven en todas sus expediciones de caza. Era hombre valiente y resuelto, y muy devoto a su amo.

La intención del conde era visitar Europa y detenerse algunos meses en las capitales más importantes del continente. Creía no sin razón, que su instrucción, nada más esbozada en el castillo de Krajowa, podría completarse con las enseñanzas de un viaje cuyo plan había dispuesto cuidadosamente.

Franz quiso visitar primero Italia, pues hablaba correctamente el italiano, que el viejo sacerdote le había enseñado. El atractivo de aquella tierra tan rica en recuerdos, y a la que se sentía perfectamente atraído, fue tal, que permaneció allí cuatro años. No abandonó Venecia sino para ir a Florencia, ni Roma sino para ir a Nápoles, volviendo sin cesar a aquellos centros artísticos, de los que no podía separarse. Dejaba para más tarde el visitar Francia, Alemania, España, Rusia e Inglaterra; para cuando la edad hubiera madurado sus ideas y pudiera estudiar aquellas regiones con mayor provecho. Entonces, por el contrario, toda la efervescencia de la juventud le impelía a gustar el encanto de las grandes ciudades italianas.

Tenía Franz de Télek veintisiete años cuando fue a Nápoles por última vez. No pensaba permanecer en aquel punto más que

algunos días antes de volver a Sicilia, terminando su viaje con la exploración de la antigua Trinacria, y retornando después al castillo de Krajowa a fin de descansar un año.

Una circunstancia inesperada había no solamente de cambiar sus planes, sino decidir su vida entera y modificar su curso. Durante aquellos años pasados en Italia, el conde había perfeccionado su instrucción de un modo mediano solamente, sintiéndose poco apto para el cultivo de las ciencias; pero en cambio el sentido de lo bello le había sido revelado como a un ciego la luz. Con el espíritu abierto a los esplendores del arte, se entusiasmaba ante las obras maestras de la pintura, cuando visitaba los museos de Nápoles, Venecia, Roma y Florencia; y al mismo tiempo los teatros le habían hecho conocer las obras líricas de la época, y se apasionaba por la manera como los artistas las interpretaban.

Durante su última estancia en Nápoles, y en las circunstancias particulares que vamos a referir, un sentimiento de una naturaleza más viva, de una fuerza más intensa, se apoderó de su corazón.

En aquella época, y en el teatro de San Carlos, había una célebre cantante, cuya voz pura, método acabado y arte dramático, causaban la admiración de los aficionados. Hasta entonces la Stilla no había buscado los aplausos del extranjero, y jamás cantaba más música que la italiana, que ocupaba el primer puesto en el arte de la composición. Los teatros, Carignan en Turín, Scala en Milán, Fénice en Venecia, Alfieri en Florencia, Apolo en Roma y San Carlos en Nápoles, la poseían por turno,

y sus triunfos no le dejaban ningún resquemor por no haber todavía pisado los demás escenarios de Europa.

Tenía entonces Stilla veintiocho años, y era una mujer de una belleza ideal, con su larga cabellera de dorados tonos, el fuego de sus ojos negros y profundos, donde parecían brillar llamas, la pureza de sus rasgos, temperamento ardiente y un talle que no hubiera podido hacer más perfecto el cincel de Praxiteles. Esta mujer era, además, una artista sublime, otra Malibrán, cuyo Musset hubiera podido decir también:

Y tus cantos a los cielos elevan el dolor.

Y esa voz que el más querido de los poetas ha celebrado en sus inmortales estrofas:

...esta voz del corazón, que sólo al corazón llega.

Esta voz era la de la Stilla, en toda su asombrosa magnificencia. Sin embargo, esta incomparable primadona, que reproducía con tal perfección los acentos de la ternura, el fuego de las pasiones y los más poderosos sentimientos del alma, no había sentido, según se decía, estos efectos en su corazón. Jamás había amado, jamás sus ojos habían respondido a las mil miradas que la envolvían sobre la escena. Parecía no querer vivir más que en su arte y para su arte.

Desde la primera vez que Franz vio a Stilla, sintió ese irresistible entusiasmo que es la esencia del primer amor.

Renunció a su proyecto de abandonar Italia después de haber visitado Sicilia, y resolvió quedarse en Nápoles hasta el fin de la temporada teatral. Como si un invisible lazo, que él no podía romper le hubiera sujetado a la cantante, asistía a todas las representaciones, que el entusiasmo del público transformaba en verdaderos triunfos. Muchas veces, incapaz de dominar su pasión, había intentado acercarse a ella; pero la puerta de la Stilla estaba invariablemente cerrada, tanto para él como para los otros fanáticos adoradores.

A esto se debió que el joven conde fuese bien pronto el más desconsolado de los hombres. Siempre solo, en presencia de su amor, no pensando más que en la gran artista; no vivía más que para verla y oírla, sin buscar el crearse relaciones en un mundo al que su nombre y fortuna le llamaban.

Bien pronto aquella efervescencia de su alma se acrecentó hasta tal punto, que su salud se vio comprometida, y júzguese cuánto hubiera sufrido si hubiera sentido la tortura de los celos, si el corazón de la Stilla hubiera pertenecido a otro.

Pero el conde no tenía rival, lo sabía; y no hubiera tenido desconfianza alguna, a no ser por cierto personaje, bastante extraño, cuyo carácter y rasgos vamos a conocer, por exigirlo así las peripecias de esta historia.

Era un hombre de cincuenta a cincuenta y cinco años (al menos así se creía), en la época en que Franz de Télek vino a Nápoles por última vez. Este ser, poco comunicativo, parecía vivir fuera de las conveniencias sociales propias de su alcurnia. Nada se

sabía de su familia, de su estado actual, de su pasado. Se le encontraba hoy en Roma, mañana en Florencia, y es preciso decirlo, según la Stilla estaba en Florencia o en Roma. En realidad no se le conocía más que una sola pasión: oír a la tal cantante, que ocupaba el primer lugar en el arte del canto.

Si Franz de Télek no vivía más que en el delirio de su idolatría por la Stilla desde el día en que la había visto sobre la escena de Nápoles, hacía ya seis años que el excéntrico aficionado seguía a la cantante. Pero muy diferente en esto al joven conde, no era la mujer la que él perseguía, sino la voz, que había llegado a ser necesidad de su vida; necesidad tan imperiosa como la del aire que respiraba. Jamás había intentado verla fuera de la escena, jamás se había presentado en casa de la Stilla, jamás le había escrito. Pero todas las veces que la Stilla aparecía en cualquier teatro de Italia, se veía llegar a un hombre de alta estatura, envuelto en un amplio abrigo oscuro, y cubierto con ancho sombrero que ocultaba su rostro. Este hombre se apresuraba a tomar asiento en el fondo de un palco enrejado, probablemente reservado para él. Y allí permanecía, encerrado, inmóvil y silencioso durante toda la representación. Después, una vez que la cantante había dado su última nota, salía furtivamente, y ninguno de los demás actores le hubiera podido retener... No los hubiera oído.

¿Quién era este espectador tan asiduo a sus representaciones? En vano había tratado de saberlo la Stilla. Y como ésta era de una naturaleza impresionable, concluyó por aterrarse la presencia de este hombre original; terror poco razonable, pero muy real. Aunque la Stilla no podía verle en el fondo de su

palco, cuya celosía jamás bajaba el misterioso personaje; ella sabía que estaba allí, sentía su mirada de alucinado imperiosamente fija sobre ella; y profundamente turbada por su presencia, no oía ni los bravos con que el público acogía su salida a escena.

Queda dicho que este personaje jamás se había aproximado a Stilla; pero sino había procurado conocer a la mujer —e insistimos particularmente en este punto—, todo cuanto podía recordar a la artista había sido objeto de sus constantes atenciones. Así era que poseía el más hermoso de los retratos que el gran pintor Michel Gregorio había hecho de la cantante. En aquel retrato estaba la Stilla, apasionada, vibrante, sublime, encarnada en uno de sus más hermosos papeles. Aquel retrato, adquirido a peso de oro, bien valía lo que por él había pagado su rico admirador.

Por más que aquel ente original, siempre solo en su palco, no salía nunca de su casa sino para ir al teatro, no vivía en un aislamiento absoluto. ¡No! Un compañero no menos extraño que él compartía su existencia.

Este último se llamaba Orfanik. ¿Qué edad tenía? ¿De dónde venía y de dónde era? Nadie hubiera podido dar contestación a estas preguntas. De creer lo que decía a todo el que quería oírlo, era uno de esos sabios ignorados cuyo genio no ha podido darse a luz, y que sienten odio hacia el mundo que los desconoce. Suponíase, no sin razón, que debía ser algún pobre diablo, algún inventor que vivía a expensas de su protector.

Era Orfanik de mediana estatura, delgado, raquíntico, con cara de hético; una de esas caras pálidas que en el idioma primitivo recibían el calificativo de *chiches faces*.

Seña particular: llevaba una ojera puesta sobre el ojo derecho, que acaso había perdido en algún experimento de física, y sobre su nariz unos gruesos anteojos, cuyo único cristal de miope servía a su ojo izquierdo, de verdosa pupila.

Durante sus paseos solitarios gesticulaba como si hablase con algún ser invisible que le escuchase sin responderle nunca.

El extraño melómano y el no menos extraño Orfanik eran todo lo conocidos que podían ser en las ciudades italianas a las que acudían en las temporadas teatrales. Tenían el privilegio de excitar la curiosidad pública; y por más que el admirador de la Stilla hubiese rechazado siempre a los periodistas y sus indiscretas crónicas, al cabo se supo su nombre y su nacionalidad.

Era de origen rumano, y la primera vez que Franz de Télek preguntó cómo se llamaba, le respondieron: "el barón Rodolfo de Gortz".

Así estaban las cosas en la época en que el conde acababa de llegar a Nápoles. Hacía dos meses que el teatro de San Carlos contaba por llenos las representaciones, y el éxito de la Stilla acrecía cada noche. Jamás la artista se había mostrado tan admirable en el desempeño de los diversos papeles de su repertorio, jamás había obtenido ovaciones más entusiastas.

Durante las representaciones, y en tanto que Franz ocupaba su butaca de orquesta, el barón de Gortz, oculto en el fondo del palco, quedaba absorto en aquel canto ideal, impregnándose de aquella voz divina, sin la que la vida le parecía imposible.

Empezó a correr en Nápoles un rumor, al que el público rehusaba dar crédito, pero que acabó por alarma al mundo musical. Se decía que al terminar la temporada la Stilla iba a retirarse de la escena... ¡Cómo! En toda la posesión de su talento, en la plenitud de su belleza, en el apogeo de su carrera artística, ¿era posible que pensase en retirarse?

Sin embargo, aquel rumor que parecía inverosímil era cierto, y en realidad el barón de Gortz no era ajeno a esta resolución.

Aquel espectador misterioso, siempre invisible tras la celosía del palco, había acabado por provocar en la Stilla una tensión nerviosa persistente, de la que no podía defenderse. En cuanto salía a escena, sentíase impresionada hasta tal punto, que su turbación visible inclusive para el público, alteraba poco a poco la salud de la joven.

Salir de Nápoles, huir a Roma, a Venecia a otra ciudad cualquiera de la península, no sería suficiente, Stilla lo sabía, para librarse de la presencia del barón de Gortz. Otro tanto sucedería si abandonaba Italia yendo a Alemania, a Rusia, o a Francia. Aquel hombre la seguiría donde fuese con el simple objeto de oírla, y sólo tenía un medio para librarse de aquella importunidad. Abandonar el teatro.

Ahora bien; desde hacía dos meses, antes que el rumor de su retirada se hubiese extendido, Franz de Télek se había decidido a dar cerca de la cantante un paso cuyas consecuencias debían de traer desgraciadamente la más irreparable de las catástrofes. Dueño de sus actos y poseedor de una fortuna, se había hecho admitir en casa de Stilla y le había ofrecido su mano y su título.

La Stilla no ignoraba desde hacía tiempo los sentimientos que inspiraba al conde, y pensaba que cualquier mujer, aun de la más alta sociedad, se consideraría feliz confiando su vida y felicidad a aquel hombre. Así pues, en el estado de ánimo en que se encontraba, recibió la demanda con un agrado que no pudo ocultar. Se sintió amada con tal pasión, que consintió en ser la esposa del conde de Télek, aun a costa de abandonar su carrera artística.

La noticia era pues verdadera. En cuanto terminase la temporada en el teatro de San Carlos, la Stilla no reaparecería en ningún teatro. Su matrimonio, del que ya se tenían algunas sospechas, se dio como cosa segura.

Como se comprende, aquello produjo un efecto prodigioso, no solamente en el mundo artístico, sino también en el gran mundo de Italia. Preciso era ya admitir lo inevitable. Celos y odios se desencadenaron contra el conde; que robaba al arte, a sus éxitos, y a la idolatría de los aficionados, la primera cantante de la época. Hubo hasta amenazas personales, de las que Franz no se ocupó nunca.

Si tal efecto hizo la noticia en el público, imagínese lo que sentía Rodolfo de Gortz ante la idea de que su ídolo le iba a ser robado, perdiendo, al perderle, la razón de su vida. Corrió el rumor de que intentó suicidarse; lo cierto fue que desde aquel día ya no se vio a Orfanik por las calles de Nápoles; ya no abandonaba al barón, y hasta iba con él a encerrarse en el palco de San Carlos, cosa que nunca había hecho, siendo como era absolutamente refractario, como tantos otros sabios, al encanto sensual de la música.

En tanto transcurría el tiempo, y la emoción iba a llegar a su máximo la noche en que la Stilla apareciera por última vez en escena. Iba a despedirse del público con el hermoso papel de Angélica en el *Orlando*, la obra maestra de Arconati.

Aquella noche era el teatro muy pequeño para contener a los espectadores que se agolpaban en las puertas, quedando sin obtener localidad la mayor parte. Llegaron a temerse manifestaciones contra el conde de Télek, ya que no durante la representación, al menos cuando el telón bajase en el último acto de la ópera.

El barón de Gortz ocupaba su palco, como de costumbre, y Orfanik le acompañaba.

La Stilla apareció más emocionada que nunca. Rehízose sin embargo, y abandonándose a su inspiración, cantó con una perfección, con un inefable talento, que no puede expresarse. El entusiasmo que causó a los espectadores llegó al delirio.

Durante la representación, el conde permaneció de pie junto a los bastidores, impaciente, nervioso, febril, pudiendo apenas contenerse, maldiciendo la extensión de las escenas, irritándole la tardanza que provocaban los aplausos y las llamadas. ¡Ah! ¡Cuánto tardaba el momento de arrancar de aquel teatro a la que iba a ser condesa de Télek! Aquella mujer adorada, que se llevaría lejos, muy lejos, donde no pudiera ser de nadie más que de él solo.

Llegó el momento supremo; la dramática escena final, en que muere la heroína de *Orlando*. Nunca pareció más hermosa la admirable música de Arconati. Jamás la Stilla la interpretó con más apasionados acentos. El alma de la artista parecía asomar a sus labios, y, sin embargo, diríase que aquella voz, desgarradora en algunos momentos, iba a destrozarse, puesto que no se le iba a oír jamás.

En aquel instante corrióse la celosía del palco del barón de Gortz, y apareció aquella extraña cabeza de largo pelo gris y ojos brillantes... Mostróse aquella cabeza extática, de espantosa palidez. Franz, desde los bastidores, vio a plena luz, por vez primera, aquella cabeza.

La Stilla se dejaba arrastrar por el fuego de la arrebatadora estrofa del canto final, acababa de repetir aquella frase de sublime sentimiento:

Inamorata, mio cuore tremante...
Voglio morire...

De repente se detuvo. La cara del barón de Gortz la aterrorizó... La paralizó un inexplicable espanto... Rápidamente se llevó la mano a la boca, tinta en sangre... Vaciló... y cayó...

El público en masa se levantó palpitante, loco, en el colmo de la angustia... Del palco del barón se escapó un grito... Franz se precipita en la escena, agarra a Stilla, la levanta, la contempla, la llama, y exclama:

— ¡Muerta! ¡Muerta!

¡Sí! La Stilla está muerta... En su pecho se ha roto un vaso... ¡Su canto se ha extinguido con su último suspiro!

El conde fue trasladado a su hotel en tal estado, que se temió por su razón. No pudo asistir a los funerales de la Stilla, en los que tomó parte la mitad de la población de Nápoles.

El cuerpo de la cantante fue inhumado en el camposanto Nuovo. Sobre el mármol de su tumba sólo se lee este nombre:

STILLA

La noche de los funerales, un hombre fue al cementerio; allí, con los ojos extraviados, los cabellos enmarañados, los labios apretados como si estuvieran sellados por la muerte, permaneció contemplando la tumba de la Stilla. Parecía como si prestase atención, pensando tal vez que la voz de la Stilla iba a resonar por última vez, desde el fondo de la tumba...



Aquel hombre era Rodolfo de Gortz.

Esa misma noche el barón de Gortz, acompañado de Orfanik salió de Nápoles, y nadie volvió a saber de él.

Al siguiente día llegó una carta dirigida al conde de Télek. Aquella carta no contenía más que estas palabras, de un laconismo amenazador:

Vos la habéis matado. ¡Desgraciado de vos, conde de Télek!
Rodolfo de Gortz.



X

Tal había sido aquella lamentable historia.

Durante un mes estuvo en peligro la vida de Franz de Télek. A nadie reconocía, ni aun a su fiel Rotzko. En los momentos de alta fiebre, sólo un nombre murmuraban sus labios, prestos a rendir el último aliento: Stilla. El joven logró por fin escapar a la muerte. La pericia médica, los incesantes cuidados de Rotzko, y sobre todo su juventud y fuerte naturaleza triunfaron, y Franz de Télek se salvó, quedando su razón incólume de aquel violento choque. Cuando pudo coordinar sus recuerdos, cuando volvió a su memoria la trágica escena de *Orlando*, en que la artista exhaló su alma, exclamó:

—¡Stilla, Stilla mía! —En tanto que sus manos tendían instintivamente a aplaudir.

Así que el joven pudo abandonar el lecho, Rotzko obtuvo de él la formal promesa de que abandonarían la funesta ciudad y se trasladarían a su castillo de Krajowa. Quiso el conde, antes de partir de Nápoles, ir a orar sobre la tumba de la muerta y darle su último, su eterno adiós.

Rotzko le acompañó al camposanto Nuovo. Allí se arrojó el joven sobre aquella tierra despiadada...; quería cavar con sus uñas su propia tumba... Pudo al fin Rotzko arrancarle de allí, de aquella sepultura donde dejaba su vida, su dicha toda.



Días después Franz de Télek, de vuelta en Krajowa, en Valaquia, de nuevo se encontró en su castillo patrimonial, en donde durante cinco años vivió en el más completo aislamiento. Ni el tiempo ni la distancia pudieron dulcificar su pena. No podía olvidar. El recuerdo de Stilla, tan vivo como el primer día, se hallaba ligado a su existencia cual incurable herida.

Sin embargo, ya en la época en que comienza esta historia el joven conde de Télek había dejado el castillo algunas semanas antes. ¡Cuántos ruegos y súplicas costó a Rotzko el decidir a su señor a que dejase la soledad en que se iba consumiendo! Que el conde no llegase a consolarse, sea; pero por lo menos era preciso que tratase de mitigar su dolor.

Dispusieron un viaje que había de empezar visitando Transilvania. Rotzko esperaba que más tarde el joven consintiera en continuar su viaje por Europa, tan tristemente interrumpido en Nápoles.

Franz de Télek salió, pues, como un turista, y solamente para una breve excursión. Ambos, partiendo de las llanuras de Valaquia habían llegado hasta la imponente cordillera de los Cárpatos; se internaron después por el desfiladero de Vulcano, subieron al Retyezat, hicieron una expedición al valle del Maros y fueron a hacer alto a Werst, a la posada del Rey Matías.

Ya se ha dicho cuál era el estado de los ánimos en el momento en que Franz de Télek llegó, y cómo fue puesto al corriente de los incomprensibles sucesos acaecidos en el castillo. Se sabe

también cómo el joven tuvo noticias de que el castillo pertenecía al barón Rodolfo de Gortz.

El efecto producido en el joven por aquel nombre no pudo pasar inadvertido para el señor Koltz y sus compañeros.

Rotzko hubiera de muy buena gana enviado al diablo a Koltz, que tan inoportunamente lo pronunció, y a todas sus estúpidas historias. ¿Qué mala suerte había llevado a Franz de Télek precisamente a Werst, junto al castillo de los Cárpatos?

El conde permaneció silencioso. Su mirada inquieta indicaba claramente la turbación de su alma, turbación que en vano trataba de calmar.

El señor Koltz y sus amigos comprendieron que algún lazo misterioso unía al conde de Télek y al barón de Gortz; pero por grande que fuese su curiosidad, mantuvieronse en prudente reserva y no insistieron sobre el particular. Más tarde se vería lo que había que hacer.

Poco después todos abandonaron la posada, muy preocupados por aquel extraordinario encadenamiento de aventuras, que nada bueno presagiaba para la aldea.

Y bien; ahora que el joven conde sabía a quién pertenecía el castillo de los Cárpatos, ¿cumpliría su promesa? Una vez en Karlsburg, ¿prevendría a las autoridades y reclamaría su intervención? He aquí lo que se preguntaban el biró, el maestro, el doctor Patac y los demás. En todo caso, y si el conde no lo

hacía, el señor Koltz estaba decidido a hacerlo. Advertida la policía, vendría a registrar el castillo, y vería si se hallaba habitado por espíritus o por malhechores. El pueblo no podía continuar más tiempo bajo semejante temor. No obstante, en opinión de la mayoría, la tal medida resultaría inútil e ineficaz. ¿Qué batalla iba a ser aquella contra los espíritus? Los sables de los gendarmes saltarían cual si fuesen de vidrio, y sus fusiles errarían todos los disparos.

Entretanto Franz de Télek, solo en el establecimiento del Rey Matías, se abandonaba a los dolorosos recuerdos que el nombre del barón de Gortz evocaba en su espíritu.

Al cabo de una hora, pensando en lo mismo, levantóse, y saliendo de la sala se dirigió al extremo del terraplén y miró a lo lejos. Allá, en los montes del Plesa y sobre la meseta de Orgall, alzábase el castillo de los Cárpatos. Allí era donde había vivido el extraño espectador del teatro San Carlos, el hombre que de tal modo atemorizaba a la desgraciada Stilla. Mas a la sazón el castillo estaba desierto, y el barón no había vuelto allí a raíz de su partida de Nápoles. Nada se sabía de lo que le hubiese acontecido, y era probable que muerta la gran artista, el barón hubiera puesto fin a su existencia. Franz extraviaba su pensamiento por el camino de las hipótesis, no sabiendo cuál aceptar. Por otra parte, la aventura del guardabosque y el doctor no dejaba de preocuparle en cierto modo, y hubiérale complacido descubrir aquel misterio aunque no fuese más que para tranquilizar a la población de Werst.

Como el joven no dudaba que se habían refugiado en el castillo malhechores, decidió cumplir su promesa de desbaratar los planes de aquellos falsos aparecidos, dando parte a la policía de Karlsburg.

Sin embargo, antes de poner en práctica su idea, quiso Franz tener detalles más precisos sobre el particular, y a este fin lo más conveniente era dirigirse al propio guardabosque; razón por la cual antes de volver a la posada, y a eso de las tres de la tarde, se presentó en casa del biró Koltz.

Mostróse éste muy honrado con la visita de un caballero de las prendas del conde de Télek... descendiente de noble familia rumana, al cual debería el pueblo el recobrar la calma y su prosperidad, puesto que los turistas volverían a visitar el país, con lo que subirían los derechos de peaje, sin tener nada que temer de los genios maléficos del castillo de los Cárpatos, etcétera.

Mucho agradeció Franz de Télek los cumplidos del biró, y le preguntó si había algún inconveniente en ser introducido en el cuarto de Nic Deck.

—Ninguno, señor conde —respondió el biró—. El valiente Nic mejora considerablemente, y no tardará en reanudar sus actividades.

Y añadió; dirigiéndose a su hija que acababa de entrar en la sala:

—¿No es verdad, Miriota?

—Dios haga que así sea, padre —respondió Miriota con voz conmovida.

Franz quedó encantado del afectuoso saludo que le hizo la joven, y viéndola todavía inquieta por el estado de su prometido se apresuró a pedirle algunas explicaciones con este motivo.

—Según tengo entendido —dijo—, no ha sido grave la dolencia de Nic.

—No, señor conde. ¡Y que el cielo sea bendito!

—¿Tenéis en Werst buen médico?

—¡Hum! —dijo el señor Koltz en un tono poco favorable para el antiguo enfermero del Lazareto.

—Tenemos al doctor Patac —respondió Miriota.

—¿El que acompañó a Nic al castillo de los Cárpatos?

—Sí, señor conde.

—Miriota —dijo entonces Franz—. En interés suyo, desearía ver a vuestro novio y obtener algunos detalles más precisos de su aventura.

—Se apresurará a dároslos, aunque aún está algo débil.

—¡Ah! Yo no abusaré Miriota, no haré nada que pueda perjudicar a Nic.

—Lo sé, señor conde.

—¿Cuándo se efectuará vuestro matrimonio?

—Dentro de quince días —respondió el biró.

—Entonces tendré un gran placer en asistir, si el señor Koltz tiene a bien invitarme.

—¡Señor conde, tal honor!

—Dentro de quince días, convenido. Y estoy seguro que estará ya curado y podrá dar un paseo con su linda prometida.

—Dios le proteja, señor conde —respondió Miriota ruborizándose.

Y en ese momento su rostro encantador expresaba una ansiedad tan visible, que Franz le preguntó la causa.

—Sí, que Dios le proteja —respondió Miriota—, pues al intentar penetrar en el castillo de los Cárpatos, a pesar de la prohibición, Nic ha irritado a los genios, y ¡quién sabe si éstos no le atormentarán toda la vida!

—¡Oh, estimada Miriota! Ya los meteremos en cintura, os lo prometo —respondió Franz.

—¿Y no le sucederá nada a mi pobre Nic?

—Nada, y gracias a los agentes de policía se podrá visitar el castillo dentro de algunos días con tanta seguridad como la plaza de Werst.

El conde, juzgando inoportuno discutir la cuestión de lo sobrenatural delante de espíritus tan preocupados, rogó a Miriota le condujera al cuarto del guardabosque, lo que la joven se apresuró a hacer, dejando a Franz solo con su novio.

Nic Deck sabía ya la llegada de los dos viajeros a la posada del Rey Matías. Estaba sentado en un viejo sillón muy ancho, y se levantó para recibir al visitante. Como apenas se resentía ya de la parálisis que le había acometido, se encontraba en estado de responder a las preguntas de Télek.

—Nic Deck —dijo Franz después de haber estrechado amistosamente la mano del joven— ante todo os preguntaré si creéis en la presencia de seres maléficos en el castillo de los Cárpatos.

—Me veo obligado a creerlo, señor conde —respondió Nic.

—¿Y serían ellos los que os impidieron franquear la muralla del castillo?

—¡No lo dudo!

—¿Y por qué?, ¿podrías decirme?

—Porque si no había genios, no tiene explicación lo que me ha sucedido.

—¿Queréis hacerme la merced de contarme, sin omitir nada, lo que os sucedió en vuestra tentativa?

Y Nic Deck refirió detalladamente lo que se le pedía, con lo que confirmó los hechos que habían llegado a conocimiento de Franz en su conversación con los parroquianos del Rey Matías; hechos a los que el conde daba, como se sabe, una explicación puramente natural.

En suma; los sucesos de aquella noche de aventuras se explicaban fácilmente, si los seres humanos o maléficos que ocupaban el castillo poseían la máquina de producir aquellos efectos fantásticos. Respecto a la singular pretensión del doctor Patac de haberse sentido sujeto al suelo por una fuerza invisible, se podía insistir en que dicho doctor había sido juguete de una ilusión. Lo que parecía más verosímil era que las piernas del infeliz habían quedado paralizadas porque estaba loco de espanto, y esto fue lo que Franz dijo al guardabosque.

—¡Cómo, señor conde! —respondió éste—. En el momento mismo en que el doctor quería huir, ¿iban las piernas de ese poltrón a negarse a andar? Convendréis en que esto no es posible.

— Pues bien —replicó Franz—, admitamos que sus pies estaban cogidos en algún lazo, que probablemente estaba oculto bajo la hierba, en el fondo del foso.

—Cuando los lazos se aprietan —respondió el guardabosque—, hieren cruelmente; y si examináis las carnes y las piernas del doctor, no encontraréis señal de herida alguna.

—Vuestra observación es justa, Nic, y sin embargo, creedme, si es verdad que el doctor no podía separarse del suelo, era porque sus pies estaban sujetos por un lazo...

—Y yo os pregunto ahora, señor conde: ¿cómo este lazo pudo abrirse por sí mismo, para dejar en libertad al doctor?

Franz se vio muy apurado para responder.

—Además, señor conde —replicó el guardabosque—, yo os concedo lo que queráis en lo que concierne al doctor Patac. Después de todo, nada puedo afirmar de lo que no sé por mí mismo.

—Sí; dejemos al valiente doctor, y hablemos de lo que os pasó a vos, Nic.

—Lo que me pasó es bien claro. No hay duda de que yo recibí una fuerte sacudida, y de una manera que no es natural.

—¿No hay en vuestro cuerpo ninguna señal de herida?
—preguntó Franz.

—Ninguna, señor conde. Y sin embargo, fui atacado con una violencia formidable.

—¿Fue en el momento en que habíais puesto la mano sobre la bisagra del puente levadizo?

—Sí, señor conde. Y apenas la había tocado quedé como paralítico. Afortunadamente mi mano no había soltado la cadena que tenía asida, y me deslicé hasta el fondo del foso, donde el doctor me levantó sin conocimiento.

Franz sacudió la cabeza, como hombre cuya incredulidad persiste ante aquellas explicaciones.

—Veamos, señor conde —replicó Nic—. Lo que yo os he contado no ha sido un sueño, y si durante ocho días he permanecido tendido cuan largo soy sobre este lecho, sin poder hacer uso ni de brazos ni de piernas, no será razonable decir que me lo he imaginado todo.

—No lo pretendo, y es bien seguro que habéis recibido una conmoción brutal...

—¡Brutal y diabólica!

—¡No! En esto es en lo que diferimos, Nic Deck —respondió el conde—. Creeís haber sido golpeado por un ser sobrenatural, y no lo creo, por la razón de que no hay seres sobrenaturales, ni maléficos, ni benéficos.

—Entonces, ¿queréis explicarme el porqué de lo que me ha sucedido?

—No puedo aún, pero estar seguro de que todo se explicará de la manera más sencilla.

—¡Dios lo quiera! —respondió el guardabosque.

—Decidme —preguntó Franz— ¿ese castillo ha pertenecido siempre a la familia de Gortz?

—Sí, señor conde, y pertenece aún, aunque el último descendiente, el barón Rodolfo, ha desaparecido sin que jamás se haya vuelto a tener noticias suyas.

—¿Y en qué época fue esta desaparición?

—Hará unos veinte años.

—¿Veinte años?

—Sí, señor conde. Un día el barón Rodolfo abandonó el castillo, cuyo último servidor murió algunos meses después de su partida, y no ha regresado.

—¿Y desde entonces nadie ha puesto los pies en el castillo?

—Nadie.

—¿Y qué se cree en el país?

—Se cree que el barón Rodolfo ha debido morir en el extranjero, poco tiempo después de su desaparición.

—Se engañan, Nic, el barón vivía todavía hace cinco años al menos.

—¿Vivía, señor conde?

—Sí, en Italia. En Nápoles.

—¿Le habéis visto?

—Le he visto.

—¿Y desde entonces?

—No he oído hablar de él.

El joven guardabosque quedó pensativo, acometido de una idea que dudaba en formular. Decidióse al fin, y levantando la cabeza y frunciendo el ceño, dijo:

—No es de suponer, señor conde, que el barón Rodolfo de Gortz haya vuelto al país con la intención de encerrarse en el castillo.

—No... No es de suponer, Nic.

—¿Qué interés hubiera tenido en ocultarse... en no dejar llegar a nadie hasta él?

—Ninguno —respondió Franz de Télek.



Y, sin embargo, era una idea que comenzaba a tomar cuerpo en el espíritu del conde. ¿No era posible que aquel personaje, cuya existencia había sido tan enigmática, hubiera ido a refugiarse en el castillo después de haber abandonado Nápoles? Allí, gracias a las supersticiones hábilmente explotadas, ¿no le habría sido fácil, si quería vivir en el aislamiento, defenderse contra toda indagación importuna, dado que conocía el atraso cultural de sus coterráneos? De todos modos, Franz juzgó inútil hablar de esta hipótesis. Hubiera sido preciso hacerles confidencias de hechos que le eran demasiado personales. No conseguiría, por otra parte, convencer a nadie; cosa que comprendió bien cuando Nic Deck añadió:

—Si el barón Rodolfo es quien habita el castillo, preciso es creer que el barón es el Chort, pues sólo el Chort ha podido tratarme de esta manera.

Deseoso de no continuar sobre este terreno, Franz cambió el curso de la conversación. Después de haber empleado todos los medios a fin de tranquilizar al guardabosque sobre las consecuencias de su tentativa, obtuvo de él la promesa de que no la renovaría. No era este asunto suyo, sino de las autoridades, y agentes de policía de Karlsburg que sabrían descubrir el misterio del castillo de los Cárpatos. El conde despidióse a continuación de Nic, haciéndole la expresa recomendación de que se curara lo más pronto posible, a fin de no retardar su matrimonio con la linda Miriota, al que él prometía asistir.

Absorto en sus reflexiones, Franz regresó al Rey Matías, y no salió en el resto del día.

A las seis, Jonás le sirvió la comida en el salón, donde por una loable muestra de respeto, ni el señor Koltz ni nadie del pueblo fue a turbar su soledad.

Hacia las ocho, Rotzko le dijo:

—¿No me necesitáis, señor?

—No, Rotzko.

—Entonces me voy a fumar mi pipa al terraplén.

—Puedes ir.

Recostado en su sillón, Franz se absorbió de nuevo en sus reflexiones. Estaba en Nápoles, durante la última representación en el teatro San Carlos. Volvió a ver al barón de Gortz en el momento en que por primera vez había aparecido, fijando sus miradas ardientes sobre la artista, cual si la hubiese querido fascinar. Después el pensamiento del conde derivó hacia aquella carta firmada por el extraño personaje que lo acusaba a él, a Franz, de haber matado a Stilla...

Mientras se perdía en estos recuerdos, sentía Franz que el sueño le invadía poco a poco; pero se hallaba aún en ese estado en que se percibe el menor ruido, cuando se produjo un sorprendente fenómeno. Parecía como si una voz dulcemente modulada se

dejase oír en aquella sala en que Franz se hallaba absolutamente solo.

Sin darse cuenta cabal de si aquello era sueño o realidad, se incorpora y escucha.

¡Sí! Diríase que una boca se ha aproximado a su oído y que unos labios dejan escapar la armoniosa melodía de Stéfano, inspirada en estas palabras:

*Nel giardino d' mille fiori.
Andiamo, mio cuore...*

Franz conocía esta romanza de inefable suavidad; aquella romanza la cantó la Stilla en el concierto que dio en el teatro San Carlos antes de su función de despedida. Inconscientemente fascinado se abandonó Franz al encanto de oír aquella voz una vez más...

La frase termina, y la voz, que va extinguiéndose poco a poco, se apaga con la última nota de la romanza. Pero Franz ha sacudido su letargo; se levanta bruscamente y retiene su respiración para no perder el más lejano eco de aquella voz que penetra hasta su corazón. Todo está en silencio dentro y fuera...

— ¡Su voz! —Murmura— sí. ¡Era su voz, la voz que tanto amé!

Después, volviendo a la realidad:

— ¿He dormido o he soñado?

XI

Al día siguiente el conde despertó al alba, con el ánimo turbado aún por lo ocurrido la noche anterior.

Aquella mañana debía salir de Werst, camino de Kolosvar.

Después de haber visitado las poblaciones industriales de Petrosani y Livadzet, tenía intención de detenerse un día entero en Karlsburg antes de pasar algún tiempo en la capital de Transilvania. Desde allí el ferrocarril le conduciría a las provincias centrales de Hungría, donde daría su viaje por terminado.

Salió de la posada, y mientras paseaba por el terraplén dirigió sus gemelos hacia el castillo y estuvo contemplando, no sin emoción, los contornos de la fortaleza, claramente proyectados por el sol sobre la meseta de Orgall.

Versaban sus ideas sobre la extraña mansión; una vez en Karlsburg, ¿cumpliría la promesa que había hecho a la gente de Werst? ¿Avisaría a la policía de lo que pasaba en el castillo de los Cárpatos?

Creyendo, como creía en un principio el conde, que el castillo era refugio de malhechores, o por lo menos de gente sospechosa que tenía interés en permanecer oculta y sin que

nadie se aproximara a su guarida, la promesa hecha a la población era solemne.

Mas después de haber reflexionado, experimentó un cambio de ideas, y a la sazón dudaba qué partido tomar.

Cinco años hacía que nadie, inclusive él, había vuelto a saber qué había sido del último descendiente de la familia de Gortz. Corrió el rumor de que el barón Rodolfo de Gortz había muerto algún tiempo después de su salida de Nápoles; mas ¿era cierto?, ¿qué pruebas había de su muerte? ¿Acaso vivía el barón de Gortz? ¿Y si vivía por qué no había de volver al castillo de sus antepasados? ¿Acaso Orfanik, su único acompañante, aquel extraño inventor, no sería el autor de los fenómenos que producían el espanto de la comarca? Esto precisamente era lo que estaba pensando Franz.

Hay que convenir en que tal hipótesis parecía muy admisible; pues si el barón Rodolfo y Orfanik habían buscado refugio en el castillo, lo natural era que hubieran querido hacerse inabordables, a fin de vivir aislados, conforme a sus hábitos y caracteres.

Y de ser así, ¿qué conducta debía seguir el conde? ¿Era conveniente que tratase de intervenir en la vida privada del barón de Gortz? Hallábase el conde pensando el pro y el contra de la cuestión, cuando Rotzko fue a reunirse con él en el terraplén.

Una vez que el joven le explicó el curso de sus ideas, díjole el otro:

—Señor, es posible que el barón de Gortz se entregue a todas esas maquinaciones diabólicas, y en ese caso mi opinión es que no debemos mezclarnos en el asunto, que los poltrones de Werst vean cómo se las arreglan; eso es cuenta suya.

— Bien considerado, pienso que tienes razón, mi buen Rotzko.

— Yo así lo creo — respondió el soldado.

— En cuanto al señor Koltz y los demás, saben ya cómo se las han de arreglar para acabar con los supuestos espíritus del castillo.

— Sin duda, señor. No tienen más que dar parte a la policía de Karlsburg.

— Nos pondremos en camino después de almorzar, Rotzko.

— Todo estará presto.

— Pero antes de bajar el valle del Sil, daremos una vuelta por el Plesa.

— ¿Para qué, señor?

— Desearía ver más de cerca, si es posible, ese castillo de los Cárpatos.

—¿Con qué fin?

—Un capricho, Rotzko; un capricho que no nos retardará ni media jornada.

Mucho contrarió a Rotzko tal determinación, que consideraba poco menos que inútil. Él hubiera querido alejar del ánimo del conde todo lo que pudiera recordar el pasado. Pero aquella vez fue en vano, chocó contra la inflexible resolución de su amo.

La causa de esto era que Franz sentíase atraído hacia el castillo como por una influencia irresistible. Acaso sin que él se diese cuenta de ello, uníase aquella atracción al ensueño en el que había oído la voz de la Stilla murmurando la sentida melodía de Stéfano.

Pero, ¿había sido un sueño? He aquí lo que el conde se preguntaba ahora, recordando lo que le habían dicho sobre la voz amenazadora que tan imprudentemente desafió a Nic Deck. No es pues extraño que en el estado de ánimo en que se encontraba el conde, formase el proyecto de dirigirse al castillo de los Cárpatos, y subir hasta el pie de sus viejas murallas, aunque sin pensar en penetrar en él.

No hay que decir que Franz de Télek estaba bien resuelto a no dar a conocer sus intenciones a los habitantes de Werst, que sin duda hubieran unido a Rotzko para disuadir al conde de sus propósitos. Recomendó pues al soldado que no dijera nada sobre el particular. Al verle abandonar el pueblo con dirección

al valle del Sil, nadie hubiera dudado que no fuese a tomar el camino de Karlsburg.

Desde lo alto del terraplén había el conde observado que otro camino seguía la base del Retyezat hasta la garganta de Vulcano. Era pues posible subir por las alturas del Plesa hacia el castillo, sin volver a pasar por la aldea, y por consiguiente sin que Koltz y los demás le viesen.

A medio día, y después de haber liquidado sin discusión la cuenta, un poco alta, que con su mejor sonrisa le presentó Jonás, Franz se dispuso a salir de Werst.

El señor Koltz, la linda Miriota, el maestro Hermod, el doctor Patac, el pastor Frik, y buen número de los demás habitantes, habían ido a despedirle.

El mismo guardabosque había podido salir de su cuarto y se comprendía que no tardaría mucho en estar restablecido por completo, de lo que el enfermero se atribuía todo el honor.

—Os deseo mil felicidades, Nic, tanto a vos como a vuestra prometida.

—Nosotros las aceptamos con reconocimiento —respondió la joven, radiante de dicha.

—Feliz viaje, señor conde —añadió el guardabosque.

—¡Dios lo quiera! —respondió Franz, cuya frente se había nublado.

—Señor conde —dijo entonces Koltz—, os suplicamos que no olvidéis lo que habéis prometido hacer en Karlsburg.

—No lo olvidaré, señor Koltz. Pero en el caso de que retardase mi viaje, conocéis el medio más sencillo para librados de esa vecindad inquietante, y hacer que el castillo no inspire temor alguno a la honrada población de Werst.

—Eso se dice fácilmente —murmuró el maestro.

—Y se hace —respondió Franz—. Si queréis, antes de cuarenta y ocho horas tendréis aquí a los gendarmes, que sabrán dar buena cuenta de los seres que se ocultan en el castillo.

—Salvo el caso, muy probable, de que fueran espíritus —observó el pastor Frik.

—Aun en ese caso —respondió Franz alzando ligeramente los hombros.

—Señor conde —dijo el doctor Patac—, si nos hubieseis acompañado a Nic Deck y a mí, quizás no hablaríais de ese modo.

—Es verdad que me hubiera asombrado, doctor —añadió Franz— de pasarme lo que a vos, que quedasteis sujeto por los pies en el foso del castillo.

—Por los pies, sí, señor conde, o mejor dicho, por las botas; a menos que pretendáis que en el estado de ánimo en que me encontraba, estaba soñando.

—No pretendo nada —respondió Franz—, y no trataré en manera alguna de explicaros lo que parece inexplicable; pero estad seguros de que si los gendarmes vienen a visitar el castillo de los Cárpatos, sus botas, acostumbradas a la disciplina, no echarán raíces como las vuestras.

Y dicho esto el conde recibió por última vez los homenajes del hostelero del Rey Matías, tan honrado... de haber tenido el honor... de que el honorable Franz de Télek, etcétera, etcétera. Después de haber saludado al señor Koltz, a Nic, a la novia de éste y a los habitantes reunidos en la plaza, hizo una señal a Rotzko, y ambos descendieron a buen paso, camino de la garganta.

En menos de una hora Franz y su asistente llegaron a la orilla derecha del río, que subieron siguiendo la vertiente meridional del Retyezat.

Rotzko se había resignado a no hacer ninguna observación a su amo; hubiese sido trabajo inútil. Acostumbrado a obedecerle militarmente, si el conde se arrojaba en alguna peligrosa aventura, él sabría sacarle de ella.

Después de dos horas de marcha, Franz y Rotzko se detuvieron para descansar un poco. En aquel sitio el Sil valaco, ligeramente inclinado hacia la derecha, se acercaba al camino, y por el otro

lado, sobre el macizo que formaba el Plesa, se veía la meseta de Orgall a una distancia de media milla, o sea cerca de una legua. Convenía pues abandonar la orilla del Sil, puesto que Franz quería atravesar la garganta de Vulcano para tomar la dirección del castillo.

Con el fin de evitar volver a pasar por Werst, aquel rodeo había alargado al doble la distancia que separaba el castillo de la aldea. Sin embargo, aún sería de día cuando Franz y Rotzko llegaran a la meseta, con lo que el conde tendría tiempo para observar la parte exterior del castillo; y esperando hasta la noche para volver por el camino de Werst, tendría la seguridad de no ser visto por nadie.

Proponíase Franz ir a pernoctar a Livadzet, pequeña población situada en la confluencia de los dos brazos del Sil, y volver a tomar al día siguiente el camino de Karlsburg.

El alto duró media hora. Franz absorto en sus recuerdos, muy agitado también por la idea de que el barón de Gortz ocultara su existencia en el fondo de aquel castillo, no pronunció una palabra. Preciso fue que Rotzko se dominara para no decirle:

—Es inútil ir más lejos; volvamos la espalda a ese maldito castillo.

Siguieron adelante por el valle internándose en una espesura que no cruzaba sendero alguno. Había cierto número de gargantas producidas por las lluvias que hacen desbordar al Sil

y correr sus aguas en tumultuosa corriente. Esto produjo dificultades y retardos en la marcha.

Empleóse una hora en ganar otra vez el camino de la garganta de Vulcano, que fue atravesado a las cinco. El lado derecho del Plesa no está erizado de aquellos bosques que Nic Deck no había podido atravesar sino abriéndose paso con el hacha; pero había dificultades de otra especie: montones de pedazos de roca, entre los cuales no se podía andar sin grandes precauciones, bruscos desniveles, hoyos profundos, bloques de base insegura erguidos sobre la confusión del amontonamiento de enormes piedras precipitadas por los aludes; en fin, un verdadero caos. Una hora larga fue precisa para remontar aquellos taludes a costa de penosos esfuerzos. Parecía en verdad, que el castillo de los Cárpatos hubiera podido defenderse con sólo lo escabroso del terreno. Rotzko creía que aún serían mayores los obstáculos y que no podrían ser vencidos, pero no hubo nada de esto.

En efecto, superada la zona pedregosa pudo llegarse fácilmente a la meseta. Desde allí dibujábase el castillo claramente en medio de aquella soledad, de la que después de tantos años alejaba el espanto a los habitantes de la comarca.

Conviene advertir que Franz y Rotzko iban a acercarse al castillo por su muralla lateral, que miraba al norte. Nic Deck y el doctor Patac habían llegado frente a la muralla del este; esto se debía a que habiendo avanzado por la izquierda del Plesa, habían dejado a la derecha el torrente del Nyad y el camino de la garganta. Los dos caminos forman, en efecto, un ángulo muy

obtuso, cuyo vértice venía a ser el torreón central. Por la parte norte hubiera sido imposible penetrar en el recinto, pues no solamente no había poterna ni puente levadizo, sino que además la muralla siguiendo las irregularidades del terreno, se elevaba por aquella parte a gran altura.

Poco importaba sin embargo que fuera imposible franquear por aquella parte la muralla, puesto que el conde no pensaba hacerlo.

Serían las siete y media cuando Franz de Télek y Rotzko se detuvieron en el extremo de la meseta de Orgall. Ante ellos se alzaba, en la sombra, la masa del castillo, cuyo tinte se confundía con el color de las rocas del Plesa. A la izquierda la muralla formaba un brusco recodo, flanqueado por el bastión angular. Allí, sobre la terraza y por encima del almenado parapeto, extendía el haya sus ramas retorcidas, que atestiguaban los violentos huracanes del sudoeste.

El pastor Frik no se había engañado, en verdad. De creer en la leyenda, sólo tres años le quedaban de existencia al viejo castillo de los barones de Gortz.

Franz, silencioso, contemplaba el aspecto de aquellas construcciones dominadas por el achulado torreón central. Allí dentro sin duda, bajo aquella masa confusa, había aún salas abovedadas largas y sonoras, extenso dédalo de galerías, y escondrijos en las entrañas del suelo, como los poseían las fortalezas de los antiguos magiares. Ninguna morada hubiera sido más a propósito para que el último descendiente de la

familia de Gortz se sepultase en un olvido cuyo secreto no podía conocer nadie. Cuanto más pensaba el conde en ello, más se aferraba a la idea de que Rodolfo de Gortz se había refugiado en la soledad del castillo de los Cárpatos.

Pero nada revelaba la presencia de gentes en el interior del torreón. Ni el más leve humo se escapaba de sus chimeneas ni el más pequeño ruido se oía a través de sus ventanas herméticamente cerradas. El silencio de la tenebrosa morada no era turbado ni por el canto de un pájaro.

Durante algunos momentos, Franz abarcó con la mirada aquel recinto, en otro tiempo lleno del ruido de las fiestas y del estrépito de las armas. Mas estaba su ánimo tan henchido de pensamientos abrumadores, y su corazón tan preñado de recuerdos, que permanecía en silencio.

Rotzko, que no quería turbar los dolorosos recuerdos del conde, permanecía a alguna distancia, sin permitirse interrumpirle ni con la menor observación. Oculto ya el sol tras el macizo del Plesa, y cuando el valle de los dos Sils comenzaba a llenarse de sombras, Rotzko no pudo menos de acercarse a su amo y decirle:

—Señor, ya es de noche. Pronto serán las ocho.

Franz pareció no oír.

—Ya es tiempo de partir, —insistió Rotzko— si queremos estar en Livadzet antes de que cierren las posadas.

—Sí, Rotzko, al momento, al momento vamos —respondió Franz.

—Necesitaremos más de una hora, señor, para volver al camino de la garganta; y como ya será noche cerrada, nadie nos verá al atravesarlo.

—Unos minutos aún, —respondió Franz— y bajaremos hacia la aldea.

El joven no se había movido del sitio en que se detuvo al llegar a la meseta.

—No olvidéis, señor, que en la oscuridad será difícil pasar por entre esas rocas. Nos ha costado mucho trabajo de día... Perdonadme si insisto; pero...

—Sí, partamos, Rotzko... Te sigo...

Parecía sin embargo que Franz estaba retenido por el castillo, tal vez por uno de esos secretos presentimientos de los que el corazón no puede darse cuenta. ¿Estaba sujeto al suelo, como el doctor en el foso al pie de la muralla? No. Sus pies estaban libres de toda traba, de todo entorpecimiento. De querer circunvalar la muralla, siguiendo el reborde de la contraescarpa, nada se lo hubiera impedido.

Pero, ¿acaso lo quería? Tal pensaba Rotzko, que por fin se decidió a decir por última vez:

—¿Venís, señor?

—Sí, sí —respondió Franz, pero quedó inmóvil.

Ya la meseta de Orgall estaba oscura; ya la alargada sombra de la pendiente, en dirección al sur, iba envolviendo el castillo, cuyos contornos sólo presentaban incierta silueta. Bien pronto dejaría de ser visible, a menos de que saliese alguna luz por las estrechas ventanas del torreón.

—Vamos, señor —dijo aún Rotzko.

Y ya se disponía Franz a seguirle cuando sobre la terraza del baluarte, donde se alzaba el haya legendaria, apareció una forma vaga. Franz se detuvo contemplando aquella forma, cuyo perfil se agrandaba poco a poco. Era una mujer con la cabellera suelta, las manos extendidas y envuelta en un amplio vestido blanco.

¿No era aquél el traje que la Stilla llevaba en la escena final de *Orlando*, cuando Franz de Télek la vio por última vez?

Sí. Era la Stilla, inmóvil, con los brazos extendidos hacia el conde, y fijando en él su penetrante mirada.

—¡Ella... ella! —exclamó el conde, y precipitándose hacia el foso, hubiera rodado hasta el pie de la muralla, de no haberle sujetado Rotzko.

Borróse bruscamente la aparición, después de haberse mostrado durante un minuto.

¡Poco importaba! Un segundo le hubiera bastado a Franz para reconocerla, y dejó escapar estas palabras:

— ¡Ella, ella! ¡Vive, vive!



XII

¿Era posible? La Stilla, a quien Franz de Télek no creyó ver más, acababa de aparecer en la terraza del castillo. ¿Acaso habría sido él juguete de una ilusión? ¡No; Rotzko la había visto también! Era, sí, la gran artista, con su traje de Angélica, tal como se había presentado al público en su última representación en el teatro San Carlos.

La espantosa verdad resplandecía ante el conde. ¿De modo que aquella mujer amada, la que iba a ser condesa de Télek, hallábase encerrada hacía cinco años en aquel castillo, en las montañas de Transilvania? ¡La mujer que él había visto caer muerta en escena, había resucitado! Es decir, que en tanto a él le conducían moribundo al hotel, a ella la habían raptado, llevándola al castillo de los Cárpatos. ¡Aquello que la gente siguió al camposanto Nuevo de Nápoles, no era más que un ataúd vacío!

Todo esto parecía increíble, absurdo, maravilloso, inverosímil; así se lo decía Franz de Télek... ¡Sí! pero detrás de ello había un hecho indubitable. ¡La Stilla se hallaba en poder del barón Rodolfo! ¡Vivía, sí, ella, ella era la que apareció allí, sobre la muralla! De eso tenía él la absoluta certeza.

De todo aquel desorden de ideas surgió para el conde una indudable: ¡arrancar a Rodolfo de Gortz la prisionera!

—Rotzko, —dijo Franz con ahogada voz— óyeme... compréndeme bien... porque parece que mi corazón se escapa...



– ¡Señor! ¡Querido señor!

– Es preciso que yo entre en el castillo esta misma noche,
¡cueste lo que cueste!

– No... Mañana...

– ¡Te digo que esta noche! ¡Está allí, ella... ella... me ha visto...
nos hemos visto! ¡Me espera, estoy seguro!

– ¡Bien, señor, os seguiré!

– ¡No! Iré solo...

– ¿Solo?

– ¡Sí!

– Mas ¿cómo vais a entrar, si Nic Deck no pudo?

– ¡Te digo que entraré!

– La poterna está cerrada.

– ¡Para mí no lo estará! ¡Buscaré algo... una brecha! ¡Pasaré, si,
pasaré!

– ¿No queréis que os acompañe, señor?

– No; nos separaremos... así me servirás mejor, créeme...

—¿Os esperaré aquí?

—No, Rotzko.

—¿Dónde pues?

—En Werst; es decir... no... en Werst no, pudieran esas gentes saber... Bajas a Vulcano... allí pasas la noche... Si por la mañana no he vuelto, sales de Vulcano... es decir, no, esperas algunas horas, después te vas a Karlsburg; allí avisas al jefe de policía... y es preciso asaltar el castillo... rescatarla... ¡Ah! ¡Ira de Dios! ¡Stilla en poder de Rodolfo de Gortz!

Rotzko comprendió la excitación del conde por aquellas frases entrecortadas; excitación creciente del hombre enloquecido.

—¡Anda... Rotzko! —exclamó una vez más.

—¿Así lo queréis?

—¡Lo quiero!

Rotzko vio que ante tan enérgico mandato sólo le tocaba obedecer. Franz en tanto se alejaba, y ya íbase borrando su figura en las sombras.

El fiel criado permaneció inmóvil, sin saber qué partido tomar. Comprendió que los esfuerzos de Franz serían inútiles, que no lograría penetrar en el castillo, ni aun siquiera franquear la muralla; que tendría que volverse a Vulcano al día siguiente...

quizás aquella misma noche. Los dos irían a Karlsburg y lo que no habían conseguido ni Patac ni Nic Deck, lo alcanzarían con el auxilio de la fuerza pública, que daría buena cuenta de Rodolfo de Gortz y le arrancaría a la infortunada Still. Lo registrarían todo, no quedaría una piedra sin mirar... ¡Así estuviesen allí juntos todos los demonios del infierno!

Y así pensando, Rotzko descendió por las pendientes de la meseta de Orgall, para tomar el camino del desfiladero de Vulcano.

Franz entretanto, bordeando la contraescarpa, había dado la vuelta al baluarte del ángulo izquierdo de la fortaleza.

Mil pensamientos cruzaban por su cerebro. Ahora era indudable que en el castillo estaba Rodolfo, puesto que estaba allí secuestrada la Still... ¡No podía ser otro! ¡La Still vivía! ¿Y cómo iba a hacer para llegar hasta ella? ¿Cómo podría rescatarla? No sabía; pero aquello tenía que ser, y sería... Los obstáculos que no pudo vencer Nic Deck, él los vencería.

No era la curiosidad lo que le lanzaba en medio de aquellas ruinas. Era la pasión; era el amor profundo que hacia aquella mujer experimentaba. ¡Sí! ¡Aquella mujer que estaba viva! ¡Sí! ¡Viva, cuando él la creía muerta! ¡Él la arrancaría de manos de su raptor!

Sin duda Franz se dijo que solamente podría haber acceso al interior del castillo por la muralla del sur, donde estaba la poterna, cerrada por el puente levadizo. Así pues,

comprendiendo que le hubiera sido imposible escalar las altas murallas, avanzó por la meseta de Orgall, después que hubo rodeado el ángulo del bastión.

En pleno día no hubiera ofrecido esto grandes dificultades. Mas en plena noche (aún no había salido la luna), una noche cerrada por esas brumas que se condensan en las montañas, la empresa era muy arriesgada. A los peligros de un mal paso y de una caída hasta el fondo del foso, uníase el de tropezar con las rocas, provocando acaso su derrumbamiento.

Sin embargo Franz iba siempre atajando lo más que podía los zigzags de la contraescarpa y tanteando el terreno con manos y pies a fin de asegurarse que no se desviaba de su camino. Sostenido por una fuerza sobrehumana, sentíase además guiado por un instinto que no le podía engañar.

Al otro lado del bastión se extendía la muralla del sur, a la que el puente levadizo permitía llegar, cuando no estaba subido contra la poterna.

A partir de este bastión multiplicáronse los obstáculos. Entre las enormes rocas que erizaban la meseta, no era posible seguir la contraescarpa. No había más remedio que rodear. Figúrese un hombre procurando orientarse en medio de un campo de Karnac, cuya multitud de monumentos estuviera desordenada completamente. Ni un sendero por donde dirigirse, ni una luz en la oscura noche que lo envolvía todo, hasta el torreón central.

Franz avanzaba sin embargo, aquí, izándose sobre un bloque que le cerraba todo camino; allá gateando por entre las rocas; las manos desgarradas por los cardos y ortigas, la cabeza golpeada por bandadas de quebrantahuesos turbados en sus agujeros y que lanzaban su horrible grito de carraca.

¡Oh! ¿Por qué la campana de la vieja capilla no sonaba entonces como había sonado para Nic Deck y el doctor? ¿Por qué aquella luz intensa que les había envuelto, no se encendía entre las almenas del castillo? Él hubiera marchado hacia aquel sonido, él hubiera marchado hacia aquella luz, como el marino al oír los silbidos de una sirena de alarma, marcha hacia los resplandores de un faro.

No. Solamente una noche cerrada limitaba sus miradas a algunos pasos.

Esta situación duró cerca de una hora. En la inclinación del suelo, a su izquierda, Franz comprendió que se había extraviado. ¿Había tal vez descendido más abajo de la poterna? ¿Había tal vez avanzado más allá del puente levadizo?

Se detuvo, golpeando el suelo con el pie y retorciéndose las manos. ¿A qué lado debía dirigirse? ¡Ah!, ¡qué desesperación le entró al pensar que se vería obligado a esperar el día! Y entonces sería visto por las gentes del castillo. ¡No podría sorprenderlos! Rodolfo de Gortz estaría en guardia.

Aquella noche, aquella misma noche quería entrar; pero así no conseguiría orientarse en medio de las tinieblas. De su pecho, salió un grito de desesperación.

— ¡Stilla! ¡Stilla mía!

¿Pensaba acaso que la prisionera le esperaba? ¿Qué pudiera responderle? Y sin embargo, veinte veces gritó aquel nombre, que le devolvieron los ecos del Plesa. De repente los ojos de Franz vieron una luz que atravesaba las sombras; una luz vivísima, cuyo foco debía estar colocado a cierta altura.

— ¡Allí, allí está el castillo! —se dijo.

Y en efecto, por la posición del rayo de luz, no podía venir sino del torreón central.

Dada su excitación, Franz no vaciló en creer que era Stilla la que habla encendido aquella luz. No había duda; ella le había reconocido en el momento en que él la veía entre las almenas de la muralla. Y ella misma le hacía aquella señal, con el fin de indicarle el camino que tenía que seguir para llegar a la poterna.

Franz se dirigió hacia la luz, cuyo resplandor aumentaba a cada paso que daba el conde. Como éste se había desviado hacia la izquierda de la meseta, tuvo que dar unos veinte pasos a la derecha, y después de algunos tanteos, encontró el reborde de la contraescarpa. La luz brillaba frente a él, y su altura probaba bien que venía de una de las ventanas del torreón.



Franz iba pues a encontrarse frente a los últimos obstáculos, acaso insuperables.

En efecto; puesto que la poterna estaba cerrada y alzado el puente, levadizo, sería preciso que se deslizase hasta el pie de la muralla. ¿Y qué haría delante de ésta, de una altura de cincuenta pies?

Franz avanzó hacia el sitio en que se apoyaba el puente levadizo. De repente abrióse la poterna... Cayó el puente... Sin detenerse a reflexionar lanzóse sobre aquél y puso la mano sobre la puerta. Abrióse ésta. Precipitóse el joven bajo la obscura bóveda, y apenas hubo dado algunos pasos, el puente levadizo se alzó con estrépito.

El conde Franz de Télek estaba prisionero en el misterioso y extraño castillo de los Cárpatos.

XIII

La gente de la comarca y los viajeros que suben o bajan por la garganta de Vulcano no conocen más que el aspecto exterior del castillo de los Cárpatos. A la respetuosa distancia en que el temor detenía a los más valientes aldeanos de Werst y de las cercanías, sólo ofrece a la vista un enorme montón de piedras que se pueden tomar por ruinas.

Mas en su interior, ¿estaba el castillo tan desmantelado como era de suponerse? No. Y al abrigo de sus sólidos muros, en las construcciones que quedaban intactas, la vieja fortaleza feudal aún podía alojar toda una guarnición.

Amplias salas abovedadas, cuevas profundas, múltiples corredores, patios cuyo piso desaparecía bajo las altas hierbas, extensos subterráneos, a los que no llegaba nunca, la luz del día, estrechas escaleras, abiertas en los espesos muros, casamatas alumbradas por las troneras de la muralla, y un torreón central de tres pisos, con departamentos habitables, coronado de almenada plataforma, todo rodeado de un laberinto de galerías que subían a la terraza de los baluartes y bajaban hasta los cimientos. Aquí y allá algunas cisternas donde se recogían las aguas pluviales, cuyo sobrante corría al torrente del Nyad. Largos túneles, en fin, no obstruidos como se suponía, sino que daban acceso al camino de la garganta de Vulcano. Tal era el conjunto del castillo de los Cárpatos, cuyo plano arquitectónico ofrecía un trazo tan complicado como los laberintos de Porsena, Lemnos o Creta.



Así como la pasión hacia la hija de Minos atrajo a Teseo, así la pasión más intensa e irresistible atraía al conde por entre los infinitos obstáculos del castillo. Pero, ¿encontraría el hilo de Ariadna, que guiaba al héroe griego?

Franz no había tenido más que un pensamiento: penetrar en aquel recinto, y en él estaba. Acaso debía de haberse hecho esta reflexión: ¿por ventura el puente levadizo, levantado hasta aquel día, había sido echado expresamente para que él pasase? ¿No debía causarle inquietud el que la poterna se hubiese vuelto a cerrar tras él? En nada de esto pensaba. Al fin estaba en el castillo donde Rodolfo de Gortz retenía a la Stilla, y sacrificaría su vida por llegar hasta ella.

La galería en la que Franz se había lanzado era ancha, y de alta y aplanada bóveda. La completa oscuridad que en ella reinaba, y su desigual enlosado, no permitían andar con pie ligero y seguro. Franz se aproximó a la pared de la izquierda y la siguió, apoyándose en la excreción salitrosa que se desmoronaba bajo su mano. No se oía más ruido que el de los pasos del joven, que producían ligeras resonancias. Una corriente de aire tibio con ese olor particular de los sitios deshabitados desde hace mucho tiempo le dio en la espalda, cual si fuera atraída por el otro lado de la galería.

Después de haber pasado un pilar de piedra que formaba el ángulo izquierdo, Franz se encontró en la entrada de otro corredor más estrecho. Con sólo abrir los brazos se tocaban los muros. Así fue avanzando, el cuerpo inclinado, tanteando con

pies y manos, y tratando de reconocer si aquella galería seguía una dirección rectilínea.

Después de haber dado la vuelta al pilar del ángulo y haber avanzado unos doscientos pasos, comprendió Franz que la galería torcía hacia la izquierda, para tomar, cincuenta pasos más allá, una dirección completamente contraria. Aquel pasadizo, ¿volvía hacia la muralla del castillo, o conducía al pie del torreón? Franz trató de apresurar su marcha; pero a cada instante se veía precisado a detenerse, ya por tropezar con algún obstáculo, ya por encontrarse con un ángulo brusco que modificaba su dirección. De vez en cuando hallaba galerías laterales; mas todo aquello estaba oscuro, insondable, y en vano trataba el joven de orientarse en aquel laberinto, verdadero trabajo de topos. Muchas veces tuvo que desandar lo andado, y su mayor temor consistía en que hubiese alguna trampa mal cerrada que cediese bajo sus pies, precipitándole al fondo de una mazmorra de la que le fuese imposible salir. Así es que si pisaba alguna superficie que sonaba a hueco se aferraba a los muros, pero avanzando siempre, con un afán que no le dejaba reflexionar.

Sin embargo, puesto que hasta entonces Franz no había subido ni bajado, indudablemente se debía a que se encontraba aún al nivel de los patios interiores, distribuidos entre las diversas edificaciones, y era posible que aquel corredor terminase en el torreón central, en el arranque mismo de la escalera.

Indudablemente debía existir un medio de comunicación más directo entre la poterna y las edificaciones. En efecto, en los

tiempos en que la familia de Gortz habitaba el castillo no era necesario internarse por aquellos pasadizos; una segunda puerta frente a la poterna, y al fin de la primera galería, daba entrada a la plaza de armas en medio de la cual se alzaba el torreón; mas ahora estaba condenada, y ni aun pudo sospecharla Franz.

Después de una hora, el conde iba ya al azar, escuchando atentamente por si oía algún ruido lejano, y sin atreverse a gritar el nombre amado, que los ecos hubieran podido llevar hasta el torreón. No se desanimaba sin embargo, caminaría hasta que le faltasen las fuerzas, hasta que un infranqueable obstáculo le obligase a detenerse.

No obstante, y sin que se diese cuenta de ello, Franz estaba extenuado. No había comido nada desde su salida de Werst; sentía hambre y sed. Su paso era incierto, sus piernas flaqueaban, en aquel aire húmedo y tibio que atravesaba su ropa, su respiración era anhelante, su corazón latía precipitadamente.

Serían las nueve cuando Franz, al adelantar el pie izquierdo no encontró más que el vacío; agachóse y su mano tocó un escalón, después otro, que descendían. Aquella escalera bajaba a los sótanos, ¿y acaso tenía salida? Franz sin embargo no dudo en bajar por ella, contando los escalones, que descendían en dirección oblicua, al corredor. Así bajó setenta y siete, hasta el nivel otro pasadizo que se perdía en múltiples e incomprendibles revueltas.

Anduvo media hora, y acababa de detenerse exánime por la fatiga, cuando a algunos centenares de pasos delante de él apareció un punto luminoso.

¿De dónde provenía aquella luz? ¿Era acaso algún fenómeno natural? ¿El hidrógeno de un fuego fatuo en aquella profundidad? ¿O tal vez una linterna, llevada por alguno de los habitantes del castillo?

—¿Será ella? —murmuró Franz, recordando que cuando él se había perdido entre las rocas había aparecido otra luz, como indicándole la entrada día del castillo. Y si era la Stilla la que le había mostrado desde el torreón aquella luz, ¿no podía ser también ella la que con igual medio pretendía guiarle ahora por aquel subterráneo laberinto? Apenas dueño de sí, Franz se encorvó y miró sin moverse.

Una claridad difusa, más bien que punto luminoso, parecía llenar una especie de hipogeo a la extremidad del pasadizo.

Apresurar su marcha casi arrastrándose, porque sus piernas apenas podían sostenerle, fue lo que hizo; y después de haber pasado por una estrecha abertura, se encontró en una cripta.

Hallábase ésta en buen estado de conservación.

Su altura venía a ser de unos doce pies; y estaba trazada en forma circular con un diámetro poco más o menos igual. Las nervaduras de la bóveda, que arrancaban de los capitales de ocho ventrudos pilares, se reunían en un garfio del que pendía un foco que despedía una luz amarillenta. Frente a la puerta

abierta entre los dos pilares, había otra, cerrada entonces, cuyos gruesos clavos, de enmohecidas cabezas indicaban el sitio de los cerrojos.

Franz se arrastró hasta aquella segunda puerta, procurando abrir las. Fueron inútiles sus esfuerzos.

En la cripta había algunos viejos muebles. Aquí una cama, o más bien un camastro de encina, sobre el cual había ropa de cama; allá un escabel de torcidos pies, y una mesa sujetada al muro con clavos; y en ella varios utensilios, entre ellos una vasija con agua, un plato contenido caza fiambre y un pedazo de pan semejante a galleta. En un rincón murmuraba una especie de fuentecilla alimentada por un hilito de agua, que salía por un agujero hecho en la base de uno de los pilares.

Todo aquello, ¿no indicaba que allí se esperaba a alguien, fuese huésped o prisionero? ¿Era Franz de Télek el prisionero atraído astutamente al castillo?

En medio de aquella confusión de ideas, no pensó en esto el conde. Rendido de cansancio y desfallecido, arrojóse sobre los alimentos y apagó su sed con el contenido de la vasija; después dejóse caer sobre el camastro, con la intención de recuperar sus perdidas fuerzas.

Cuando trató de coordinar sus pensamientos, le pareció que escapaba su razón, cual agua que tratase de coger con la mano.

¿Debía esperar el nuevo día para continuar sus pesquisas? ¿Tan débil se hallaba su voluntad que no era dueño de sus actos?

—¡No, —se dijo— no esperaré! Al torreón, ¡es preciso que llegue al torreón esta misma noche!

De pronto la luz se extinguió, y quedó la cripta sumergida en las tinieblas.

Quiso Franz levantarse y ya no pudo, su pensamiento se adormeció; se detuvo bruscamente como las agujas de un reloj roto. Aquel sueño que tuvo fue un sueño extraño, o más bien un abrumador letargo, un anonadamiento del ser, que no provenía del espíritu.

Cuánto duró este letargo fue lo que no pudo saber Franz al despertar; su reloj se había parado. De nuevo la cripta se hallaba iluminada con luz artificial.

Franz se lanzó fuera del lecho y dio algunos pasos hacia la primera puerta que seguía abierta; luego fue hacia la segunda, que seguía cerrada.

Procuró darse cuenta de todo aquello y reflexionar; mas no hizo esto sin trabajo: que si su cuerpo se había repuesto, en cambio su cerebro parecía vacío y pesadísimo.

—¿Cuánto tiempo habré dormido? —Se preguntó—, ¿será de día o de noche?

En la cripta todo estaba igual, excepto la luz encendida otra vez, los alimentos renovados y la vasija llena de agua clara.



Alguien había entrado mientras sufría su horrible letargo. ¿Quién sabía que él estaba en aquellas profundidades? ¿Era también prisionero del barón de Gortz?

Pero esto era absurdo. Huiría, puesto que podía hacerlo, encontraría la galería por donde entró, y ya en la poterna saldría del castillo.

¿Salir? Y entonces recordó que la poterna se cerró tras él.

Bien; ya buscaría el medio de llegar al muro, y por una brecha de la muralla se deslizaría... Era preciso que saliese de allí a cualquier precio, antes de una hora.

¿Pero iba a renunciar a ver a Stilla? ¿Se iría de allí sin llevársela?

Sí. Y lo que él no pudiese hacer solo, lo haría con los agentes que Rotzko llevaría de Karlsburg y de Werst. Se daría un asalto al castillo, y todo se registraría, desde los cimientos hasta las chimeneas.

Y en seguida decidió poner en práctica su resolución.

Se dirigía al corredor por donde había llegado, cuando una especie de susurro se produjo detrás de la segunda puerta; contuvo la respiración...

Los pasos parecían sonar a intervalos regulares, como si subiesen o bajaran escalones. Era pues indudable que allí había otra escalera que ponía en comunicación la cripta con los patios interiores del castillo.

Franz procuró apercibirse. Desenvainó el cuchillo que llevaba a la cintura, y lo empuñó con fuerza.

Si por casualidad el que entraba era un criado del barón, se arrojaría sobre él, le arrancaría las llaves y le dejaría fuera de combate para que no le siguiera después; y lanzándose por la nueva salida, intentaría llegar al torreón.

Si entraba el mismo barón, le reconocería en el acto, aunque sólo lo había visto una vez, la noche de la supuesta muerte de Stillá. Si era el barón de Gortz, le mataría sin piedad.

Los pasos se habían detenido en el rellano, junto a la puerta.

Franz, sin moverse, esperaba que la puerta se abriese. Pero no se abrió. Un instante después una voz de dulzura infinita llegó a sus oídos.

¡La voz de la Stillá! ¡Sí, sí! Un poco apagada tal vez, pero la misma; no había perdido sus deliciosos encantos, sus modulaciones acariciadoras, sí, sí, ¡aquella voz salía de la garganta maravillosa que parecía haber muerto con la artista!

Y la Stillá repetía la sentida melodía. ¡Aquel suavísimo canto, que oyó entre sueños en la hostería de Jonás!

*Nel giardino d' mille fiori
¡Andiamo, mio cuore!*

Aquella deliciosa música penetraba en las profundidades de su alma. La aspiraba, la bebía como un delicioso licor, en tanto que la Stillá, como invitándole a seguirla, repetía:

¡Andiamo, mio, cuore, andiamo!

¡Y la puerta no se abría para dejarle paso! ¡No podía llegar hasta ella, estrecharla entre sus brazos, llevársela fuera del castillo!

— ¡Stilla mía! ¡Stilla mía! — exclamaba

Y se arrojó sobre la puerta, que resistió a su desesperado esfuerzo.

Parecía irse apagando la voz... alejándose los pasos.

Franz, arrodillado, trataba de mover la puerta, y se desgarraba las manos con los herrajes; llamaba con voz desesperada a la Stilla, cuyo canto comenzaba a perderse a lo lejos.

Entonces una idea cruzó por su mente como un relámpago.

— ¡Loca! — Exclamó — ¡Está loca! ¡No me ha reconocido! ¡Está loca, sí! ¡No me ha respondido! ¡Encerrada aquí, hace cinco años, en poder de ese hombre! ¡Pobre Stilla mía! ¡Loca, loca!

Franz se levantó con los ojos extraviados, el ademán descompuesto, la cabeza como un volcán.

— ¡Yo también! Sí... Mi razón se escapa, se va, sí... ¡Loco, loco como ella! — repetía.

Iba y venía por la cripta, con aires de fiera enjaulada.

— ¡No, no! — Dijo — ¡Que no me vuelva loco! Necesito salir de aquí... y saldré.

Y se lanzó sobre la puerta.

Pero ésta acababa de cerrarse silenciosamente.

Franz no lo había notado escuchando la voz de Stilla.

Ya no estaba prisionero en el castillo únicamente; estaba prisionero en la cripta también.



XIV

Franz quedó aterrado. Sus temores respecto a la pérdida de sus facultades intelectuales para apreciar la situación amenazaban convertirse en realidad. El único pensamiento que persistía en él era el recuerdo de la Stilla, la impresión de aquel canto que acababa de oír, y que ya no repercutían los ecos de la sombría cripta.

¿Había pues sido un juguete de una ilusión? No, y mil veces no. Era la Stilla a quien acababa de oír, y a la Stilla era a quien había visto sobre el baluarte del castillo.

Entonces volvió a él la idea de que estaba loca, y aquel horrible golpe le hirió como si acabara de perderla por segunda vez.

— ¡Sí! ¡Loca, loca — repetía — puesto que no ha reconocido mi voz ni me ha respondido!

¡Y todo era tan inverosímil! ¡Ah! ¡Si él pudiese arrancarla de aquel castillo y llevársela al de Krajowa! ¡Consagrarse por entero a ella! Entonces sus cuidados y su amor le devolverían la razón.

He aquí lo que Franz se decía en su espantoso delirio... Muchas horas transcurrieron antes de que volviera a tomar posesión de sí mismo. Entonces trató de razonar con calma, y hacer luz de aquel caos que envolvía su pensamiento.

Preciso es que huya de aquí — se dijo — ¿Cómo?

Cuando vuelvan a abrir esa puerta. Sí... ¿No es durante mi sueño cuando vienen a renovar las provisiones? Pues bien, esperaré, fingiré dormir.

Franz de Télek concibió entonces una sospecha. El agua de la vasija debía contener alguna substancia soporífera. Aquel pesado sueño, el completo aniquilamiento que había sentido después de haber bebido aquella agua... Pues bien, ya no la bebería, ni tampoco tocaría los alimentos que habían colocado sobre la mesa. No tardarían en entrar, y entonces...

Entonces, ¿quién sabía? ¿Subía el sol hacia el cenit en aquel momento, o bajaba hacia el horizonte?

¿Era de día o de noche? Se puso a escuchar para sorprender el ruido de alguna pisada que se aproximara a una y otra puerta. Mas ningún ruido llegaba hasta él, y fue agarrándose a lo largo de las paredes de la cripta con la cabeza ardiente, la mirada extraviada, el ruido de la sangre martilleando sus sienes, la respiración anhelante en medio de aquella atmósfera viciada, y que apenas se renovaba por las junturas de las puertas...

De pronto, al pasar por uno de los ángulos de la derecha, sintió en la cara un soplo de aire fresco.

¿Qué abertura era aquélla, por la que entraba un poco de aire del exterior?

¡Sí! Allí había un hueco que no había visto debido a las sombras del pilar...



Franz en un instante se deslizó hacia donde venia la claridad de lo alto. Era un patio pequeño, de unos cinco o seis pies de ancho, y cuyas murallas se elevaban unos cien pies. Parecía el fondo de un pozo que servía de patio interior a aquella celda subterránea, y por el que entraba un poco de aire y claridad.

Franz vio que era de día. En lo alto del pozo se dibujaba un ángulo de luz oblicuamente proyectado al nivel del brocal. El sol debía hallarse cerca del final de su carrera, porque aquel ángulo luminoso tendía a estrecharse. Debían ser las cinco de la tarde.

De aquí sacó la consecuencia de que su sueño debió prolongarse muchas horas, y no dudó que había sido provocado por una bebida soporífera. Ahora bien; como él y Rotzko habían salido de la aldea de Werst la antevíspera, 11 de junio, el día que estaba transcurriendo era el 13.

Aunque aquel aire era húmedo, Franz lo aspiró con delicia, y se sintió un poco aliviado; pero pronto se desengaño de las posibilidades de una evasión por aquel tubo de piedra. Izarse a lo largo de aquellas paredes que no presentaban saliente alguno, era impracticable. Franz volvió al interior de la cripta; puesto que no podía huir más que por alguna de las dos puertas, quiso reconocerlas. La primera, o sea por la que entró en la cripta, era muy sólida y de gran espesor; además debía estar asegurada exteriormente por fuertes cerrojos, era pues inútil tratar de forzarla. La segunda, o sea aquella por la que se había oído la voz de la Stilla, parecía en peor estado, pues los

tableros estaban podridos por algunas partes; no era pues imposible abrirse paso por aquel lado.

—¡Sí... por aquí, por aquí! —se dijo Franz, que había recobrado su sangre fría.

No había tiempo que perder, porque era probable que entrasen en la cripta en cuanto le supusieran bajo la influencia del narcótico. El trabajo marchó más aprisa de lo que se podía esperar. El moho había carcomido la madera alrededor del herraje de los cerrojos. Con su cuchillo consiguió Franz quitar la parte circular, trabajando casi sin ruido, deteniéndose de cuando en cuando para prestar atención, a fin de asegurarse que no se oiría nada desde afuera. Tres horas después los cerrojos estaban quitados y la puerta se abría. Franz volvió al fondo del patio para respirar un aire menos viciado. En aquel momento, el ángulo luminoso no se dibujaba ya en el brocal del pozo, lo que probaba que el sol había traspuerto el Retyezat. El patio estaba en la más completa oscuridad. Algunas estrellas brillaban en el óvalo del brocal, y parecían verse por el tubo de un telescopio. Algunas nubecillas pasaban lentamente, empujadas por la brisa nocturna, y el aspecto del cielo indicaba la presencia de la luna.

Serían cerca de las nueve. Franz entró en la cripta otra vez. Tomó un poco de alimento, y apagó su sed en el agua de la pila, después de haber vertido la de la vasija. Púsose el cuchillo al cinto, franqueó la puerta y la cerró tras de sí. Acaso ahora iba a encontrar a la desgraciada Stilla por aquellas galerías subterráneas. A esta idea, su corazón latía, precipitadamente.

En cuanto dio algunos pasos, tropezó con un escalón. Como lo había pensado, allí empezaba una escalera. Subió contando los escalones. Había sesenta, en vez de setenta y siete que tuvo que bajar para llegar a la cripta. De forma que le faltaban unos ocho pies para encontrarse al nivel del suelo.

Siguió por el oscuro corredor, tanteando las paredes. Pasó media hora sin que viera detenido ni por una puerta, ni por una reja; pero numerosos recodos le habían impedido reconocer su posición con relación a la muralla que estaba frente a la meseta de Orgall.

Después de un breve descanso para tomar aliento, Franz continuó. Aquel corredor parecía interminable. De pronto detuvole un obstáculo: una pared de ladrillo; tanteó por diversos sitios y no encontró abertura alguna. Por aquella parte no había pues salida. No pudo contener una exclamación. Todas las esperanzas que había concebido se destrozaban ante aquel obstáculo. Sus piernas flaquearon, y se dejó hacer al suelo junto a la pared. Más he aquí que al nivel del suelo la pared presentaba una zona medio destruida cuyos ladrillos podían arrancarse.

— ¡Por aquí! ¡Por aquí! — exclamó Franz.

Y comenzó a quitar los ladrillos uno a uno. En esos momentos se dejó oír al otro lado un ruido metálico... Franz miró. Aquella era la antigua capilla del castillo, reducida por el tiempo y el abandono a un estado ruinoso. Una bóveda medio deteriorada, algunos de cuyos arcos aún se conservaban, arrancando de los grandes pilares; dos o tres arcos de estilo ojival amenazando

ruina, ventanas de estilo gótico medio destruidas... Aquí y allá mármoles llenos de polvo, bajo los que dormía algún antepasado de los señores de Gortz. En el fondo un fragmento de altar, cuyo retablo mostraba aún las esculturas estropeadas... Un resto del artesonado cubriendo el ábside, acaso destruido por los huracanes; y por último, en la entrada del pórtico de la campana, de la que pendía una cuerda hasta el suelo; aquella campana que sonaba algunas veces, produciendo indecible espanto en las gentes de Werst, retrasadas en su marcha por la garganta de Vulcano.

En aquella capilla, desierta hacía tanto tiempo y expuesta a las inclemencias del tiempo, acababa de entrar un hombre. Llevaba en la mano un farol, cuya luz le daba en pleno rostro... Era Orfanik, el excéntrico que acompañaba siempre al barón en sus peregrinaciones por Italia; aquel ente original que gesticulaba y hablaba solo por las calles, aquel sabio ignorado, aquel inventor siempre en persecución de alguna quimera, y que sin duda ponía sus invenciones al servicio de Rodolfo de Gortz.

Si Franz había conservado alguna duda acerca de la presencia del barón en el castillo de los Cárpatos, aun después de la aparición de la Stilla, aquella duda se cambió en certeza, a la vista de Orfanik.

¿Qué iba a hacer aquel hombre en la ruinosa capilla, a aquella hora de la noche? Franz trató de enterarse, y he aquí lo que vio distintamente.

Orfanik encorvóse y levantó varios cilindros de hierro unidos por un alambre, que se desenrollaba desde una bobina

depositada en un rincón de la capilla. Era tal la atención que ponía aquel hombre en su trabajo, que aunque se hubiera aproximado el conde, no lo hubiera notado.

¡Ah! Si el hueco que Franz había empezado a hacer hubiese tenido el suficiente tamaño para dejarle paso, hubiera entrado en la capilla, precipitándose sobre Orfanik, y obligándole a que lo condujera al torreón.

Mas tal vez era una suerte no poderlo hacer, porque aun en el caso de un feliz resultado de su tentativa, sin duda el barón de Gortz le hubiera hecho pagar con la vida los secretos que acababa de descubrir.

Algunos momentos después de la entrada de Orfanik, penetró otro hombre en la capilla. Era el barón de Gortz. La inolvidable fisonomía de aquel personaje no había cambiado; parecía no haber pasado un día por él. Era el mismo, con su cara pálida y larga, que el farol alumbraba por completo, su cabello largo y gris echado hacia atrás, su mirada que centelleaba en sus hundidos ojos...

Rodolfo de Gortz se aproximó para examinar el trabajo de Orfanik. Y he aquí lo que en tono breve hablaron ambos.

XV

—¿El dispositivo de la capilla está concluido, Orfanik?

—Ahora mismo lo he acabado.

—¿Está preparado todo en las casamatas de los baluartes?

—Todo.

—¿Están ahora los baluartes y la capilla en comunicación directa con el torreón?

—Lo están.

—¿Y después que el aparato haya lanzado la corriente, tendremos tiempo de huir?

—Lo tendremos.

—¿Has examinado si está libre el túnel que desemboca en la garganta de Vulcano?

—Está libre.

Hubo entonces algunos instantes de silencio, mientras Orfanik, después de haber vuelto a agarrar el farol, proyectaba la claridad hacia el fondo de la capilla.

—¡Ah, mi viejo castillo! —Exclamó el barón— ¡Les costará caro a los que quieran forzar tu recinto!

Y Rodolfo de Gortz pronunció estas palabras en tono que hizo temblar al conde.

—¿Habéis oido lo que se decía en Werst? —preguntó Orfanik.

—Hace cincuenta minutos el hilo me ha traído las conversaciones que se tenían en la posada del Rey Matías.

—¿El ataque está dispuesto para esta noche?

—No; debe ser efectuado al amanecer.

—¿Desde cuándo ha regresado Rotzko a Werst?

—Desde hace dos horas, con dos agentes de policía que ha traído de Karlsburg.

—Pues bien; puesto que no se puede defender el castillo —repitió el barón de Gortz—, ¡al menos aplastará en sus ruinas a ese Franz de Télek y a todos lo que en su busca vengan!

Después de algunos momentos:

—¿Y ese hilo, Orfanik —prosiguió—, no será posible saber jamás que estableció comunicación entre el castillo y el pueblo de Werst?

—Lo destruiré, y no se sabrá.

Es llegado el momento de dar una explicación de ciertos fenómenos que se han producido en el curso de este relato, y cuyo origen no debe tardar más en ser revelado.

En esa época —haremos notar muy particularmente que esta historia pasa en uno de los últimos años del siglo XIX—, el empleo de la electricidad, con justo título considerada como el espíritu del siglo, había alcanzado sus últimos perfeccionamientos. El ilustre Edison y sus discípulos habían alcanzado el más completo éxito.

Entre otros aparatos eléctricos, el teléfono funcionaba entonces con una precisión tan maravillosa, que los sonidos recogidos en las placas llegaban libremente al oído, sin necesidad de auricular. Lo que se decía, lo que se cantaba, hasta lo que se murmuraba, se podía oír, cualquiera que fuese la distancia, y dos personas separadas por miles de leguas hablaban como si estuvieran sentadas enfrente una de otra.

Desde hacía ya bastantes años, Orfanik, el inseparable del barón Rodolfo de Gortz, era, en lo que se refiere al uso práctico de la electricidad, un inventor de primer orden. Pero como se sabe, sus admirables descubrimientos no habían sido acogidos como merecían serlo. Los sabios no habían querido ver nunca más que un loco, donde había un hombre de genio. De aquí el irreductible odio que el inventor desconocido y rechazado había jurado a sus semejantes.

En estas circunstancias, el barón de Gortz encontró a Orfanik hundido en la miseria. Le animó en sus trabajos, le ayudó pecuniariamente, y finalmente se unió a él con la condición de que el sabio le reservara el beneficio de sus invenciones, de las que solo él se aprovecharía.

En resumen: estos dos personajes, originales y maniacos cada uno en su aspecto, habían nacido para entenderse.

Así es que desde su encuentro jamás se separaron, ni aun cuando el barón de Gortz seguía a la Stilla por todas las ciudades de Italia.

En tanto que el melómano se extasiaba en el canto de la incomparable artista, Orfanik se ocupaba en completar los descubrimientos, relacionados con la electricidad, que habían sido hechos durante los últimos años, en perfeccionar sus aplicaciones y en producir los más extraordinarios efectos.

Después de los incidentes que terminaron la carrera dramática de la Stilla, el barón de Gortz desapareció, sin que se pudiera saber lo que había sido de él. Abandonando Nápoles había venido a refugiarse en el castillo de los Cárpatos, acompañado de Orfanik, que no dudó un momento en encerrarse con él.

Cuando tomó la resolución de ocultar su existencia en el fondo de este castillo, la intención del barón de Gortz era que ningún habitante del país sospechase su regreso, y que nadie intentase visitarle. Y no hay que olvidar que Orfanik y él tenían el medio de asegurar adecuadamente el abastecimiento del castillo. En efecto; existía una comunicación secreta con el camino de Vulcano, y por este camino un hombre seguro, un antiguo servidor del barón al que nadie conocía, introducía en épocas determinadas todo cuanto era necesario para la vida del barón Rodolfo y de su compañero.

En realidad lo que quedaba del castillo, y particularmente el torreón central, estaba menos desmantelado de lo que se creía y hasta más habitable de lo que exigían las necesidades de sus habitantes. Así provisto de cuanto necesitaba para sus experiencias, Orfanik pudo dedicarse a esos prodigiosos trabajos cuyas bases encontraba en la física y la química.

Y entonces tuvo la idea de utilizarlos para alejar a los importunos.

El barón de Gortz acogió prontamente la proposición, y Orfanik instaló una maquinaria especial destinada a sembrar el espanto en el país, produciendo fenómenos que no podían atribuirse más que a una intervención diabólica.

Pero, en primer lugar, importaba al barón de Gortz estar al corriente de lo que se decía en la aldea lo más exactamente posible. ¿Tenía algún medio de oír lo que hablasen las gentes sin que éstas pudiesen sospecharlo? Sí. Llegando a establecer una comunicación telefónica entre el castillo y el salón de la posada del Rey Matías, donde los notables de Werst tenían la costumbre de reunirse todas las noches.

Esto lo consiguió Orfanik por un procedimiento muy sencillo. Un hilo de cobre, revestido de su cubierta aisladora y cuyo extremo subía al primer piso del torreón, fue desarrollado bajo las aguas del Nyad hasta la aldea de Werst. Efectuado este primer trabajo, Orfanik, fingiendo ser un turista, fue a pasar una noche a la posada del Rey Matías, a fin de llevar este hilo hasta el salón.

Consiguió, en efecto, llevar la extremidad tendida en el cauce del torrente a lo alto de aquella ventana de la fachada posterior, que no se abría jamás. Después, colocando un aparato telefónico, que ocultaba lo espeso del follaje, conectó el hilo. Este aparato estaba maravillosamente situado, tanto para transmitir como para recoger los sonidos, por lo cual el barón de Gortz podía oír todo lo que le interesaba.

Durante los primeros años, nada turbó la tranquilidad del castillo. La mala reputación que tenía bastaba para alejar de él a los habitantes de Werst. Además, se le creía abandonado. Pero un día, en la época en que esta historia empieza, el anteojito comprado por el pastor Frik permitió ver el humo que se escapaba por una de las chimeneas del torreón, y desde este momento empezaron los sabrosos comentarios.

Entonces fue útil la comunicación telefónica, puesto que merced a ella, el barón de Gortz y Orfanik iban a estar al corriente de lo que pasaba en la aldea. Por este hilo supieron la resolución de Nic Deck de entrar en el castillo, y por este hilo llegó de repente la amenazadora voz que se oyó en la posada del Rey Matías para apartar a Nic de su propósito. Pero como no obstante esta amenaza, el joven había persistido en su resolución, el barón de Gortz resolvió darle tal lección, que no le quedasen deseos de volver nunca.

Aquella noche la maquinaria de Orfanik, siempre pronta a funcionar, produjo una serie de fenómenos puramente físicos, capaces de sembrar el espanto en los alrededores. La campana lanzada al vuelo, llamaradas a las que se echaba sal, que daban

a todos los objetos una apariencia espectral; formidables sirenas, cuyo aire comprimido escapaba semejando mugidos espantosos; siluetas fotográficas de monstruos, perfilados en las nubes por medio de poderosos reflectores; placas dispuestas en el fondo del foso de la muralla, y puestas en contacto con pilas cuya corriente había inmovilizado al doctor por sus botas de grandes clavos; y en fin, la descarga eléctrica lanzada por las baterías del laboratorio, y que había herido de pronto al guardabosque, en el momento de poner éste la mano sobre el hierro del puente levadizo.

Como había pensado el barón de Gortz, después de estos prodigios y de la inútil tentativa de Nic Deck, el terror llegó a su colmo en el país, y ni a cambio de oro y plata hubiera querido nadie aproximarse en dos largas millas a aquel castillo de los Cárpatos, evidentemente habitado por seres sobrenaturales.

Rodolfo de Gortz debía pues creerse al abrigo de toda curiosidad importuna, cuando Franz de Télek llegó al pueblo de Werst.

Mientras interrogaba a Jonás, al señor Koltz y a los demás, su presencia en la posada del Rey Matías fue indicada por el hilo del Nyad.

El odio que el barón de Gortz sentía por el conde, se encendió con los recuerdos de los sucesos de Nápoles.

Y no solamente Franz de Télek estaba en el pueblo, a algunas millas del castillo, sino que he aquí que delante de los notables

ridiculizaba sus absurdas supersticiones y demolía la reputación fantástica que protegía al castillo de los Cárpatos, comprometiéndose además a prevenir a las autoridades de Karlsburg, a fin de que la policía demostrase que no tenían ninguna base todas aquellas leyendas.

Así es que el barón de Gortz resolvió atraer a Franz de Télek al castillo; y ya se sabe por qué diversos medios lo había conseguido. La voz de la Stilla, enviada al salón del Rey Matías por el aparato telefónico, había incitado al conde a apartarse de su camino para acercarse al castillo; la aparición de la cantante sobre la terraza del baluarte le había producido el irresistible deseo de penetrar en aquél; una luz que apareció en una de las ventanas del torreón le había guiado hacia la poterna, abierta para dejarle paso. Pero ahora en aquella cripta alumbrada eléctricamente, y en la que había oído todavía la voz; en aquella cripta donde le habían sido suministrados alimentos mientras él dormía con sueño letárgico; en aquella cripta escondida en las profundidades del castillo y cuya puerta se había cerrado tras él, Franz de Télek estaba en poder del barón de Gortz y el barón tenía la seguridad de que no podría salir jamás.

Tales eran los resultados obtenidos por la colaboración de Rodolfo de Gortz y de su cómplice Orfanik. Mas, a despecho suyo, el barón sabía que Rotzko, no habiendo podido seguir a su amo, había prevenido a las autoridades de Karlsburg. Una escuadra de agentes había llegado al pueblo de Werst, y la partida era muy difícil para el barón.

En efecto: ¿cómo Orfanik y él iban a poder defenderse de una tropa numerosa? Los medios empleados contra Nic Deck y el doctor Patac serían insuficientes, pues la policía no cree en intervenciones diabólicas. Ambos, pues, habían tomado la resolución de destruir el castillo hasta sus cimientos, y no esperaban más que el momento de obrar.

Se había instalado un dispositivo eléctrico para hacer estallar cartuchos de dinamita enterrados en el torreón, los baluartes y la vieja capilla; y el aparato destinado a lanzar la corriente debía dejar al barón de Gortz y a su cómplice el tiempo preciso para huir por el túnel de la garganta de Vulcano. Después de esta explosión, de la que serían víctimas el conde y muchos de los que escalaran la muralla del castillo, ambos huirían tan lejos, que jamás se encontrarían sus huellas.

Lo que acababa de oír de esta conversación le había dado a Franz la explicación de los pasados fenómenos. Sabía ahora que existía una comunicación telefónica entre el castillo de los Cárpatos y el pueblo de Werst. Sabía también que el castillo iba a ser destruido por una explosión que le costaría la vida, y sería fatal a los agentes de policía traídos por Rotzko; y sabía, en fin, que el barón de Gortz y Orfanik tendrían tiempo de huir. ¡Huir arrastrando a Stilla inconsciente!

¡Ah! ¿Por qué Franz no podía penetrar en ese momento en la capilla y arrojarse sobre aquellos dos hombres? Los hubiera derribado, golpeado, puesto en estado de no poder hacer daño, y hubiera impedido la catástrofe.

Pero lo que en aquel momento era imposible, no lo sería tal vez después de la partida del barón. Cuando ambos salieran de la capilla, Franz, siguiendo sus huellas, iría tras ellos hasta el torreón, y Dios mediante, haría justicia.

El barón de Gortz y Orfanik estaban ya en el fondo del presbiterio. Franz no los perdía de vista. ¿Por qué lado iban a salir? ¿Sería por una puerta que diese a uno de los corredores de la muralla, o por algún pasadizo interior que debía unir la capilla con el torreón, pues parecía que todas las construcciones del castillo se comunicaban entre sí? Poco importaba esto si el conde no encontraba algún obstáculo que le fuera imposible franquear.

En este momento el barón de Gortz y Orfanik cambiaron todavía algunas palabras.

—¿No hay pues, nada más que hacer aquí?

—Nada.

—Entonces separémonos.

—¿Vuestra intención sigue siendo que os deje solo en el castillo?

—Sí, Orfanik; y partid al instante por el túnel de la garganta de Vulcano.

—¿Pero vos?

—Yo permaneceré en el castillo hasta el último momento.

—¿Quedamos en que es a Bistrita donde debo ir a esperaros?

—A Bistrita.

—Permaneced, pues, barón Rodolfo, permaneced solo, puesto que tal es vuestra voluntad.

—Sí, quiero quedarme, porque quiero oírla... ¡Quiero oírla todavía una vez más esta noche, la última que pasará en el castillo de los Cárpatos!

Algunos instantes después el barón de Gortz y Orfanik habían abandonado la capilla.

Aunque en esta conversación no se había pronunciado el nombre de la Stillá, Franz había comprendido bien que de ella acababa de hablar Rodolfo de Gortz.

XVI

El desastre era inminente, y Franz sólo tenía un medio para prevenirlo: impedir que el barón de Gortz llevase a cabo su proyecto.

Eran las once de la noche. No temiendo Franz ser descubierto, prosiguió su trabajo. Los ladrillos iban saliendo sin dificultad; mas era tal el espesor de la pared, que aún tardó media hora en poder abrirse paso.

En cuanto puso el pie en la desmantelada capilla, sintióse reanimado por el aire puro. Por entre las vigas del techo, y las ventanas, veíase el cielo cruzado por celajes rasgados en jirones por el aircillo. Acá y allá aparecían algunas estrellas pálidas al reflejo de la luna subiendo por el horizonte.

Lo que importaba a Franz era hallar la puerta que había en el fondo de la capilla, y por la que el barón y Orfanik habían salido. Después de atravesar la nave, adelantóse Franz hacia el presbiterio, sumido en profunda oscuridad. Allí tropezaron sus pies con restos de tumbas y fragmentos caídos de la bóveda.

Daba esta puerta a una galería que debía atravesar el recinto del castillo.

Por allí, sin duda, habían entrado el barón y Orfanik. De nuevo se encontró Franz en completa oscuridad; estaba dando muchas vueltas, pero sin bajar ni subir escalón alguno, es decir, continuando al mismo nivel de los patios interiores.



Media hora después pareció ser menos profunda la oscuridad. Una media luz se deslizaba por algunas aberturas laterales de la galería.

Entonces el joven pudo avanzar con más rapidez. Llegó a una casamata muy ancha, emplazada sobre la terraza del murallón que formaba el ángulo izquierdo de la fortaleza.

Dicha casamata se hallaba perforada por estrechas troneras, por las que penetraban los rayos de la luna.

En la opuesta pared había una puerta abierta.

Lo primero que hizo Franz fue situarse delante de una de las troneras para respirar la fresca brisa de la noche algunos segundos.

Mas en el instante en que iba a retirarse, creyó ver dos o tres sombras que se movían en el extremo inferior de la meseta de Orgall, alumbrada por la luna hasta el sombrío bosque de abetos...

Franz miró con atención.

Algunos hombres iban y venían por delante del mencionado bosque. Sin duda eran los agentes de Karlsburg, traídos por Rotzko... ¿Habían decidido actuar de noche, acaso creyendo sorprender a los huéspedes del castillo, o esperaban allí hasta que brillase la aurora?

Sobrehumano esfuerzo tuvo que hacer Franz para contenerse y no llamar a Rotzko, que en seguida hubiese reconocido su voz.

Mas podrían oírle en el torreón, y antes que los agentes pudiesen escalar el muro, Rodolfo de Gortz tendría tiempo de huir por el túnel y volar el castillo.

Pronto comprendió la situación y se alejó de la tronera. Atravesó la casamata, franqueó la puerta, y continuó por la galería.

Quinientos pasos más allá llegó a una escalera abierta en los espesos muros.

¿Llegaría por fin al torreón que se alzaba en medio de la plaza de armas? Era posible.

Sin embargo aquella escalera no debía ser la escalera principal que servía a los distintos pisos. Se componía de una serie de escalones semicirculares dispuestos en forma de empinado y oscuro caracol.

Franz la subió sin ruido, escuchando, pero sin oír nada; después de haber subido unos veinte escalones, se detuvo en un rellano.

Allí había una puerta que daba a la terraza, que circundaba el torreón a la altura del primer piso.

Se deslizó por aquella terraza, y teniendo cuidado de ocultarse tras el parapeto, miró hacia la meseta de Orgall. Muchos hombres aparecían entonces al borde del bosque de abetos, y nada indicaba que tuvieran intención de acercarse al castillo.

Decidido a encontrar al barón de Gortz antes que hubiese huido por el túnel de Vulcano, Franz dio la vuelta a la terraza y llegó frente a otra puerta, donde seguía la escalera de caracol.

Puso el pie sobre el primer escalón, apoyó ambas manos en las paredes, y comenzó a subir.

Siempre igual silencio.

El primer piso del castillo no estaba habitado.

Franz se apresuró a alcanzar los otros descansillos. Cuando estuvo en el tercero, ya no halló su pie escalón alguno. Había llegado al último piso del torreón, que servía de coronamiento a la plataforma almenada donde en otro tiempo ondeaba el estandarte de los barones de Gortz.

En la pared izquierda de la meseta había otra puerta, cerrada entonces. A través del agujero de la cerradura, cuya llave estaba por fuera, pasaba un rayo de luz vivísima.

Púsose Franz a escuchar, y nada oyó en el interior. Aplicó un ojo a la cerradura y sólo vio la parte izquierda de una habitación, muy iluminada, mientras que la parte de la derecha se hallaba sumergida en profunda oscuridad.

Dio la vuelta a la llave suavemente, y empujó la puerta, que se abrió.

Una espaciosa sala ocupaba todo aquel último piso del torreón. Sobre sus circulares muros apoyábase una bóveda artesonada a cuadros, cuyos arcos se reunían en el centro de la misma.

Gruesos y antiguos tapices históricos recubrían las paredes. Algunos viejísimos baúles, armarios, butacas y escabeles constituían el moblaje en cierto ordenado desorden, artísticamente combinado. Pendían de las ventanas tupidas cortinas que no dejaban escapar al exterior la luz de la sala.

El pavimento estaba cubierto con una mullida alfombra de lana, que amortiguaba las pisadas.

Todo aquello era en verdad extraño, raro; al entrar Franz lo primero que observó fue el contraste que ofrecía la habitación, mitad alumbrada, mitad en tinieblas.

A la derecha de la puerta, el fondo desaparecía en la oscuridad. A la izquierda, por el contrario, un estrado cuyo suelo estaba cubierto de telas negras recibía poderosa luz, producida acaso por un reflector colocado delante, pero de modo que no podía ser visto.

A unos diez pasos de este estrado, y separado de él por una pantalla de chimenea, se encontraba un antiguo sillón de alto espaldar, oculto en la penumbra que la antedicha pantalla proyectaba.

Junto al sillón, y sobre una mesita, cubierta con un tapiz, veíase una caja rectangular.

Esta tendría una longitud de doce a quince pulgadas, por cinco o seis de ancho. La tapa, incrustada de pedrería, estaba levantada; dentro de la caja había una especie de cilindro metálico.

En cuanto Franz entró, vio que el sillón estaba ocupado por una persona que permanecía en absoluta inmovilidad; tenía la cabeza apoyada en el respaldo del sillón, los ojos cerrados, el brazo derecho extendido sobre la mesa, y la mano puesta sobre la parte anterior de la caja.

Era Rodolfo de Gortz.

¿Había querido pasar la última noche en el torreón para dormir algunas horas?

¡No! No podía ser, después de lo que Franz le había oído decir a Orfanik.

El barón estaba solo; Orfanik, según las ódenes recibidas, debía haber huido ya por el túnel...

¿Y la Stilla? ¿No había dicho Rodolfo que antes de que el castillo saltase en pedazos quería oírla por última vez? ¿Y para qué, si no para eso, debía haber ido allí el barón?

Pero, y la Stilla, ¿dónde estaba?

Franz ni la veía ni la oía...

Después de todo, ¿qué importaba, si el barón estaba ya en poder de Franz de Télek? Le obligaría a hablar...; pero en el estado de excitación en que se hallaba, ¿por qué no se arrojaba sobre aquel hombre a quien odiaba, y por quien era odiado también; por qué no le arrancaba a su Stilla... su Stilla, loca por causa de aquel hombre, al que Franz debía matar?

Franz fue a apostarse tras el sillón. No tenía más que dar un paso, y el barón estaría al alcance de sus manos; se inyectaron de sangre sus ojos, y fieramente alzó el brazo...

De pronto apareció la Stillá. Franz, atónito, dejó caer el cuchillo en la mullida alfombra.

La Stillá estaba de pie en el estrado, a plena luz, la cabellera suelta, los brazos extendidos, admirablemente hermosa con su traje blanco de la Angélica de *Orlando*, tal como se mostró en el baluarte del castillo. Sus ojos, fijos en los del conde, le penetraban hasta lo más profundo del alma.

Era imposible que no le viese, y, sin embargo, la Stillá no hacía ademán de llamarle...; no movía sus labios para hablarle... ¡Ay, sí, loca, estaba loca!

Ya iba a lanzarse Franz a estrecharla entre sus brazos para llevársela, cuando la Stillá empezó a cantar. El barón de Gortz, sin levantarse, se inclinó hacia ella. En el paroxismo del éxtasis el diletante aspiraba aquella voz como un perfume...; la bebía como un divino néctar. El barón estaba en aquella sala como estaba en los teatros de Italia.

¡Sí! ¡La Stillá cantaba! Cantaba para él, nada más que para él, exhalando de sus labios, que parecían inmóviles, aquel canto, como un leve soplo. Si la razón la había abandonado, poseía por entero su alma de artista.

El mismo Franz se extasiaba ante el encanto de aquella voz que hacia cinco años no oía. Permanecía absorto contemplando a

aquella mujer a quien creía no volver a ver y que estaba allí, viva, como si algún milagro la hubiera resucitado.

¡Y no era aquel canto de la Stilla el que, entre todos, debía hacer vibrar en el corazón de Franz la cuerda del recuerdo? ¡Ah, sí! Era el final de la trágica escena de *Orlando*; aquel final en que el alma de la cantante habíase roto en aquella última frase:

*Inamorata, mio cuore tremante.
Voglio morire...*

Franz seguía nota por nota aquella inefable frase, y se decía que no sería interrumpida como lo había sido en el teatro San Carlos. No. ¡No moriría entre los labios de la Stilla, como en su función de despedida!

Franz no respiraba. Su vida toda estaba concentrada en aquel canto. Unos compases más, y se acabaría con toda su incomparable pureza.

Mas he aquí que la voz empieza a temblar; se diría que la Stilla vacila repitiendo aquellas palabras de dolor punzante:

Voglio morire...

¡Cómo! ¿Va a caer la Stilla allí, sobre el estrado, como en otro tiempo sobre la escena? Mas no cae. Su canto se detiene en el mismo compás, en la misma nota que en el escenario de San Carlos. Lanza un grito...; el mismo que Franz le oyó aquella noche.

Y sin embargo la Stilla permanece allí, de pie, inmóvil, con su adorada mirada, aquella mirada que envía al conde todas las ternuras de su alma.

Franz se precipita hacia ella; quiere llevársela de aquella sala, de aquel castillo, y se encuentra frente a frente con el barón que acababa de levantarse y que exclama:

— ¡Franz de Télek! ¡Franz de Télek que ha podido escapar!

Franz no le responde, y precipitándose hacia el estrado, repite:

— ¡Stilla mía! ¡Stilla mía! ¡Al fin te encuentro! ¡Vives!

— ¡Vive, sí vive! —exclamó el barón.

Y aquella frase irónica acaba en una carcajada, donde late una rabia infinita.

— ¡Vive! —Repite Rodolfo de Gortz—. ¡Que Franz de Télek trate de arrancármela!

Franz ha tendido los brazos hacia la Stilla, cuyos ojos permanecen fijos en él... En aquel momento Rodolfo de Gortz se inclina, coge el cuchillo que ha caído de la mano de Franz y se lanza sobre la Stilla inmóvil...

Precipítase Franz sobre él para desviar el golpe que amenaza a la desgraciada loca...

¡Ya es tarde! El cuchillo la hiere en el corazón...

Simultáneamente se oye el ruido de un cristal que se rompe, y entre una lluvia de pequeños vidrios desaparece la Stilla...

Franz permanece inmóvil... No comprende nada... ¿Es que también él se ha vuelto loco? Entonces exclama Rodolfo de Gortz:

—La Stilla escapa aún a Franz de Télek... Pero su voz... su voz es mía... mía sólo... ¡De nadie más!

Franz intenta arrojarse sobre el barón de Gortz, pero las fuerzas le abandonan y cae sin conocimiento al pie del estrado.

Rodolfo de Gortz, sin cuidarse para nada del conde, se apodera de la caja depositada sobre la mesa, y huye fuera de la sala bajando al primer piso del torreón.

Ya está en la terraza... Ya da la vuelta... Ya va a llegar a la otra puerta, cuando suena una detonación. Rotzko, apostado en el reborde de la contraescarpa, acaba de disparar sobre el barón de Gortz... Este no es herido, pero la bala destroza la caja que lleva entre sus brazos... El barón lanzó un grito terrible.

—¡Su voz! ¡Su voz! —Repetía— ¡El alma de la Stilla destrozada!

—Y con los cabellos erizados, las manos crispadas, viósele correr a lo largo de la terraza gritando:

—¡Su voz! ¡Su voz! ¡Me han destrozado su voz! ¡Malditos sean!

Y desapareció por la puerta en el momento en que Rotzko y Nic Deck, sin esperar a la escuadra de agentes de policía, se disponían a escalar el muro...

Casi al mismo tiempo, una formidable explosión hizo retemblar todo el Plesa... Penachos de llamas se elevaron hasta las nubes, y una lluvia de piedras cayó sobre la meseta.

De los baluartes, de las murallas, del torreón, y de la capilla del castillo de los Cárpatos sólo quedaba un montón de ruinas humeantes.



XVII

No se habrá olvidado, que de acuerdo con la conversación del barón y Orfanik, la explosión no debía destruir el castillo sino después de la partida de Rodolfo de Gortz. Ahora bien: en el momento en que ocurrió aquélla, era imposible que el barón Rodolfo hubiese tenido tiempo de huir por el túnel que daba sobre la garganta de Vulcano. ¿En el paroxismo del dolor, en la locura de la desesperación, no teniendo conciencia de lo que hacía, Rodolfo de Gortz había, pues, provocado una catástrofe inmediata, de la que él había sido la primera víctima? Despues de las incomprensibles palabras que se le habían escapado en el momento en que la bala de Rotzko destrozó la caja que llevaba, parecía indudable que había querido sepultarse bajo las ruinas del castillo.

Fue una fortuna sin embargo, que los agentes, sorprendidos por el tiro de Rotzko, se encontrasen aún a cierta distancia cuando la explosión sacudió la montaña. Apenas si algunos fueron alcanzados por las piedras que cayeron al pie de la meseta de Orgall. Sólo Rotzko y el guardabosque estaban entonces bajo la muralla, y fue por cierto un milagro, que no fuesen aplastados por aquella lluvia de piedras.

La explosión había producido su efecto cuando Rotzko, Nic Deck y los agentes consiguieron sin gran esfuerzo penetrar en el recinto, franqueando el foso medio cegado por el hundimiento de las murallas.

Cincuenta pasos más allá de la muralla fue encontrado un cuerpo, en medio de los escombros y en la base del torreón.

Era el de Rodolfo de Gortz. Algunos ancianos del país, entre otros el señor Koltz, le reconocieron perfectamente.

Respecto a Rotzko y a Nic Deck, no tenían más idea que la de encontrar al conde. Puesto que Franz no había aparecido, de acuerdo con lo convenido entre el soldado y él, era que no había podido escapar del castillo.

Pero Rotzko, ¿podía esperar que hubiera sobrevivido, que no fuese una de las víctimas de la catástrofe? No. Por lo tanto, lloraba silenciosamente, y en vano trataba de calmarle Nic Deck.

Sin embargo, después de media hora de pesquisas, el joven fue encontrado en el primer piso del torreón, bajo un arco medio hundido de la muralla, que había impedido que fuese aplastado.

— ¡Señor! ¡Querido señor!

— ¡Señor conde!

Estas fueron las primeras palabras que pronunciaron Rotzko y Nic Deck cuando se precipitaron sobre Franz. Debieron creerle muerto; pero estaba desvanecido solamente.

Franz entreabrió los ojos; pero en su mirada, sin fijeza, no pareció reconocer a Rotzko, ni oírle.

Nic Deck, que había levantado al conde en sus brazos, le habló de nuevo, sin obtener respuesta.

Sólo se escaparon de su boca estas últimas palabras de la canción de la Stilla:

Inamorata... Voglio morire...

El infortunado Franz de Télek había perdido la razón.

XVIII

Sin duda, puesto que el conde había perdido la razón, nadie hubiera obtenido jamás la explicación de los últimos fenómenos de que el castillo de los Cárpatos había sido teatro, sin las revelaciones hechas en las siguientes circunstancias.

Durante cuatro días, y como estaba convenido, había Orfanik esperado que el barón de Gortz fuese a reunirse con él en la ciudad de Bistrita. Viendo que no llegaba, se preguntaba si habría perecido en la explosión; y picado entonces, tanto por la curiosidad como por la inquietud, había abandonado la ciudad, tomando el camino de Werst y rondando después por los alrededores del castillo.

Los agentes no tardaron en apoderarse de su persona, a instancias de Rotzko, que le reconoció.

Una vez en la capital del distrito y en presencia de los magistrados, Orfanik no tuvo empacho alguno en responder a las preguntas que se le hicieron con motivo de la catástrofe.

Haremos constar que el triste fin del barón Rodolfo de Gortz no pareció conmover mucho a este sabio egoísta y maniático, que sólo tenía corazón para sus invenciones.

En primer lugar, y a las apremiantes preguntas de Rotzko, Orfanik afirmó que la Stilla estaba muerta, y bien muerta (éstas fueron sus palabras), y enterrada, bien enterrada, desde hacía cinco años, en el camposanto Nuovo, de Nápoles.

Esta afirmación no fue la que asombró menos de esta extraña aventura.

En efecto: si la Stilla había muerto, ¿cómo era posible que Franz hubiese podido oír su voz en la sala de la posada, y verla aparecer sobre la terraza del baluarte, y embriagarse en su canto, cuando estaba encerrado en la cripta? En fin, ¿cómo la había encontrado viva en la cámara del torreón?

He aquí la explicación de estos diversos fenómenos, al parecer inexplicables.

Se sabe la desesperación que había acometido al barón de Gortz cuando llegó hasta él el rumor de que la Stilla había resuelto abandonar la escena para convertirse en condesa de Télek. El admirable talento de la artista, y con él todas sus satisfacciones de diletante, iban a faltarle.

Entonces Orfanik le propuso conservar, por medio del fonógrafo, los principales trozos de su repertorio, que la cantante se proponía cantar en las últimas representaciones del San Carlos.

Estos aparatos estaban ya maravillosamente perfeccionados en aquella época, y Orfanik los había hecho tan magníficos, que la voz humana no sufría alteración alguna, ni en su fuerza ni en su pureza.

El barón de Gortz aceptó encantado el ofrecimiento de Orfanik. Instáronse unos fonógrafos sucesiva y secretamente en el fondo del palco enrejado durante el último mes de la

temporada; y así fue como se grabaron cavatinas, trozos de ópera, y de concierto, entre otros la melodía de Stéfano y el final de *Orlando*, interrumpido por la muerte de la Stillá.

A raíz de la tragedia, el barón de Gortz fue a encerrarse en el castillo de los Cárpatos; y allí, cada noche, podía oír las grabaciones. Y no solamente oía a la Stillá como si estuviera en su palco, sino, lo que parece más incomprensible aún, la veía como sí estuviera viva ante sus ojos.

Y esto mediante un sencillo artificio de óptica.

Se recordará que el barón de Gortz había adquirido un magnífico retrato de la cantante. Este retrato la representaba en pie, con su vestido blanco de la Angélica de *Orlando*, su magnífica cabellera suelta, y los brazos tendidos hacia el suelo. Pues bien; por medio de espejos inclinados, que mantenían determinado ángulo calculado por Orfanik, y a los que un poderoso foco iluminaba, este retrato, colocado enfrente de un espejo, hacia aparecer a la Stillá por reflexión, y tan real como cuando gozaba, en vida, de todo el esplendor de su belleza. Gracias a este aparato, transportado durante la noche a la terraza del torreón, había hecho aparecer a la Stillá cuando quiso atraer a Franz al castillo; y gracias a este mismo aparato, el joven conde había vuelto a ver a la Stillá en la sala del torreón, mientras su fanático admirador se embriagaba con sus cantos, reproducidos por el fonógrafo.

Tales son, muy sumariamente expuestas, las largas explicaciones que dio Orfanik en el interrogatorio; declarándose con una fiereza sin igual, autor de aquellas invenciones

geniales, que había llevado al más alto grado de perfeccionamiento. Sin embargo, si Orfanik había técnicamente explicado estos diversos fenómenos, o, mejor dicho, estos trucos, para emplear la palabra consagrada, había algo que quedaba sin explicación: por qué antes de la explosión, el barón de Gortz no había tenido tiempo de huir por el túnel de la garganta de Vulcano. Pero al saber Orfanik que una bala había roto el objeto que el barón llevaba en sus brazos, lo comprendió. Aquel objeto era el aparato fonográfico que encerraba el último canto de la Stilla, el que había querido oír una vez más en la sala del torreón antes de volarlo. Destruir este aparato, era destruir también la vida del barón; y loco de desesperación, había querido sepultarse en las ruinas del castillo.

El barón Rodolfo de Gortz fue enterrado en el cementerio de Werst con los honores debidos a la antigua familia que acababa en su persona.

Respecto al conde Télek, Rotzko le hizo transportar al castillo de Krajowa, consagrándose por entero a su cuidado. Orfanik le cedió voluntariamente las grabaciones que reproducen los otros cantos de la Stilla; y cuando Franz oía la voz de la gran artista, prestaba alguna atención, recobraba su lucidez y parecía que su alma revivía en los recuerdos de aquel inolvidable pasado.

Afortunadamente algunos meses más tarde el conde recobró la razón.

Diremos ahora que el matrimonio de la encantadora Miriota y de Nic Deck fue celebrado en la semana que siguió a la

catástrofe. Después que los novios recibieron la bendición nupcial, volvieron a Werst, donde el señor Koltz les reservaba la más hermosa habitación de su casa.

Mas no por haberse explicado estos diversos fenómenos de manera tan natural, vaya a imaginarse que la joven esposa no cree en las fantásticas apariciones del castillo. Nic Deck le ha hecho razonar con calma, lo mismo que Jonás, que tiende a atraerse mucha clientela para el Rey Matías, pero ha sido inútil: no se ha convencido, como tampoco el maestro Hermod, el señor Koltz, el pastor Frik, y los demás habitantes de Werst.

Y pasarán muchos años antes de que estas buenas gentes hayan renunciado a sus supersticiones.

El doctor Patac, que ha vuelto a sus fanfarronadas habituales, no cesa de repetir al que quiere oírle:

—Y bien, ¿no lo había dicho yo? ¡Espíritus en el castillo! ¿Acaso los hay?

Mas nadie le escucha, y se le suplica que calle cuando sus bromas pasan de la medida.

Además, el maestro Hermod no ha cesado de basar las lecciones que da a la joven generación de Werst en el estudio de las leyendas transilvánicas, y por largo tiempo aún, el pueblo creerá que los espíritus habitan las ruinas del castillo de los Cárpatos.

